

LOS CÓDIGOS OCULTOS

(Los Círculos de la Sabiduría)

EMILIO CARRILLO

A Maepaan-Jecarmamar, en el equilibrio logrado en
Cafer. Por vosotros, compañeros de viaje en la escala
de vidas; en el hoy, que es ayer y mañana.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN	5
CÍRCULO SEXTO	13
X El verdadero origen del cristianismo	13
CÍRCULO QUINTO	34
X El Priorato de Sión y la Orden del Temple	34
X La “clef de voûte” y los “omphalos”	50
X Bafomet	54
X Leonardo da Vinci	56
CÍRCULO CUARTO	60
X La Arcadia	60
X <<Lugares sagrados>>	63
X Vírgenes Negras	66
X El gnomon, la rosa y la <<Línea Rosa>>	70
X Anagramas	73

Página

CÍRCULO TERCERO	75
X Los principios herméticos	75
X El pentáculo	80
X El número "Phi"	85
X <<La cruz griega>>	92
X "Hieros Gamos"	99
CÍRCULO SEGUNDO	104
X Vibración y geometría primordial	104
CÍRCULO PRIMERO	116
X El origen mental de cuanto existe	116
EPÍLOGO	129
<<El Fin de los Días>>	130

INTRODUCCIÓN

La muerte es un imposible; un fantasma, solo eso, de la imaginación humana.

La vida es la única realidad. Y la felicidad, su exclusiva razón de ser.

El único pecado, si el pecado existiera, sería no reconocerse feliz cuando se es.

Los Círculos de la Sabiduría

La novela, como categoría y variedad literaria, desempeña en la actualidad un papel y una función que van mucho más allá de los que tradicionalmente les han sido asignados. Lo ha enunciado muy bien José Saramago, cuando en la presentación en Madrid de su obra de ficción *Ensayo sobre la lucidez* afirmó que <<hoy la novela ha dejado de ser un género para convertirse en un espacio literario en el que cabe la filosofía, el ensayo, la ciencia,... todo; como un mar a donde van a dar todos los ríos>>.

Son numerosos los ejemplos que confirman lo anterior; entre ellos podemos destacar *La lápida templaria* (Planeta, 2001) y *El Código da Vinci* (Umbriel, 2003).

La primera es de un andaluz que firma bajo el curioso seudónimo de Nicholas Wilcox -con el que también ha publicado, en la misma editorial, los tres volúmenes de la denominada Trilogía Templaria- y ha sido una novela muy bien recibida por los lectores españoles. Sus páginas narran un argumento de invención trepidante y lleno de intriga al que sirven de argamasa abundantes datos, reflexiones y cometarios nada ficticios y de claro contenido esotérico, que el autor desparrama por el texto con la maestría con la que el buen cocinero aporta y reparte las especias en la elaboración de sus guisos.

Esquema narrativo y técnica expositiva que también sigue *El Código da Vinci*, novela del norteamericano Dan Brown que se ha convertido en auténtico "bestseller" a escala mundial, con millones de ejemplares vendidos de una punta a otra del planeta. En ella encontramos, igualmente, una trama ágil e inquietante construida sobre la base de una nutrida batería de saberes místéricos, coincidentes, en bastantes casos, con los recogidos, precisamente, en *La lápida templaria*.

De este modo, tanto Brown como Wilcox han contribuido, cada uno por su lado y sin conexión aparente, a la misma tarea de acercar nociones y pensamientos ocultos al gran público, que los engulle cautivado por el interés de las historias en las que los autores han sabido insertarlos. Lo que tiene, sin duda, un enorme mérito, aunque no es menos cierto que, por la misma razón que explica su éxito, se corre el riesgo de que tales conocimientos esotéricos pasen casi desapercibidos para el lector o, cuando menos, sean insuficientemente valorados por éste, diluidos entre los apasionantes personajes y acontecimientos que conforman las obras.

Para clarificar los Conocimientos Secretos que nos ocultan tras la capa de las letras de las citadas novelas, así como de otras recientes de los mismos autores- *Ángeles y demonios* de Brown (Umbriel, 2004) y *Los templarios y la Mesa del Rey Salomón* de Wilcox (Martínez Roca, 2004)-, el presente texto indaga en lo que bien pueden denominarse los Círculos de la Sabiduría, auténticos ejes y pilares de los saberes herméticos de hoy y de siempre y que vertebran los que se enuncian en los libros de referencia. Concretamente, tales Círculos son seis, teniendo cada uno el

contenido que muy sintéticamente -en los próximos capítulos habrá ocasión de detenerse en ellos y explicarlos con más detalle- se señala a continuación.

Círculo Primero: El origen y la naturaleza mental de cuanto existe

El Círculo Primero descifra y define el origen y la naturaleza del Universo y la totalidad de sus componentes, constatando que el Cosmos entero y cuantas cosas, objetos y seres, de entidad física o espiritual, lo pueblan dimanando de una única realidad, de una Identidad Universal que siempre ha existido y siempre existirá. La sabiduría hermética la denomina Todo, al que describe como una especie de mente infinita, eterna y omnipotente que es sostén de cuanto existe y de la que todo surge a través de un espectacular proceso de creación mental que sigue tres fases: concentración, expansión o explosión mental y absorción (la ciencia actual empieza a balbucear sobre este proceso por medio de la teoría del “big-bang”).

La expansión hace que de la unidad de la mente del Todo fluyan multitud de <<individualidades>>, porciones de la mente infinita que ostentan igualmente calidad mental y, por ello, son eternas, aunque no sean visibles para el ser humano. También va acompañada de una descomunal onda expansiva mental que se plasma en un enorme campo vibratorio integral. Él es la base del Universo y en su seno nacen y evolucionan los mundos, surgiendo así las <<realidades>>, de carácter perecedero, que detectan nuestros sentidos.

Dada su esencia efímera, puede afirmarse que la <<realidad>> verdaderamente <<no es>> y carece de existencia real, aunque aparentemente la tenga y así lo percibamos. En cambio, la <<individualidad>>, al ser eterna, sí <<es>>, aunque por su naturaleza mental no nos percatemos de su existencia, si bien algunos de los signos sutiles de su presencia pueden ser percibidos por el entendimiento. Esta doble verdad sobre lo que <<es>> y parece no ser y lo que <<no es>> y parece ser ha sido comprendida por muchos seres humanos desde la antigüedad y es origen de todas las religiones.

Por las características de la expansión y la absorción, las <<individualidades>> moran en las <<realidades>>, de modo que hay una <<individualidad>> subyacente tras la superficie de cada <<realidad>>, de cada cosa, objeto y modalidad de existencia, material o espiritual, que llenan el Cosmos.

En la fase de absorción, las <<individualidades>> retornan al Todo, para lo que van cubriendo una cadena de vidas mediante el paso de una <<realidad>> a otra, cada vez de mayor grado vibratorio. El cuerpo humano es una <<realidad>> más y una estación de tránsito de las <<individualidades>>. Nuestro auténtico ser no es la <<realidad>> física que consideramos como tal, sino la <<individualidad>> subyacente que en ella mora y que transitará a otra <<realidad>> tras la muerte de la que ahora ocupa.

Conjunto de discernimientos de elevadísima transcendencia que sirven de telón de fondo a muchos de los argumentos herméticos y reflexiones místicas de la novela actual.

Círculo Segundo: La vibración derivada de la naturaleza mental del Universo y la presencia en cuanto existe de una geometría inmaterial y abstracta

Este Círculo detalla y describe como la explosión a la que se refiere el Círculo Primero hace que se despliegue una gigantesca onda expansiva mental que se plasma en una monumental corriente vibratoria. Se configura, así, un colosal campo vibratorio integral que, como se indicó, es la base del Universo. En él se generan formidables movimientos, interferencias y solapamientos ondulares y gravitatorios de los que surgen los mundos, es decir, las <<realidades>> que nuestros sentidos físicos conocen y constituyen el Cosmos en toda su belleza y grandiosidad.

Al hilo de lo cual, al estar la vibración y los desarrollos ondulares en el origen y en la esencia de la totalidad de cosas y seres, todos ellos tienen una misma arquitectura interior que emana de esa base vibratoria primordial: una geometría substancial que es de sonidos y formas dado su sostén ondular.

Estamos acostumbrados a analizar el mundo que nos rodea a través de nuestros cinco sentidos -la verdad es que son seis, pues lo que llamamos pensamiento no es sino un sexto sentido-, pero ellos están supeditados a las frecuencias vibratorias. En última instancia, el contenido de nuestra experiencia procede de una arquitectura geométrica inmaterial y abstracta que está compuesta por ondas armónicas de energía, nodos de relaciones y formas melódicas que brotan de la proporción geométrica. Vibración y ondas manifestadas en una ordenación de geometría y sonido, formas y números, música y matemáticas.

Consideraciones que vienen a confirmar la antigua imagen de la creación universal mediante ondas de sonido, la <<Palabra o Verbo de Dios>>. Este sonido emitido, esta enunciación de la idea de Dios, es lo que los pitagóricos llamaron la música de las esferas. El Evangelio oficial cristiano más esotérico, el de san Juan, lo señala claramente: <<Al principio fue el Verbo>> (san Juan 1,1). Es decir, la palabra, el sonido, las ondas desplegadas a partir del gran pensamiento creativo del que surge un Universo de naturaleza mental. Vibraciones y ondas exteriorizadas en geometría y sonido, que son el asiento de todas las cosas y de la materia.

La ciencia moderna comienza a indagar sobre estas cuestiones, formulando nuevas preguntas que, sin embargo, tienen antiguas respuestas. Éstas se hunden en la noche de los tiempos y reciben diferentes denominaciones -hermetismo, Tradición, sabiduría secreta,...-. Se hallan en la base de corrientes del pensamiento como el gnosticismo y han llegado hasta nosotros transmitidas, de generación en generación, fuera de los cauces ortodoxos de aprendizaje de los conocimientos.

Círculo Tercero: Las reglas de juego o principios herméticos que rigen el Cosmos

El Círculo Tercero de la Sabiduría razona y demuestra como de las dinámicas vibratorias y la geometría primordial antes citadas derivan unas determinadas reglas de juego, una serie de principios -los principios herméticos- que rigen en el Cosmos y en cada uno de sus componentes y están detrás de todos los hechos y de las leyes que los explican.

Porque debajo de los hechos cotidianos que nos rodean y en los que estamos inmersos existen unas leyes que, en buena parte, los regulan y cuya descripción y explicación absorben la preocupación de la ciencia. Pero no queda ahí la cosa, pues por detrás de tales leyes operan unos principios, desconocidos aún para la ciencia contemporánea, que son los propios de un Universo nacido, desarrollado y estructurado conforme a lo que señalan los Círculos Primero y Segundo.

Estos principios son la causa primera de los hechos -las leyes son la causa segunda- y aclaran el funcionamiento del Cosmos y de lo que en él ahí, de lo más pequeño a lo más grande, de lo mayor a lo menor y viceversa. Y su conocimiento teórico y uso práctico por el ser humano, unido a la fuerza de la voluntad, abren un gran campo de influencia y acción sobre el entorno que históricamente ha dado lugar a la Magia.

Círculo Cuarto: La Arcadia o tiempo en el que la humanidad vivió en mayor armonía con los contenidos de los tres primeros Círculos de la Sabiduría

Este Círculo recoge el saber heredado de un tiempo en el que la humanidad, aún gozando de menor desarrollo tecnológico, vivió, sin embargo, de modo más armónico con los principios que el Círculo Tercero aborda y con mayor conocimiento de causa acerca de un Universo y una existencia forjados como los Círculos Primero y Segundo describen.

Y es que, como se descubrirá algún día, la cronología de la humanidad no se corresponde con lo que enseñan los libros de historia, habiendo existido civilizaciones que, en tiempos remotos, poseyeron conocimientos más acordes con los tres primeros Círculos de la Sabiduría y, por tanto, sobre el origen del Cosmos y su naturaleza y los principios en los que se fundamenta. Se forjó así una sabiduría ancestral que, por causas diversas y a lo largo de los milenios, se ha ido perdiendo a los ojos de la mayoría de la gente.

No obstante, tal sabiduría no ha desaparecido y ha seguido viva de cultura en cultura y de generación en generación, aunque constreñida al discernimiento y a la experiencia de una minoría de personas. Concretamente, ha permanecido siempre en el transfondo místico de la totalidad de las religiones que coexisten en el planeta, pues todas tienen su arranque en esos conocimientos ancestrales, que después cada religión ha ido adaptando a sus situaciones, circunstancias e intereses. Igualmente,

un número relativamente reducido de hombres y mujeres, iniciados de todas las épocas y civilizaciones, han guardado y transmitido esos saberes arcaicos, dando cuerpo a los hoy denominados conocimientos esotéricos, que son el sostén de los Círculos de la Sabiduría que aquí se sintetizan.

Ha sido una labor protagonizada tanto por personas anónimas como por muy diversos grupos iniciáticos y escuelas de pensamiento, con el hermetismo egipcio, la gnosis griega, la cábala hebrea, el esoterismo musulmán y el sincretismo herético cristiano a la cabeza. Un trabajo callado y reservado por su propia naturaleza - también, en muchos casos, como exigencia para superar las persecuciones que la ciencia oculta ha sufrido secularmente- y que ha usado con frecuencia el lenguaje simbólico, haciendo de éste y de la interpretación de sus signos otra parte significativa del saber iniciático.

Círculo Quinto: Los secretos del Priorato de Sión y la Orden del Temple

El Círculo Quinto gira en torno a uno de los grupos iniciáticos que más protagonismo histórico ha tenido en la supervivencia y transmisión de los conocimientos contenidos en los otros Círculos de la Sabiduría. Se trata de la Orden del Temple y, ligado a ella, del menos conocido Priorato de Sión, que en realidad forman parte de una misma estructura organizativa.

La constitución paralela de ambos se produjo de la mano de personas que habían tenido acceso a importantes saberes místicos, entre ellos y de modo singular los relacionados con el auténtico origen del cristianismo al que se refiere el Círculo Sexto, así como otros conocimientos constitutivos de los restantes Círculos.

Fue de esta manera como la organización exterior y pública del Temple sirvió de cobertura a una orden interior y secreta con objetivos relacionados con la indagación en la sabiduría mística y oculta. Sus miembros, en contacto en Tierra Santa con el esoterismo musulmán y con grupos cristianos que habían mantenido los saberes gnósticos y sobre el verdadero Jesús, desempeñaron una papel crucial para rescatar, recopilar y potenciar los conocimientos atesorados por distintas corrientes iniciáticas, contribuyendo decisivamente a que hayan llegado a la época moderna.

Círculo Sexto: El verdadero origen del cristianismo

El último Círculo de la Sabiduría recopila los conocimientos sobre el verdadero origen del cristianismo, es decir, de una de las religiones que fueron apareciendo por derivación de la sabiduría ancestral y que mayor presencia tiene hoy en el mundo occidental. Un origen que dista muy sustancialmente del comúnmente admitido, aunque ello no desmerece un ápice, desde luego, la espiritualidad de las enseñanzas de Jesucristo y el ejemplo dado por todos los que a lo largo de la historia las han seguido, y siguen hoy, desde la rectitud de corazón.

Mas Jesús no fue <<Hijo de Dios>>. Su padre fue Judas el Galileo y tuvo varios hermanos, entre ellos uno gemelo, Tomás, también llamado el Dídimo. Eso sí, fue un hombre con una personalidad y unos conocimientos excepcionales y unió a su condición de descendiente del linaje real de David -por lo que aspiró a derrocar al gobierno títere prorromano y acceder al trono de Israel- la de gran iniciado y maestro místico y gnóstico.

Estuvo casado con María Magdalena, hermana de Lázaro (el <<discípulo amado>>, el auténtico san Juan Evangelista) y princesa perteneciente a la estirpe de Benjamín, y tuvo con ella descendencia. Magdalena, Lázaro y otros pocos, como José de Arimatea, conformaron el grupo de confianza de Jesús, auténticos depositarios de sus saberes herméticos. Los llamados apóstoles, encabezados por el líder nacionalista zelote Simón Cefas (nombre cierto de san Pedro), constituyeron, en cambio, su apoyo político.

Jesús no murió en la cruz, sino que salvó la vida gracias a una trama muy bien organizada, en la que Lázaro y José de Arimatea tuvieron gran protagonismo. Nuevamente perseguido por los romanos, se vio forzado a viajar con su esposa e hijos a la otra esquina del Mediterráneo, al seno de una notable colonia judía existente por entonces en el sureste de la Francia actual. En la presencia de su linaje en estas tierras de la Galia, que emparentó después con la dinastía merovingia, está la razón del ser del mito del Santo Grial o “sang real”.

Estos hechos fueron tergiversados y manipulados por una de las ramas cristianas, la paulista, que terminó por imponerse a las demás y creó una Iglesia muy apegada al poder terrenal. De esta forma y en colaboración finalmente con la cúpula de un imperio romano dividido y en crisis, se fabricó una religión híbrida, válida para ser aceptada por todos, mediante la incorporación a la tradición hebrea de múltiples rituales, símbolos y cultos paganos.

El *Código da Vinci* se detiene en estos extremos con bastante profusión de datos, constatando informaciones y criterios que han sobrevivido a lo largo de los siglos a pesar de la persistente persecución a la que se han visto sometidos los que han accedido a ellos.

El esquema narrativo de la obra

Las páginas que siguen recorren esta media docena de Círculos de la Sabiduría profundizando, especialmente, en los asuntos a los que más atención prestan obras como *El Código da Vinci* y *Ángeles y Demonios*, de Dan Brown, o *La Lápida templaria* y *Los templarios y la Mesa del Rey Salomón*, de Nicholas Wilcox.

Esto se complementará con algunas reflexiones, enunciadas a modo de epílogo, centradas en <<el Fin de los Días>>. Una cuestión que actúa de telón de fondo en el por qué de esta nueva serie de textos de tanto éxito y, a qué negarlo, de las páginas

que aquí arrancan.

Ojalá las mismas sean útiles al lector interesado y al oído que esté en condiciones de escuchar. Ojalá respondan, por modestamente que sea, al ansia de <<¡Más Luz!>> dejada como herencia por el maestro Goethe en su testamento final.

CÍRCULO SEXTO
El verdadero origen del cristianismo

(*El Código da Vinci*: Capítulo 38, páginas 205 y 206; Capítulo 55, páginas 288 a 292; y Capítulo 58, páginas 305 a 311)

(*La Lápida Templaria*: Capítulo 7, páginas 68 y 69; y Capítulo 70, página 465 a 471)

(Ver también *Los Falsos Peregrinos (Trilogía templaria I)*: Capítulos 29 y 30; páginas 137 a 144)

El pueblo elegido

A lo largo de los siglos, Israel se ha considerado <<el pueblo elegido>>. Tal convencimiento tiene su base en la singularidad de su historia remota, basada en un nomadismo, en gran medida obligado, que le permitió añadir a la sabiduría proveniente de su propia cultura la procedente de diversas civilizaciones que, por distintos caminos, habían bebido, a su vez, de un discernimiento ancestral sobre el origen y la naturaleza de cuanto existe. De este modo, sus gentes tuvieron la oportunidad de acceder como pocos a los <<secretos de Dios>>, que vertieron en muy diferentes tradiciones orales, textos y corrientes de pensamiento, dando lugar, entre otras cosas, a la admirable Cábala.

De forma sumamente sintética, hay que rememorar el momento, allá por el año 1.800 a.c., en que Abraham partió de Ur, en Caldea, para iniciar un prolongado periplo en el que participaron después sus descendientes, entre ellos Isaac, Jacob - que adoptó el nombre de Israel- y la docena de vástagos de éste, que llegaron al centro del Egipto de entonces alrededor del 1.650 a.c.. Allí permanecieron 400 años, tiempo sobrado para contrastar los saberes de sus ancestros con los del floreciente Imperio de los faraones, que durante su denominado periodo Medio (2.000 - 1.780 a.c.) se había expandido por el Próximo Oriente, conquistado Palestina bajo el mando de Sesostri III.

En la tierra de las pirámides, los judíos conocieron las enseñanzas de Hermes y

la profunda erudición de la que surgieron documentos como *El Kybalión* y el complejo mundo religioso egipcio. Accedieron, así, al Dios de la Sabiduría, la Identidad Universal, una mente infinita y eterna que es sostén de todo lo que existe y de la que todo surge a través de un colosal proceso de creación mental. Proceso que genera, igualmente, una enorme cadena de vibraciones de cuyas interferencias y solapamientos surgen los mundos, por lo que detrás de estos y de cuantas cosas y objetos lo pueblan hay una misma arquitectura geométrica que emana de esa base vibratoria esencial y que sustenta los principios herméticos.

Moisés, como el conjunto de los israelitas, supo de todo ello gracias a los egipcios y tuvo una especial capacidad para adaptar estos saberes a las costumbres y creencias hebreas. Bajo su dirección, el pueblo israelita inició el éxodo en 1.250 a.c., en tiempos de Ramsés II, conformándose en un seno, como elemento de diferenciación frente a Egipto, donde el faraón unificaba el poder político y religioso, dos dinastías paralelas e íntimamente entrelazadas: la de Aarón, el sumo sacerdote, a la que se confía el conocimiento místico y la influencia religiosa; y la que se llamará con el tiempo davídica, que se corresponde con la realeza y asume el poder político. Esta división de dinastías jugará un importante papel en tiempos de Cristo y explicará, como se verá, la especial relación entre Jesús y Juan el Bautista.

El primer monarca israelita, como tal, fue Saúl, de la casa de Benjamín -antes Josué, ya en la Tierra Prometida, había sucedido a Moisés-, aunque mucho mayor fue la impronta tanto del segundo soberano, David, de la tribu de Judá, como de su hijo Salomón. El paso del trono de la casa de Benjamín a la de Judá hizo que se arrastraran durante siglos problemas de legitimidad que en la época de Jesús, perteneciente a la estirpe de David, se intentarán resolver, como también se examinará, mediante su enlace matrimonial con María Magdalena, del linaje de Benjamín.

El reinado de David duró 40 años, aproximadamente entre 1.010 y 970 a.c., y sirvió para conquistar Jerusalén, capital hasta entonces de los Jebuseos. Salomón, por su parte, fue el rey sabio que edificó el primer Templo de Jerusalén, donde guardó el Arca de la Alianza que Dios ordenó construir a Moisés. Y dio muestras siempre de una alta tolerancia religiosa, permitiendo el culto a otros dioses (Primero de los Reyes, 11, 4-10), como la femenina Astarte, coincidente con la divinidad egipcia Isis, lo que es una prueba más de la interconexión de la fe judía de entonces con el misticismo egipcio.

Posteriormente, el reino gozó momentos de esplendor, como el vivido durante el gobierno de Jeroboam II (784 a 744 a.c.), pero terminó partiéndose en dos, con Israel al norte y Judá al sur. El reino de Israel casi se extingue con la toma de Samaria por parte de los asirios, mientras que el de Judá contó con reinados como el de Ezequías (715 a 689 a.c.), que restableció el culto a Moisés abandonado por su padre Acaz. Mas la división los debilitó y fue decisiva para que el rey caldeo Nabucodonosor II (684 a 582 a.c.) los conquistara, tomando Jerusalén en dos ocasiones -la primera, en 597 a.c.; y la segunda, en 587 a.c., que fue unida a la

destrucción del Templo y la Diáspora (dispersión)-, deportando al pueblo a judío a Babilonia.

Así, los israelitas se vieron forzados a conocer de manera directa las ricas culturas mesopotámica, sumeria, hitita y asiria y sus sistemas de creencias, incorporando a la tradición hebrea bastante de sus doctrinas y ritos -el Jardín del Edén, la Torre de Babel (el zigurat "E-Temen-an-Ki", de siete pisos, construido durante el reinado de Nabucodonosor II), el Diluvio Universal,...-. De hecho, es muy probable que la idea de la preeminencia de un dios masculino surgiera entre los judíos durante el cautiverio en Babilonia -la mayoría de los libros que componen la Biblia se elaboraron en esta época-. Igualmente, de estas décadas deriva el concepto de un Mesías, un gran rey y líder que liberará al pueblo judío, lo unificará y lo engrandecerá.

En 538 a.c., Ciro II, rey persa que se había anexionado Babilonia un año antes, promulgó un edicto por el que se autoriza el retorno de los judíos a sus tierras, donde construyeron el segundo Templo. No obstante, la independencia política y religiosa no dura demasiado, pues en 332 a.c. se produce la conquista por parte de Alejandro Magno, morirá 9 años más tarde, lo que intensificó la presencia del pensamiento clásico griego en el mundo hebreo. A este respecto, una fecha en discusión es el año 210 a.c., cuando presumiblemente la Biblia se traduce al griego mediante el trabajo de 72 sabios a lo largo de 72 días, acontecimiento de contenido legendario, así lo relata Aristeo, que permite pensar en traducciones parciales finalmente recopiladas bajo el nombre de *Versión de los Setenta*, asumida por el cristianismo.

Tras la dominación griega, se suceden liberaciones y nuevas conquistas. Ya en 197 a.c., Antíoco III de Siria somete Judea y le reconoce, a través de una carta, el estatuto teocrático, si bien su hijo, el seléucida Antíoco IV Epifanio, abrogó la carta y se empeñó en helenizar al pueblo hebreo, profanando el Templo y dedicándolo a Zeus. Esto provocó una sublevación armada encabezada por la familia de los Macabeos, es decir, el sacerdote Matatías y sus cinco hijos.

En 142 a.c., el último superviviente de ellos, Simón Macabeo, consiguió del seléucida Demetrio II Nicator el reconocimiento de la independencia judía. A partir de este momento, la función de Sumo Sacerdote vuelve a convertirse en hereditaria, creandose la dinastía asmonea. No obstante, el hijo de Simón, Juan Hircano I, acumuló (134 a 104 a.c.) el liderazgo religioso y político, intentando reconstruir el reinado de Salomón. Esta doble condición de jefe político y espiritual la mantuvieron tanto su hijo Aristóbulo I Filelenos, que sólo gobernó unos pocos meses, como el hermano de éste, Alejandro Janeas, durante cuyo mandato (103 a 76 a.c.) sostuvo una encarnizada lucha contra los fariseos. Tras su muerte, le sucedió su esposa, Salomé Alejandra (76 a 67 a.c.).

Entre tantas convulsiones, un número indefinido de judíos, caracterizados por su espiritualidad y sabiduría, se retiró, aproximadamente en el año 140 a.c., a la soledad del desierto de Qumrán, a orillas del Mar Muerto. Allí fundaron la secta de

los esenios, auténticos precursores del cristianismo, como demuestran los manuscritos que redactaron a partir de 70 a.c., algunos de los cuales fueron casualmente encontrados, como más adelante se reseñará, en 1947. El denominado gnosticismo impregnó sus ideas y obras. Se volverá después sobre todo ello.

En el año 67 a.c., Aristóbulo II (67 a.c. a 63 a.c.) hereda el trono de su madre Salomé, entrando en conflicto con su hermano Hircano II, de lo que sacarán provecho los romanos, que por medio de Pompeyo conquistaron Jerusalén e incorporaron Israel a su imperio en 63 a.c.. Los romanos confirmaron inmediatamente a Hircano II como Sumo Sacerdote. Y, lustros después, proclamaron a un intendente suyo como soberano de Judea, Herodes I El Grande (37 a 4 a.c.), en confrontación con Asmoneo Antígono, que fue ejecutado.

Herodes conformó un gobierno prorromano que se esmeró en eliminar a los descendientes de la dinastía asmonea, helenizar las ciudades y embellecer Jerusalén - hizo reconstruir el Templo (un millar de carros y 10.000 obreros, trabajando entre los años 20 y 10 a.c.) y edificó monumentos como la fortaleza de Antonia- , ordenando la famosa <<masacre de los inocentes>>.

Jesús: líder político y maestro místico

Precisamente, durante el mandato de Herodes I nació Jesús en Galilea. ¿Cuándo exactamente?. Pues, desde luego, no en la fecha tradicionalmente admitida: el 25 de diciembre del año 753 de Roma (año cero de la era cristiana).

Lo del 25 de diciembre fue una imposición del papa Liberio, en 354 d.c., al objeto de celebrar la Natividad en sustitución de la conmemoración pagana del solsticio de invierno, fecha en la que tradicionalmente se habían celebrado festividades como el <<nacimiento del sol>>, la natividad del dios precristiano Mitras -llamado <<Hijo de Dios y Luz del Mundo>>- y el cumpleaños de Osiris, Adonis y Dionisos.

En cuanto a la anualidad, a partir del siglo X se hicieron comunes en el mundo cristiano las estimaciones del fraile escita Dionisio El Exiguo, que en 532 d.c. calculó el natalicio de Jesús en el año 753 de la cronología romana. Sin embargo, el monje se equivocó en media docena años, ya que el Edicto del Censo, al que hacen alusión los Evangelios, está datado en 747 de Roma . Por ello, la fecha de la natividad de Cristo fue, por paradójico que resulte, el año 6 a.c..

Por otra parte, Jesús nació en una cadena de descendencia que le entronca con el rey David. Los evangelistas ponen un gran énfasis y son reiterativos en lo relativo a esta genealogía davídica -san Mateo (1,1-17) se remonta hasta Abraham; y san Lucas (3,23-38) llega incluso a Adán-. Por tanto, Jesús perteneció a la estirpe real de David. Su abuelo se llamó Ezequías, asesinado por los romanos al oponerse a su dominación. Y su padre fue Judas el Galileo, conocido también como Judas de

Gamala, famoso caudillo judío ejecutado, igualmente, por los romanos en el año 6 d.c., cuando Jesús tenía 11 o 12 años, con ocasión de una sublevación judía en la que 2.000 rebeldes fueron crucificados. Este levantamiento supuso el principio del movimiento zelote o celota -el celo al que debe su nombre se ejerce al servicio de Dios y de la Ley y contra la dominación romana-, uno de cuyos jefes, como se recalcará más adelante, será Simón Cefas (san Pedro).

Conviene recordar ahora la bifurcación dinástica entre la rama política y religiosa que el pueblo judío asumió desde Moisés y que, a pesar de sus muchos incumplimientos, se mantuvo patente o latente en su tradición. En este sentido, como legitimario de David, Jesús fue el heredero de la dinastía real y política, mientras Juan el Bautista, cual descendiente de Aarón, personificó la mística y religiosa. En aquel tiempo, numerosos judíos creían que la venida del Mesías era inminente y que el linaje davídico iba a ser restaurado por el “resh galutha” o, dicho en griego castellanizado, el Exilarca, el heredero de los derechos dinásticos de David. Jesús fue ese Exilarca por derecho propio.

Siendo quien era, Jesús vivió en el anonimato prácticamente desde su nacimiento, camuflando su identidad bajo la tapadera de una vida anónima ante el temor a los romanos y al gobierno adlátere judío (Herodes I murió en el año 4 a.c. y su reino quedó dividido entre sus hijos: Arquelao, etnarca de Judea hasta el 6 d.c.; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Persia hasta el 39 d.c.; y Filipo, tetrarca de los territorios transjordanos hasta el 34 d.c.). Esta clandestinidad se intensificó tras el asesinato de su padre, del que Jesús fue primogénito, aunque no hijo único. Concretamente, Jesús tuvo varios hermanos y hermanas, tal como indican diversos documentos y los propios Evangelios oficiales (san Mateo, 12, 46 y 13,55; san Lucas 9,19; san Marcos 3,37; Hechos de los Apóstoles 1,14).

Entre sus hermanos, hubo uno que fue su gemelo. Se trató de Tomás, al que san Juan (11,16 y 20,24) llama Dídimo, esto es, gemelo en griego, y del que el *Evangelio de Bartolomé*, uno de los abundantes escritos no reconocidos por la Iglesia romana, dice <<¡Salud a ti, gemelo mío, segundo Cristo!>>. Su condición de hermano gemelo de Jesús, explica, también, el curioso episodio que narra el *Evangelio de Tomás* (en su logión 13), texto apócrifo sobre el que se incidirá más adelante, cuando, al preguntar Jesús a sus discípulos a quién se parece, Tomás afirma: <<mi boca no aceptará en modo alguno que yo diga a quien te pareces>>.

A la existencia de este gemelo hay que achacar las contradicciones de contenido evidentes en cuantiosos mensajes de Cristo recopilados en los Evangelios. Y es que unos son los del verdadero Jesús, muy centrados en las ideas de paz y concordia, mientras otros corresponden a Tomás, más predispuesto a la lucha y al uso, incluso, de la violencia. Por tener Jesús un gemelo, adquirió gran relevancia su presentación en el Templo de Jerusalén para, como primogénito, ser consagrado ante Dios (san Lucas, 2, 25-35). Con ello, sus padres quisieron despejar cualquier tipo de duda sobre la línea sucesoria y contar con el veredicto notarial del rabí Simeón.

Volviendo a Juan el Bautista, hay constancias ciertas de su parentesco con Jesús -sus madres, Isabel y María, eran primas- y, como ya se subrayó, perteneció a la estirpe sacerdotal de Aarón. Alcanzó notoriedad pública antes de que Jesús saltara a la escena -varios de sus discípulos, como Andrés, fueron antes seguidores de Juan- y perteneció a la secta de los nazarenos, que posteriormente lideró el propio Jesús -el apelativo de <<Nazareno>> procede de este hecho y no de Nazaret-. De la existencia de esta secta político-religiosa hay abundantes referencias históricas -en los Hechos de los Apóstoles (24,5) se señala que, tras la muerte de Jesús, san Pablo llegó a ser su caudillo-, así como de sus conexiones con los esenios, citados en párrafos precedentes como auténticos precursores del cristianismo.

Juan el Bautista, como descendiente de la dinastía de sacerdotes, bautizó a Jesús y le confirió públicamente la investidura necesaria para que el pueblo lo aceptara como rey legítimo, mostrando la asociación y los vínculos entre el Mesías rey y el Mesías sacerdote. Este fue el motivo, más allá de las críticas de Juan a la conducta de la princesa Herodias, que abandonó a su marido Herodes Filipo para vivir con su tío y cuñado Herodes Antipas, por el que éste, finalmente, decapitó a Juan. Y con esa autoridad de príncipe de sangre real y legítimo heredero, Jesús luchó contra los romanos para recuperar su trono. Además de la investidura real de manos de Juan, Jesús buscó el reconocimiento y apoyo de su gente haciendo lo posible para que se cumplieran en él las profecías. Así lo constatan los Evangelios: <<esto tuvo lugar para que se cumpliesen las profecías>> (san Mateo 21,4, en referencia a Zacarías 9,9).

Jesús fue, sin duda, un hombre sumamente singular. Todas las fuentes, oficiales o no, subrayan su personalidad fuerte, generosa y muy atractiva, su carácter afable y equilibrado, su hablar reposado e incisivo y su gesticulación educada y tranquila. Un perfil, por tanto, de claro liderazgo que acentuó con un mensaje donde mezcló coherentemente los objetivos políticos inmediatos con contenidos de elevada índole espiritual, que entroncaban con la tradición mística de su gente. A esta tradición, que enlazaba con la de los esenios y que Jesús elevó y adaptó a su época, unió los saberes procedentes tanto del pensamiento de la antigua Grecia -a los que tuvo fundado acceso gracias a la notable presencia de escuelas helenísticas en la Galilea de entonces- como, muy particularmente, del propio mundo egipcio, donde ya fue de niño (san Mateo 2, 13) y volvió de adulto, haciendo cierta la profecía <<de Egipto llamé a mi Hijo>> (san Mateo 2, 13-15). Así, Jesús se convirtió en un rabí y en un gran maestro de los saberes herméticos y del conocimiento -gnosis- místico.

Por todo ello, fue querido y admirado por muchos y temido y odiado por otros. Sus seguidores más incondicionales fueron los nazarenos, así como los nacionalistas zelotes, muy leales a la memoria de su padre y que aspiraban a derrocar al gobierno impuesto por los romanos, expulsar a estos e instaurar la Casa de David. No obstante, a una parte significativa del pueblo hebrero le resultó difícil, sino imposible, asumir la intención de Jesús, obvia en todas sus manifestaciones públicas, de sumar a todos -judíos y gentiles, ricos y pobres, sin reparar en diferencias religiosas, socioeconómicas o étnicas- en pro de sus objetivos místicos y políticos.

Los discípulos de Jesús: su esposa María Magdalena, su círculo de confianza y los apóstoles

Jesús, por otro lado, afianzó sus derechos dinásticos contrayendo matrimonio con María Magdalena, princesa de sangre real perteneciente a la poderosa Tribu de Benjamín (hay que recordar los problemas de legitimidad ya enunciados derivados del paso del trono de Israel de Saúl, de la casa de Benjamín, a David, de la tribu de Judá), con lo que vincularon las dos líneas de sangre y crearon una fuerte unión política capaz de reclamar legítimamente el trono de Israel. María Magdalena fue hermana de Marta y Lázaro, el <<resucitado>>, verdadera personalidad de san Juan Evangelista. Lázaro unió a su condición de cuñado una gran admiración por Jesús, ofreciéndole siempre su amistad y un importantísimo apoyo, lo que le convirtió en el <<discípulo amado>> citado en los Evangelios.

A nadie puede extrañar que Jesús, como todo judío devoto, se casase. Las pautas sociales de la época prácticamente prohibían que un hombre judío fuese soltero y en la tradición hebrea el celibato era censurable, siendo obligación del padre buscarle una esposa adecuada a sus hijos. Y sobre el enlace matrimonial entre Jesús y María Magdalena hay numerosas referencias en muy diversos textos. Así, por ejemplo, en escritos apócrifos como el *Evangelio de Felipe*, que en su Sentencia 55 señala que <<la compañera del Salvador es María Magdalena; Cristo la amaba más que a todos sus discípulos y solía besarla en la boca>>. Lo cierto es que las bodas de Caná, en Galilea, por el año 27, fueron las de María Magdalena y Jesús, siendo coincidente, por tanto, su identidad con la del esposo -en calidad de tal lo trata el maestresala en el episodio evangélico (san Juan 2, 9-10)-.

Esta verdad ha intentado ocultarse bajo mil mentiras, llegando incluso a hacer de la Magdalena una prostituta redimida, una perversa invención del papa Gregorio I, en el año 591, cuyo error no ha sido corregido oficialmente por la Iglesia hasta 1969. Mas lo cierto es que María Magdalena fue la esposa de Jesús, tuvo con él descendencia, al menos tres hijos (una hembra y dos varones), y desempeñó una función crucial en el apoyo permanente a la labor de su marido y como depositaria de la semilla de su estirpe real. Y si fue <<pecadora>> se debió a que profesaba de manera abierta su devoción por dioses y, sobre todo, diosas ajenos a las creencias judías y que enlazaban directamente con la tradición egipcia. Asimismo, tuvo profundos conocimientos esotéricos, lo que sumado a su saber acerca de la misión política y espiritual de Jesús provocó que en algunos textos se la señale como <<la que lo sabía todo>>.

De hecho, Cristo tuvo en ella, en su madre María, en su hermano gemelo Tomás y en el grupo de gente de Betania -Lázaro (san Juan Evangelista), Marta y Simón el Leproso entre ellos- su círculo de confianza y de mayor identidad espiritual. En el texto egipcio *Pistis Sophia* se puede leer: <<María Magdalena, Juan (Lázaro) y mi Madre descollarán sobre todos mis discípulos y los hombres que recibirán los misterios del Inefable>>. Un grupo de máxima cercanía al que también

pertenecieron Nicodemo y José de Arimatea, pariente de Jesús y <<discípulo oculto>> (san Juan 19,38), que tanta importancia adquirieron, como se detallará posteriormente, en el momento de la crucifixión. Por cierto, que no puede sorprender que entre los miembros de este círculo hubiese mujeres, pues estas jugaban un notable papel en las enseñanzas recibidas por Jesús, en las que se valoraba la mayor sensibilidad femenina para el aprendizaje y la práctica mística, interpretando la escena del paraíso como el acceso de Eva a la sabiduría, representada por la serpiente, siendo ella quien la transmitió después a Adán.

Este reducido núcleo de personas fue el auténtico depositario del saber hermético de Jesús, directamente conectado con la tradición esenia y gnóstica. Un conocimiento que, por su transcendencia y carácter iniciático, Jesús no pudo trasladar claramente a los demás, tal como confirma san Marco reiteradamente: <<a vosotros se os ha concedido el misterio del reino de Dios; pero a esos de fuera, todo se les da en parábolas, de tal manera que viendo, ven y no entienden, y oyendo, oyen y no comprenden, y así no se conviertan y sean perdonados>> (san Marcos 4, 10-12); <<por medio de muchas parábolas (...) les exponía la doctrina, según podían entenderle; y no les hablaba sin parábola; pero en privado explicaba todas las cosas a sus discípulos>> (san Marcos 4, 33-34); y <<cuando dejada la gente entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola y él les dijo: ¿también vosotros estáis tan faltos de inteligencia?>> (san Marcos 7, 17-18). A este conocimiento se referirían mucho tiempo después los llamados Padres de la Iglesia, como Orígenes, que señaló que <<los Evangelios han guardado oculta ("apokryphan") la explicación que daba Jesús a la mayoría de las parábolas>> (*Commentaria in Matthaeum*, XIV, 2)

Para comprender esto, es conveniente detenerse en el episodio de la resurrección de Lázaro, que nos narra con detalle el Evangelio de san Juan (11, 1-44). Lázaro, como ya se señaló, fue hermano de María Magdalena y, por tanto, cuñado de Jesús. Y el texto evangélico reconoce el gran afecto que ambos hombres se profesaban. Siendo esto así, llama poderosamente la atención que Jesús, al serle anunciada la teórica grave enfermedad de su pariente y amigo, no alterara su vida normal y optara por quedarse aún dos días en el lugar donde estaba, a orillas del Jordán, diciendo que <<esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios>>. Afirmación que por su contenido ha de ser puesta en conexión con la conversación de Jesús con el magistrado Nicodemo (san Juan 3, 1-21), donde señala que <<en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios (...). Os conviene nacer de nuevo>>. Frases que engarzan con los saberes gnósticos de los que Jesús fue un gran maestro y hacen recordar, entre otras cosas, el famoso rito egipcio del "Heb Seb", que sin duda Jesús conocía. En esta ceremonia iniciática, el faraón entraba en una especie de letargo para resurgir después con más fuerza y sabiduría, retomando la ancestral tradición de Osiris, que resucitó al tercer día gracias a la mediación de su hermana y esposa Isis.

Todo lo cual debe llevar a reflexionar sobre el carácter iniciático de la <<muerte>> y <<resurrección>> de Lázaro, lo que desvela, a su vez, la complicidad entre él y Jesús y los saberes herméticos que ambos compartían y que eran

extensivos a un reducido círculo de discípulos. Un grupo distinto al formado por los denominados apóstoles, que dirigieron fundamentalmente su actividad a la acción política. Sobre el número de los apóstoles, la realidad es que superó al de doce tradicionalmente admitido. Y no sólo porque san Lucas (5,27-29) cite, al igual que san Marcos, a Leví o san Juan a Natanael, nombres ambos que no están en la lista de la docena, sino porque los Evangelios reconocen que <<Jesús designó a otros 72 discípulos, que envió de dos en dos delante de sí a todas las ciudades y sitios por donde había de pasar>> (san Lucas 10,1). Todos ellos tuvieron a Pedro como jefe inmediato.

En lo relativo a éste último, el san Pedro de la Iglesia es tan falso como su tergiversada versión de María Magdalena. El Pedro verdadero e histórico se llamó Simón Cefas. En arameo, la lengua de Jesús, “cefas” -“kêpha”- significa “roca” o “aguja de piedra”. En esa misma lengua, “rama de palmera” se escribe “kipahâ”. En el Evangelio de san Mateo (16,18), la lectura cierta es <<tú eres roca (kêpha) y yo haré de ti rama de palmera (kipahâ)>>, esto es, la rama del tronco de Jesse y el símbolo de la victoria. Este significado se perdió al traducir las Escrituras al griego y al latín.

El <<complot de Pascua>>, la salvación de la muerte en la cruz y el traslado al sureste de la Galia

Pedro fue un hombre de acción y comandó uno de los grupos zelotes -hay que recordar lo ya enunciado sobre la conexión entre este movimiento y el padre de Jesús, con ocasión de la rebelión del año 6- más activos y mejor preparados. Y junto a otras facciones radicales, preparó el <<complot de Pascua>>, en el año 30. Antes, en 29, Jesús llevó a cabo importantes movimientos de masas, como el <<discurso de la montaña>>, en primavera, y la exposición de sus grandes parábolas, en verano. El citado complot incluyó la llegada de Cristo a Jerusalén a finales de marzo, tras lo que sus seguidores pretendieron desencadenar una revuelta contra la ocupación romana, haciéndose con el tesoro del Templo y el arsenal de armas y derrocando al gobierno prorromano. Sin embargo, la sublevación se quedó en meras algarabías y fue sofocada incluso antes de estallar, a pesar de la importancia cuantitativa de los rebeldes. Baste recordar que para prender a Jesús se movilizó toda una cohorte romana -más de medio millar de soldados- más un buen número de alguaciles enviados por el Sanedrín (san Juan 18, 3 y 12).

Tras su detención, Jesús fue torturado y, el 4 de abril del año 30, crucificado. Pero, como resultado de un plan muy bien organizado, no murió en la cruz. La operación tuvo tres fases esenciales. La primera consistió en darle a tomar un brebaje -el teórico vinagre mencionado por san Juan (19, 29) o la pretendida mezcla de vino e hiel referido por san Mateo (27, 34)- capaz de provocarle una inconsciencia tan profunda que, a los ojos de todos, pareciera muerto. La segunda y aún más complicada fue convencer a Pilatos de que Jesús había fallecido, que, por ende, podía ser ya bajado de la cruz -sin esperar el tiempo comúnmente estipulado y sin quebrarle las piernas, como era norma usual- y que autorizara su enterramiento -

circunstancia nada frecuente en caso de crucificados-. Y la tercera y última, propiciar a Jesús lo antes posible los medicamentos y atenciones requeridos por alguien que había sufrido todo lo que él soportó.

De lo primero se responsabilizó personalmente Lázaro, que ya tenía experiencia propia, como antes se reseñó, en trances semejantes. La segunda fase recayó en José de Arimatea, propietario tanto del lugar donde se produjo la crucifixión como del sepulcro en el que se llevó a cabo el enterramiento del cuerpo. Este <<discípulo oculto>> estaba muy bien relacionado con los círculos de poder tanto romanos como del Sanedrín judío. Y es verdad que a Pilatos le sorprendió la celeridad de la pretendida muerte de Jesús, tal cual refleja san Marcos (15, 44), pero José de Arimatea era persona de influencia -de <<hombre rico>> lo califica san Mateo (27, 57) y <<senador>> lo llaman san Marcos (15, 43) y san Lucas (23, 50)- y, tras el enorme suplicio padecido por Jesús y siendo sábado al día siguiente (día sagrado judío), consiguió convencer a Pilatos y los suyos del fallecimiento de Cristo y de la conveniencia de bajar cuanto antes su cuerpo de la cruz. Por fin, de la tercera y última parte de la operación se encargó Nicodemo, que apareció en la escena cargado de cien libras de mirra y áloe (san Juan 19,39) y otros fármacos y remedios - la mirra es un desinfectante excepcional y son sobradamente conocidas las grandes propiedades curativas del áloe-.

Ahora bien, que Jesús no muriera en la cruz no significa que no sufriera tremendas heridas, que le obligaron a pasar un lógico periodo de recuperación. Por ello, no es posible pensar que tan sólo tres días después de la crucifixión reapareciera entre los suyos. Y es que el que se presentó ante sus seguidores no fue Jesús, sino su hermano gemelo Tomás, sobre el que los textos apócrifos, prohibidos por la Iglesia, indican lo siguiente: <<Gemelo de Cristo, apóstol del Altísimo, iniciado tu también en la enseñanza oculta de Cristo, has recibido instrucciones secretas>>. Instrucciones que le llevaron a hacerse pasar por Jesús, conforme a un plan previamente programado. Lo pretendió primero ante María Magdalena, que no lo reconoció, lógicamente, como su marido (san Juan 20,15). Y lo intentó luego, con más éxito, ante un grupo de discípulos que se escondían de las autoridades judías (san Juan 20,19), con los que departió de manera breve. Por razones obvias, entre ellos no se encontraba en ese momento Tomás (san Juan 20,24).

Casi dos semanas después de la crucifixión, fue el verdadero Jesús, ya más restablecido, el que compareció ante los suyos, ahora sí con Tomás entre ellos, y les mostró sus heridas, aún muy vivas (san Juan 20,26). Y hubo que esperar un tiempo mayor para que se produjera una nueva aparición, con comida incluida a orillas del mar Tiberíades. No obstante, la narración que ofrece san Juan(21, 1-14) al respecto plantea algunas dudas sobre si se trató del auténtico Jesús o de su gemelo Tomás, dado que algunos discípulos no lo reconocieron como tal.

A partir de ese momento y tanto para completar su recuperación física -cosa que nunca logró de manera integra- como por motivos de seguridad -a los romanos ya le había llegado la noticia de que se encontraba vivo-, Jesús se alejó de tierras

judías. Primeramente, no se desplazó demasiado lejos, adentrándose en el vecino, y para él conocido, Egipto. Más, posteriormente, la permanencia de sus problemas físicos, el deseo de estar junto a su familia y la persecución romana le obligaron a plantearse un viaje más largo, que, a la postre, sería definitivo, acompañado de los suyos. El lugar elegido fue la otra punta del Mediterráneo, el sureste de la Galia, la Francia actual, donde se localizaba por entonces una importante colonia judía con gente de confianza.

De este manera, en torno al año 35, Jesús desembarcó en lo que hoy día es Saintes Maries de la Mer, en la comarca de Camargue, acompañado de sus hijos -una niña, Tamar, de 5 años, y un niño, Jesús, de 2-, su esposa -que estaba embarazada de otro varón-, su cuñado y <<discípulo amado>> Lázaro -fundó allí el primer obispado- y algunos de sus adeptos más próximos, entre ellos san Felipe, san Maximino -constituyó el obispado de Narbona- y José de Arimatea.

Éste tuvo que huir de tierra judía al ser ferozmente perseguido por los romanos y sus aliados judíos desde que se descubrió la trama que había posibilitado la salvación de la vida de Cristo. De su llegada al sur de Francia en el referido año dejó constancia el cardenal y bibliotecario vaticano Baronio en los *Annales Ecclesiastici*, de 1601. Más tarde, José de Arimatea continuó rumbo a Britania, donde construyó un templo en Glastonbury y abrió un linaje al que siglos después perteneció Perceval y del que sobrevino la tradición esotérica en torno al rey Arturo y la Mesa Redonda. Una tradición que hay que datar no en la época medieval, como se acostumbra, sino alrededor del siglo V y en relación con el curioso mestizaje religioso-cultural entre el pensamiento cristianismo más puro, las creencias druidas y la influencia de pueblos germánicos como el sicambro, del que, como se explicita en el Círculo Quinto de la Sabiduría, nació la dinastía merovingia (la película *El Rey Arturo*, de Antoine Fuqua, aporta una nueva visión de los hechos que se aproxima a esta realidad histórica).

Tomás, por su parte, también optó por marcharse, si bien por distinto camino al de su hermano, tomando dirección a Cachemira. Allí han quedado testimonios de su presencia, aunque confundidos con la teórica visita a aquellos lugares de su gemelo Jesús. A Tomás se refieren los manuscritos hallados por Nicolai Notovich, sobre 1885, en la lamasería de Hemis. Y él es el Issa del que hablan diversos textos hindúes y cuya tumba, en Srinagar, sigue siendo venerada en la actualidad.

Como examina con más detalle el Círculo Quinto, el linaje de Jesús y María Magdalena se perpetuó en secreto en el sureste francés, donde ambos pasaron el resto de sus días. Jesús murió pasado el año 45 y fue enterrado en un monte cercano, probablemente el Cardou, a lo que actualmente es Rennes de Château. Magdalena, por su parte, vivió bastante más tiempo que él, desarrollando una ingente labor apostólica y falleciendo finalmente en Saint Baume o en Aix-en-Provence. Con el transcurrir del tiempo, su estirpe formó lazos de sangre con la realeza gala de la Casa Merovingia, que sería muy perseguida por ello, llegando hasta Godofredo de Bouillón, creador en Jerusalén, en el año 1099, del Priorato de Sión y precursor de la Orden del Temple.

Una vieja y extendida profecía asegura que cuando se restaure la estirpe de Jesús acabarán los tiempos de iniquidad y la humanidad retornará a la armonía y al amor universales. El mito del Santo Grial -Sang Real, Sangreal o Sangre Real- se refiere a esta descendencia real y física de Jesús y no al cáliz que, según la creencia común, éste usó en la <<última cena>> y con el que, posteriormente, José de Arimatea recogió la sangre que le brotaba del costado en el momento de la crucifixión. La búsqueda de ese cáliz sagrado no es sino la metáfora de algo mucho más poderoso ligado a la verdadera naturaleza del Santo Grial: el secreto, y los documentos que lo constatan, sobre el auténtico Jesús y la estirpe que lo sucedió.

Los seguidores de Jesús y la invención del cristianismo

Mientras Jesús se veía forzado a abandonar tierra hebrea, Simón Cefas (san Pedro) continuó encabezando el movimiento zelote y la lucha contra los romanos e intentó liderar a los seguidores de Cristo -no tardaron en aparecer, sin embargo, desavenencias internas-, otorgando al movimiento de resistencia una orientación no sólo política, sino también religiosa y espiritual.

De hecho, los intentos de revuelta contra los romanos fueron permanentes, llegando a su punto más álgido en el año 66, cuando la resistencia judía contra Roma, que se venía reforzando sensiblemente desde el 60, estalló en una guerra abierta. El Imperio designó a Vespasiano para controlar la situación y, bajo su mando, el ejército romano sometió a Galilea en el año 67. Reclamado en Roma para suceder a Nerón, confió la continuación de sus operaciones a su hijo Tito, de 27 años. Con cuatro legiones, Tito terminó la guerra tomando Jerusalén entre abril y septiembre del año 70. El Templo fue saqueado e incendiado y los habitantes dispersados.

La resistencia hebrea, no obstante, continuó algunos años más en lugares concretos, como la fortaleza de Masada. Finalmente, Roma logró la victoria total, dejando un rastro de sangre y terror: un millón de judíos muertos y cientos de miles esclavizados. Muchos judíos optaron entonces por hacer el mismo viaje que Jesús y su familia habían realizado décadas atrás, reforzando la presencia hebrea en el sureste de la Galia.

La primera generación de seguidores de Jesús conformó el llamado <<periodo apostólico>>, que concluyó con el fallecimiento de sus últimos discípulos directos, en torno al año 70 (el martirio de Pedro en Roma aconteció durante la primera persecución anticristiana, ejecutada por Nerón tras el incendio de la capital en el 64). Durante este periodo se desarrolló una significativa tradición oral y escrita -el traslado a texto se hizo más necesario cuanto más alejada quedaba la vida de Cristo- y aparecieron también las primeras tensiones y desavenencias dentro del movimiento cristiano.

Inicialmente, se produjeron entre tradicionalistas y renovadores, configurándose dos grandes grupos: los petristas -seguidores de Jesús, en sentido estricto- y los juanistas -llamados mandeístas cristianos de san Juan el Bautista, al que tenían por el Mesías esperado-. No obstante, la inmensa mayoría de los judíos cristianos originarios de Palestina estuvieron muy integrados en su medio y se mantuvieron fieles a la tradición hebrea. La primera ruptura con esta línea no ostentó mucha importancia y se produjo por los denominados <<helenistas>>, un grupo de judíos helenizados que criticaban abiertamente el culto tradicional y que tuvieron en san Esteban su líder espiritual. Eso sí, después de la lapidación de éste, se dispersaron por los territorios de alrededor y configuraron, casi sin pretenderlo, las condiciones precisas para la expansión espacial del cristianismo y, lo que no es menos importante, su paulatina emancipación de la religión madre hebrea.

Esta tendencia expansiva y emancipatoria tomó cuerpo muy especialmente de la mano de Pablo de Tarso. Bajo su influencia el movimiento cristiano fue objeto de notabilísimas transfiguraciones, comenzando por la pretensión de captar a los paganos sin imponerles las estrictas reglas de la ley judía y terminando por integrar en el cristianismo múltiples creencias y ritos procedentes precisamente de los cultos de esos paganos a los que se quería atraer. Así, hacia el año 45, era ya palpable la existencia de distintas corrientes en el seno del cristianismo, destacando la confrontación entre la Iglesia de Jerusalén y los seguidores de Pablo. La labor de éste y de algunos apóstoles propició la fundación de numerosas iglesias en Asia Menor, Grecia y hasta en el corazón de Roma, con lo que el cristianismo se fue adaptando a distintos entornos y diversificando sus contenidos ante el influjo del mundo grecorromano.

Pablo fue un mercader y se propuso vender a los romanos una nueva religión, aunque para ello tuviera que adornarla de mitos y usos paganos: su cristianismo es una mezcla de creencias hebreas, pensamiento grecorromano, tradiciones paganas y elementos místicos. Por esto, se enfrentó a los seguidores de Jesús que sí le habían conocido en vida, intentó paliar esta circunstancia teniendo una visión directa con Dios, caída del caballo incluida, y alentó entre los suyos la redacción de nuevos escritos, como unos *Hechos de los Apóstoles*, datados en torno al año 90, donde él, que precisamente no fue apóstol, es el gran protagonista. De este modo, puede afirmarse que Pablo de Tarso inventó lo que hoy conocemos como cristianismo -un Jesús completamente falso ajustado a sus objetivos-, se hizo con el poder entre los seguidores de Cristo y puso los cimientos de la Iglesia.

En manos de Pablo y de su Iglesia, Jesús dejó de ser el rey de Israel, heredero de la estirpe de David, para convertirse, como mandaban los cánones del Imperio romano, en divinidad. En un dios encarnado para salvar a la humanidad -al ser humano en particular, no al conjunto de los seres y cosas creadas- y expiarla de un hipotético pecado original cometido por unos remotos antepasados. Quedó suprimido, así, el Jesús histórico y real y su figura fue reinventada cual ser celestial, un dios hijo de dios, a la usanza griega y romana, y de madre no diosa, pero sí <<virgen>>, reduciendo a su esposa al papel de ramera y negándole descendencia.

Ya en el año 48, los dirigentes de la Iglesia primitiva estaban alineados con la doctrina paulista y celebraron el llamado Concilio Apostólico, en el que se consagraron los cimientos de la nueva religión y se buscó, muy especialmente, el punto de encuentro entre las influencias paganas y la tradición hebrea. Para facilitar la conversión a la nueva fe de los paganos se eliminaron prácticas como la circuncisión y las prescripciones de la Ley mosaica. Décadas después, se dio un paso más al respecto mediante la elaboración de los denominados Evangelios sinópticos, redactados para avalar las reinterpretaciones paulistas.

Con relación a esto último, el tramo final del siglo I se caracterizó por la intensificación del expansionismo cristiano y fue la época en la que recibieron su redacción definitiva los cuatro Evangelios canónicos -el atribuido a san Marcos fue el primero, remontándose al año 55, mientras que el asignado al pretendido Juan fue el más tardío, datándose hacia el 90- y las colecciones de Epístolas enviadas por los apóstoles -Pedro, Juan, Santiago y, muy singularmente, Pablo- a las diversas iglesias. Con todo ello se pusieron las bases de lo que posteriormente se conocería como *Nuevo Testamento* -no obstante, el *Antiguo Testamento* siguió siendo considerado como la Sagrada Escritura por excelencia y los escritos evangélicos tuvieron que esperar varias centurias para ser puestos al mismo nivel-.

Estas obras estuvieron precedidas y convivieron después de su elaboración con una amplia tradición oral y escrita susceptible de originar otros textos o modificar los ya existentes. Los propios Evangelios constatan la existencia de esos otros textos cuando se refieren a que <<ya algunos han procurado poner por escrito los sucesos que se han verificado entre nosotros, según nos transmitieron los que desde los comienzos fueron testigos oculares y ministros de la palabra>> (san Lucas 1, 1-2).

Con el paso del tiempo, los seguidores de Pablo lograron que un mundo romano en decadencia aceptara como propia la nueva religión y terminará por darle carácter oficial, instrumentalizándola conforme a sus intereses. Como se ha reseñado, las Escrituras se redactaron muchos años después de la muerte de Jesús y sufrieron después múltiples censuras. La Biblia toda -suma de libros y textos escritos por el ser humano, no por Dios, para dejar constancia de avatares históricos y, sobre todo, de saberes y conocimientos místicos que son expresados de forma analógica y metafórica- es el resultado de una evolución de siglos y de multitud de traducciones, revisiones, añadidos y eliminaciones.

Lo cierto es que durante los primeros siglos cada iglesia, en función de su localización geográfica y de la influencia del entorno, poseía sus propios textos de referencia y su propia tradición oral. Esto hizo posible que por el orbe cristiano circularan, además de los Evangelios canónicos o sinópticos, numerosos escritos con la doctrina de Jesús. Este es el caso de textos como el *Evangelio de Pedro*, el *Evangelio de los Doce* o los evangelios de comunidades concretas (*Evangelio de los Egipcios*, *de los Hebreos*, *de los Nazarenos*, *de los Ebionitas*,...).

Y a todos ellos se fueron uniendo los denominados evangelios de ficción, que narran, de manera más o menos fabulada, determinados episodios de la infancia de Jesús y de la vida de sus padres y allegados, dado los muchos silencios y lagunas que los evangelios más conocidos presentan con relación a estos asuntos. En esta categoría hay que incluir obras como el *Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio del Pseudo-Mateo*, el *Evangelio del Pseudo-Tomás*, los *Evangelios Árabes y Armenio*, el *Transitus Mariae*, la *Historia de José el Carpintero*, el *Evangelio de Nicodemo* y un extenso etcétera.

Estos evangelios de ficción fueron manifestación de una religiosidad popular que sobrevivió durante muchos siglos -su influencia no decayó hasta el Concilio de Trento y la Contrarreforma católica del siglo XVI- y colaboró en la introducción en el cristianismo de muchos elementos de los antiguos cultos paganos. Tal es la procedencia, verbigracia, del nacimiento de Jesús en una gruta, de la presencia de la mula y el buey en el portal, del nombre de los Reyes Magos, de la presentación de María en el Templo, de la anunciación cerca de la fuente o de la Asunción, así como de numerosas representaciones iconográficas y escenas figuradas en vidrieras mosaicos y pinturas que proliferaron hasta el Renacimiento.

En el transcurso del siglo II y a comienzos del III, el cristianismo dejó de ser una especie de secta incardinada en el judaísmo para convertirse en una auténtica religión autónoma, con multitud de fieles y una organización jerarquizada. Un fenómeno ante el que el judaísmo tradicional no se mantuvo impertérrito, reaccionando con iniciativas como la de Yehuda Ha-Nasi, en el año 200, dirigida a efectuar una compilación escrita de la Ley, revelada a Moisés en el Sinaí, y de la Torá, fruto de las enseñanzas de los rabinos

A la espectacular expansión y consolidación del cristianismo contribuyeron distintos factores, destacando el desconcierto religioso que sufría el Imperio Romano -muy sensible por entonces a los cultos orientales importados, como el de Mitra, que durante algún tiempo compitió con el cristianismo-, el impacto de bastantes de sus mensajes en los segmentos sociales más desfavorecidas -sin embargo, tardó mucho en echar raíces entre los campesinos, muy apegados a las creencias paganas- y el apoyo que logró entre la aristocracia y las capas medias de la sociedad romana -la mayor parte de los Padres de la Iglesia surgieron de la burguesía cultivada y desde el siglo II hay constancias de la presencia de cristianos en la alta administración, el ejército y el entorno del emperador-.

Mas el éxito en su difusión y reconocimiento avivó, igualmente, las disensiones y disparidades que el cristianismo venía padeciendo casi desde su nacimiento. Y en el siglo II llegó su primera crisis de envergadura, provocada por los denominados gnósticos. Estos, representados por varias grandes figuras como Basílides, Valentín y Marción, se resistieron a la paulatina adulteración de la doctrina de Jesús por su adaptación a los modos y creencias romanos y subrayaron el engarce de las enseñanzas cristianas con otras anteriores portadoras del verdadero conocimiento -gnosis- místico, que es fuente de todas las religiones, reivindicando la calidad de

Jesús cual maestro gnóstico.

A estos efectos, el movimiento gnóstico utilizó textos distintos de los antes citados, como los *Evangelios de Bernabé, de Bartolomé, de Felipe, de Judas y de Tomás*, el denominado *Evangelio de la Verdad*, el *Libro Secreto de Juan*, el *Libro Sagrado del Gran Espíritu Invisible*, el *Apocalipsis de Pablo* y el *Dialogo del Salvador*. Sus contenidos evidencian la conexión de los discernimientos gnósticos con los Círculos Primero, Segundo y Tercero de la Sabiduría, utilizando, por ejemplo, términos como “eón” (literalmente <<eternos>>) y “pleroma” que ponen al descubierto la erudición gnóstica sobre el origen mental de cuanto existe y las emanaciones del absoluto divino que se despliegan en forma de vibración, constituyendo enormes campos vibratorios y gravitatorios de los que surgen el Universo y el mundo que conocemos. Entre las obras referidas, el *Evangelio de Tomás* es el más rico de mensajes -recoge 114 logión o palabras de Jesús- y también el más antiguo -se remonta a fechas anteriores a los evangelios canónicos y fue inicialmente escrito en copto y traducido después al griego-.

Y a la escuela gnóstica hay que sumar, igualmente, la tradición de los denominados *Documentos Puristas*, relativa a extensos manuscritos redactados por seguidores de Jesús ajenos a las tesis de la Iglesia oficial, lo que puede ser puesto en conexión con el documento conocido por la inicial Q, cuya existencia ha sido reconocida por el Vaticano y que pudo haber sido escrito por el propio Jesús.

El nacimiento de la Iglesia y la conversión del cristianismo en religión de Estado

Frente a la fuerza e impacto de los planteamientos gnósticos, la jerarquía eclesiástica se lanzó a una encarnizada batalla en defensa de su ortodoxia, que no era ya sino un cristianismo desdibujado y adaptado a las circunstancias históricas y al gusto de un Imperio Romano que, poco a poco, comenzó a ver en la nueva religión no una amenaza, sino una oportunidad para superar divisiones religiosas y disensos políticos. En la lucha por su ortodoxia, los Padres de la Iglesia no duraron en elaborar un canon, esto es, una relación de textos autorizados a los que oficialmente se les reconoció la inspiración divina. El resto de los escritos, en número mucho más cuantioso que los incluídos en el listado, fueron arrojados a las negruras de la herejía y calificados de apócrifos -significa ocultos, por referencia directa a la enseñanza esotérica y secreta de Jesús-.

La actitud de la jerarquía eclesiástica fue cada vez más intransigente y en los siglos III y IV el citado canon de <<textos inspirados>> llegó a ser elevado al rango de Sagradas Escrituras, comparables al *Antiguo Testamento*. Con todo, los grupos cristianos opuestos a los criterios oficiales siguieron usando los textos prohibidos y manteniendo sus principios y creencias. Un marco en el que Arrio (280 - 336), un sacerdote de Alejandría, impulsó una teología que se hacía eco de la amplia corriente de opinión aún existente sobre la naturaleza humana de Cristo. Teología que se propagó con facilidad y fue adoptada por godos, suevos, vándalos y, en general, por

casi todos los pueblos <<bárbaros>>.

Sin embargo, las conclusiones del Concilio de Nicea, en el año 325 (ratificadas en 381 por el II Concilio Ecuménico, celebrado en Constantinopla), el reconocimiento del cristianismo por el emperador Constantino y, por fin, su configuración como religión de Estado bajo Teodosio, en 379, consolidaron las tesis de la Iglesia oficial y fueron obligando a los grupos disidentes a recluirse poco a poco en la clandestinidad o a reducir sus prácticas y actividades a parajes remotos y muy alejados de los centros de poder del cristianismo oficial.

La meta de Constantino el Grande, que antes de ser bautizado como cristiano había sido sumo sacerdote de la religión hasta entonces prominente en Roma, que adoraba al "Sol Invictus", fue terminar con los conflictos entre paganos y cristianos que minaban su imperio. De su mano y gracias a la orientación que Pablo y sus seguidores le habían venido dando históricamente, la Iglesia oficial se convirtió en una organización sedienta de poder terrenal y al servicio del mismo.

Constantino promulgó, en el año 313, el Edicto de Milán, autorizando la libertad de práctica del cristianismo, y tuvo mucho que ver en la convocatoria del I Concilio Ecuménico de Nicea, un evento que se inscribió plenamente en el marco del proceso de fusión de religiones llevado a cabo por el cristianismo y que Constantino consideró necesario fortalecer.

El concilio reunió a 220 obispos y sacerdotes favorables, en su inmensa mayoría a la ortodoxia oficial. Teóricamente, su objetivo esencial fue condenar el arrianismo, pero se fue mucho más allá y se dio un auténtico golpe de mano para consagrar todas las tesis oficiales que venían siendo cuestionadas intensa y extensamente. Por ejemplo, se desecharon muchos evangelios -se habían escrito unos 80- y se escogieron unos pocos; se unificaron posiciones y se tomaron decisiones sobre aspectos claves de la nueva religión, desde la fecha de la Pascua a la función de los obispos, pasando por la administración de los sacramentos; se declaró al clero como intermediario exclusivo con Dios, un tema central para fortalecer el poder de la Iglesia; se formuló el <<símbolo de Nicea>>, que definió el *Credo*; y se incorporaron símbolos, fechas y rituales paganos, configurando una especie de religión híbrida que pudiera ser aceptada por todos.

En este orden, los vestigios en el cristianismo de los cultos paganos son abrumadores: los discos solares egipcios se convirtieron en las coronillas de los santos; los pictogramas de Isis dando el pecho a su hijo Horus, concebido igualmente de manera milagrosa, fueron el modelo de las imágenes de la Virgen María amamantando al niño Jesús; los ritos místéricos paganos de <<comerse a Dios>> dieron paso al sacramento de la comunión; al recién nacido Krisna le regalaron oro, incienso y mirra y eso son, precisamente, los obsequios de los Reyes Magos; el día semanal dedicado a dioses estuvo muy presente en los cultos paganos y el cristianismo, que inicialmente respetó el "sabbath" judío, optó después por celebrar el día de la veneración pagana del sol; muy diversos objetos y elementos de creencias

precedentes (la mitra, el altar, la doxología,...) se incorporaron casi tal cual a la nueva religión; y hasta la necesidad de ser justo para entrar en el reino de los cielos presenta grandes similitudes con el comportamiento requerido por los egipcios con relación al reino de Maat, la diosa de la justicia.

Mas la gran aportación del Concilio de Nicea fue la consagración, con tres siglos de retraso, de Jesucristo como Dios. Hasta ese momento, la mayoría de los seguidores de Jesús lo venían considerando un gran hombre, maestro y profeta, pero mortal. En el concilio se le hizo <<Hijo de Dios>> y se le transformó en una deidad más allá del alcance humano, sofocando, así, las posibles amenazas paganas y logrando, muy especialmente, que los cristianos, para redimirse, siguieran el único y exclusivo canal sagrado de la Iglesia católica, apostólica y romana. Todo fue una cuestión de poder. La divinidad de Cristo era fundamental para el funcionamiento de la Iglesia y el Estado. Así de simple.

Un torcimiento de la realidad que llegó de lleno, igualmente, a la madre de Jesús, convertida, conforme al arquetipo pagano de tantas diosas madres -Deméter, Isis, Astarté, Cibele, Atagartis,...-, en madre de dios hecho hombre. A partir de ahí, María ha sido doblemente utilizada. Por unos pocos de forma herética, usando su figura para mantener viva la presencia de la divinidad femenina en el cristianismo emergente y recordar también la importancia de María Magdalena y su descendencia. Por otros, la Iglesia oficial, convirtiéndola, conforme a sus intereses, en <<Reina de los Cielos>>, una categoría que, aunque se comenzó a utilizar por la Iglesia primitiva, no alcanzó reconocimiento oficial hasta 1954 y que coincide con la otorgada históricamente a Isis, Istar y otras.

Hay que recordar que los Evangelios se refieren escasamente a la figura de María -por ejemplo, no mencionan su muerte-; su culto no fue impuesto hasta el año 754, por orden del emperador Constantino V; su inmaculada concepción se convirtió en artículo de fe en fecha relativamente reciente, en 1854, por determinación del papa Pio IX; y su ascensión física a los cielos fue fruto de la especulación de los fieles entre los siglos IV y V, reflejada en los evangelios de ficción, y no se configuró como dogma hasta 1950, por decisión del papa Pio XII.

Con todo ello, la Iglesia paulista usurpó literalmente a Jesús y su doctrina de sus seguidores, secuestrando su verdadero mensaje, cubriéndolo con el manto impenetrable de la divinidad y usándolo para expandir su propio poder. Circunstancias que fueron aprovechadas por Constantino en beneficio propio, impulsando la redacción de unos Evangelios ajustados a sus intereses y prohibiendo y destruyendo los ajenos a sus tesis. Aquellos que rechazaron el engaño y optaron por mantenerse fiel a las enseñanzas originales fueron tachados de herejes -en latín, "hereticus" significa opción-.

En agradecimiento a su apoyo, 300 obispos consagraron en Jerusalén, en el año 335, un gran santuario en honor a Constantino. En justa correspondencia, Roma, en 341, prohibió los sacrificios paganos bajo pena de muerte. Una simbiosis de

reconocimientos mutuos que quedó sellada en 343, cuando el obispo de la Ciudad Eterna pasó a ser considerado <<papa>> y líder de la cristiandad, tomando como residencia el palacio de Letrán.

Este idilio y conjunción de intereses entre el poder romano y la Iglesia se truncó con el emperador Juliano, que abjuró del cristianismo por el mitraísmo, por lo que fue llamado <<el Apóstata>>. No obstante, su mandato sólo duró 18 meses (361 - 363) y las aguas volvieron a su cauce no mucho después, con la llegada de Teodosio al mando del Imperio (379 - 395). Este emperador promulgó el Edicto de Constantinopla, en 380, para confirmar el cristianismo como religión oficial e impulsó el II Concilio Ecuménico que, en 381, convalidó las conclusiones del Concilio de Nicea y condenó de nuevo al arrianismo. Cuatro años después, el papa Siricio remitió una carta a Himerio, obispo de Tarragona, que es considerada el primer decretal de disciplina general de la Iglesia y en la que se declaró la primacía romana y el celibato del clero.

La pervivencia de los conocimientos sobre el auténtico Jesús y el verdadero origen del cristianismo

Sin embargo, ni la Iglesia ni el poder del Estado lograron acabar con los grupos cristianos que mantenían viva la llama de los conocimientos acerca del auténtico Jesús y, por ende, sobre el verdadero origen del cristianismo. Sus textos y escritos sobrevivieron a la persecución desparramados por numerosas comunidades cristianas y gnósticas a lo ancho de un vasto territorio, desde el sur de Francia hasta Oriente. Aquí, siglos después pudieron transmitir sus saberes a cristianos occidentales que llegaron a Tierra Santa incluso antes de las Cruzadas.

La existencia de estos saberes y de los documentos que les sirven de soporte se ha mantenido en secreto a lo largo de las centurias. Mas se ha tratado sólo de un silencio relativo. Primero, porque tanto círculos minoritarios de iniciados como grupos más amplios y organizados, como el Priorato de Sión y la Orden del Temple, se han esforzado en transmitirlos de modo discreto de generación en generación. Y segundo, porque la labor creativa de muchas personalidades de renombre que accedieron a la verdad, como Leonardo da Vinci, ha llenado de luz la prolongada travesía de siglos a lo largo del oscuro desierto de la ignorancia impuesto por la Iglesia oficial y sus aliados.

El Círculo Quinto de la Sabiduría indagan sobre todo ello. A lo que hay que unir que desde el siglo XVII fueron editadas significativas colecciones de libros apócrifos. Un trabajo en el que, ya en el XIX, sobresalieron los grandes maestros alemanes Thilo y Tishendorf, que rescataron del olvido muchos escritos y generaron un notable corpus de textos originales prohibidos, así como Brunet, que en el tramo final de la centuria tradujo al francés distintas obras y elaboró un diccionario de los apócrifos que fue publicado por el abate Migne en su *Enciclopedia Teológica* (Tomos XXIII y XXIV). Y el también francés Bouriant localizó, en 1896, un amplio extracto del *Evangelio de Pedro*.

Estos trabajos sirvieron de incentivo para que al inicio del siglo XX se acrecentara el interés por estos temas tanto en inglés, con el libro de James titulado *The Apocriphal N.T.*, como en francés, a través de varias obras en las colecciones Bousquet y Amann y Hemmery Lejay. Textos centrados en los evangelios de ficción a los que se unieron otros relativos a la tradición gnóstica. Por un lado, el descubrimiento por parte de Grenfell y Hunt de algunas palabras de Jesús, relacionadas con el *Evangelio de Tomás*, sobre papiros en Oxyrhinchos. Por otro, la localización de un evangelio apócrifo por Belle y Skeat, en 1934.

Se llegó, así, a 1945, año en el se produjo el sensacional descubrimiento de una biblioteca gnóstica en el Alto Egipto, concretamente en Nag-Hammadi. Unos campesinos desenterraron casualmente una jarra que contenía doce manuscritos redactados en lengua copta y que se remontan, cuando menos, al periodo comprendido entre los siglos II y IV. En ellos aparecen una cuarentena de textos de marcado contenido gnóstico y que presentan una imagen de Jesús y del cristianismo totalmente distinta de la recogida en los Evangelios oficiales. Sus contenidos concretos están saliendo a la luz pública a través del trabajo de un comité internacional de expertos responsabilizado de la traducción y edición.

Y dos años después, en 1947, en Qumrán, al pie del Mar Muerto, tuvo lugar otro descubrimiento, igualmente accidental, en este caso por unos beduinos, de un grupo de textos que se conocen con el nombre genérico de *Manuscritos del Mar Muerto*. Su origen fundamental se encuentra en la secta de los esenios, formada, como se reseñó en páginas precedentes, hacia el año 140 a.c., cuando un grupo de judíos de alta espiritualidad y sabiduría se retiró a las tierras donde se produjo, casi 21 siglos después, el hallazgo de los citados manuscritos. Estos se redactaron a partir del año 70 a.c. y ponen de manifiesto la conexión de los esenios con el movimiento gnóstico y con la sabiduría procedente de Moisés y, antes de él, de egipcios, caldeos y otros pueblos y culturas, así como el papel de esta secta judía cual precursora del cristianismo. A través de ella accedió Jesús a buena parte de sus saberes y de las enseñanzas esenias procede gran parte de su doctrina.

Sobre estas bases, en las últimas décadas ha proliferado una abundantísima producción literaria, tanto en la modalidad de ensayo histórico como de divulgación novelada, dedicada a profundizar en el verdadero origen del cristianismo y, en estrecha relación con él, en los contenidos del Círculo Quinto de la Sabiduría que a renglón seguido se examinará. En este orden, habría que resaltar un largo listado de autores y obras. En reconocimiento a todos ellos, baste con destacar a algunos de los que han tenido más repercusión pública, como Robert Ambelain (*Jesús o el secreto de los templarios* y *El hombre que creó a Jesucristo*), Michael Baigent (*El legado mesiánico* y, junto a Leigh y Lincoln, *El enigma sagrado*), Lawrence Gardner (*La herencia del Santo Grial*), Gerald Messadié (*El complot de María Magdalena* y *El hombre que se convirtió en dios*), Katherine Neville (*El círculo mágico*), Elaine Pagels (*Los evangelios gnósticos*), Lynn Picknett (*La revelación de los templarios*), Hugh Schonfield (*El enigma de los esenios*) o Gerard de Sède (*El oro de Rennes, El tesoro de los cátaros* y *El misterio de Rennes*

le Château).

CÍRCULO QUINTO
El Priorato de Sión y La Orden del Temple

(*El Código da Vinci*: Capítulo 37, páginas 200 a 204; Capítulo 48, página 259; y Capítulo 79, página 403)

(*La Lápida Templaria*: Capítulo 27, página 187; y Capítulo 63, páginas 396 a 403)

(Ver también *Los Falsos Peregrinos (Trilogía templaria I)*: Capítulos 29 y 30, páginas 137 a 144)

El Santo Grial y la dinastía merovingia

La conocida hoy como <<Primera Cruzada>> (1096-1099) fue convocada, en 1095, por el Concilio de Clermont, presidido por el papa Urbano II. Su finalidad no fue otra, en principio, que socorrer a Bizancio, amenazada por los turcos selyúcidas, y tuvo como jefe al francés Godofredo de Bouillon, duque de Baja Lorena y Lothier.

Bajo el mando de Godofredo, en 1098, su hermano Balduino de Flandes conquistó Edesa -la actual Urfa, al sureste de Turquía-, convirtiéndola en capital del primer <<Estado latino>> (el nombre de francos o latinos designaría a los Estados formados por los cruzados en Oriente, así como a sus habitantes de origen occidental, por oposición a los del Imperio bizantino, llamados griegos, o a los musulmanes). No obstante, Godofredo de Bouillon planteó la meta, no prevista inicialmente, de tomar Jerusalén, lo que consiguió el 15 de julio de 1099 -las crónicas señalan que los cruzados masacraron indiscriminadamente a musulmanes y judíos-. Se constituyó, así, el reino de Jerusalén, del que el noble francés rehusó ser monarca, prefiriendo ser nombrado <<Protector del Santo Sepulcro>>.

Godofredo de Bouillon tenía intereses tan concretos como ocultos para actuar de esta manera. Y, tras la conquista de la Ciudad Santa, fundó inmediatamente, en el más estricto sigilo, el llamado Priorato de Sión, que se ubicó en la abadía de Notre Dame del Monte Sión. El objetivo de esta orden o hermandad fue desde su inicio confirmar y proteger un gran secreto, que su familia había guardado de generación en generación, y poner los medios para que, en el momento adecuado, la verdad escondida saltara a la luz, con sus consiguientes consecuencias.

¿Cuáles eran los contenidos de semejante secreto?. Pues los que sintetiza el Círculo Sexto de la Sabiduría. Por ello, el Priorato conocía que el cristianismo es una fábula inventada por san Pablo y los suyos; que el Cristo que presentan los Evangelios autorizados -resultado de la eliminación, tergiversación y censura de los escritos originales- nunca existió, pues el genuino fue un gran hombre y maestro místico, pero no <<Hijo de Dios>>, y perteneció a la estirpe de David, enfrentándose a los romanos como legítimo heredero al trono de Israel; que Jesús se casó con una princesa del linaje de Benjamín, María Magdalena, y tuvo con ella una descendencia que se perpetuó en el sureste de Francia, emparentando con la realeza francesa de la Casa Merovingia; y que todo lo anterior ha sido ocultado y manipulado por la Iglesia en provecho propio y de sus ansias de poder y riqueza.

¿Por qué Godofredo y su familia sabían estos secretos?. Para responder a esta pregunta hay que detenerse en el origen y desarrollo del linaje merovingio, que se remonta a un pueblo germánico, el sicambro, que apareció ya en el Círculo Sexto en relación con la descendencia de José de Arimatea.

Dentro de los denominados <<bárbaros>>, los sicambros se incluían dentro de los francos y se asentaron en regiones de la Germania y la Galia aprovechando el declive del Imperio romano. Su origen remoto pudo hallarse en la antigua Grecia -esto explicaría el nombre de ciudades francesas como Troyes y París- y estaban convencidos de su ascendencia divina, pues creían proceder de un antepasado llamado Meroveo -de ahí lo de merovingios- que tuvo dos padres, uno hombre, el rey Clodión, y otro dios, un pariente de Neptuno. Un bagaje que les sirvió para lanzarse a la conquista paulatina de los territorios franceses, forjando una leyenda de reyes-sacerdotes cuya fuerza residía en el cabello -se les calificó por ello de <<reyes melenudos>>-.

De entre sus monarcas, sobresalió la figura de Clodoveo, que reinó casi tres decenios (482 - 511) durante los que logró importantes éxitos militares y fortaleció el poder merovingio. En 486, derrotó al duque galorromano Siagrio, hijo de Aegidius, terminando con los escasos restos de la herencia imperial y conquistando París, donde ubicó la capital veinte años después. En 500, venció en Oucha a las burgundios, aumentando sus posesiones. Y en 507, en la batalla de Vouillé, aplastó a los visigodos del rey Alarico II, extendiendo sus dominios hasta los Pirineos.

Clodoveo contrajo matrimonio con Clotilde, sobrina del rey burgundio Gundebaldo, con la que tuvo tres hijos (Clodomiro, Childeberto y Clotario). Y bajo su influjo abjuró del arrianismo, convirtiéndose al catolicismo romano, a cambio de lo cual la Iglesia le confirió el título de <<Novus Constantinus>> y heredero del Sacro Imperio Romano. El bautismo del rey y 3.000 guerreros francos se produjo en Reims el 28 de marzo de 496, sentando el precedente de la investidura canónica de los soberanos franceses en la citada ciudad (se mantendrá, con raras excepciones, hasta Carlos X, en 1824) y dejando a Clodoveo como líder de los <<católicos>> frente a los soberanos arrios.

Al expandir sus señoríos hasta tierras pirenaicas, los merovingios entraron en contacto con los descendientes de Jesús y María Magdalena, que mantenían su influencia en el reino de Septimania -entre Nimes, Narbona y los Pirineos-, sobre el que los visigodos conservaron el control aún después de la derrota de Vouillé y lo afianzaron tras el llamado desastre de Carcasona, en 589, donde Gortrán de Borgoña perdió ante ellos.

Pero el referido contacto no derivó en mezcla de sangre hasta la segunda mitad del siglo VII, cuando el monarca merovingio Dagoberto II contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con la noble Giselle de Razés, región cercana a Rennes le Château. Dagoberto la conoció al haber establecido allí el cuartel general para recuperar su trono, que le había sido ilegítimamente arrebatado al poco de nacer, en 651, por

Grimoald, un <<mayordomo de palacio>>, una especie de valido.

Recobrado el trono, Dagoberto y Giselle tuvieron dos niñas y un hijo varón, Sigisberto, que personificó el arranque de una estirpe fruto de la unión entre los merovingios y los descendientes de la “sang real” o Santo Grial. Un hecho de indudable calado y enormes consecuencias potenciales que provocó una rápida y violenta reacción auspiciada por las autoridades eclesiásticas.

De este modo, una oscura maniobra palaciega derivó en el asesinato del rey Dagoberto II -sorprendentemente, en 872 fue designado <<santo>> y sus restos reposan en la iglesia de Stenay- y la aniquilación de casi toda su familia. Sólo Sigisberto consiguió furtivamente escapar gracias a la ayuda del judío Meroveo Levy, que le buscó refugio en Rennes le Château. Curiosamente, la toma después de estas tierras por parte de los árabes, que mantuvieron su presencia en estas zonas de la Galia hasta el año 759, contribuyó a que los descendientes de Sigisberto no sufrieran nuevas represalias por parte de la jerarquía católica.

Tras estos sangrientos sucesos, se acumularon acontecimientos que mantuvieron la ficción de una dinastía merovingia de reyes sin poder, detentado en realidad por <<mayordomos de palacio>>, y que, finalmente, en 714, llevaron a Carlos Martel a inaugurar la llamada dinastía carolingia (Carlomagno, como tal, será rey único de los francos en 771). Sin embargo, los descendientes de Sigisberto eran, sin duda, legítimos herederos del trono galo. De hecho, el hijo de Dagoberto, protegido en tierras de Septimania, pasó a ser Sigisberto IV -se le otorgó el apelativo de “Plant Ard” (retoño ardiente)- y se casó con una hija del rey visigodo Wamba, surgiendo el linaje de los condes de Razès.

A esta línea pertenecieron los Blanchefort, que tendrán estrechas relaciones con cátaros y templarios, y, mucho antes, Guillem de Gellone, uno de los principales caballeros de Carlomagno y conde de Toulouse y Razès. Hasta su muerte, en 806, fue famoso su apego a las tradiciones hebreas, construyendo un santuario en honor a María Magdalena y creando una academia judía. Su descendencia desembocó en la Casa de Lorena y llegó hasta Hugues de Plantard y su hijo Eustache, primer conde de Boulougne, señor de Lorena y abuelo de Godofredo de Bouillon, el jefe de la <<Primera Cruzada>>.

(La existencia de manuscritos y restos arqueológicos en Rennes le Château y zonas colindantes a propósito de todo lo que se acaba de exponer ha sido documentada en época reciente por los autores de la obra *El enigma sagrado*, citada al cierre del capítulo anterior, enlazando con la actividad desarrollada en la villa francesa, en los últimos lustros del siglo XIX y primeros del XX, por el sacerdote Francois Bérenger Saunière, asociado al Priorato de Sión según *Les Dossiers Secrets*, a los que se hará mención más adelante).

El nacimiento y consolidación de una organización dual: el Priorato de Sión y la Orden del Temple

Con el fin de buscar datos y testimonios que acreditaran la verdad y la preservaran para el futuro, Godofredo de Bouillon, como ya se reseñó, dirigió la Cruzada hacia el destino no previsto de Jerusalén, conquistó la ciudad en 1099 y creó en ella la cofradía secreta del Priorato de Sión. Y, en paralelo, el embrión de una estructurada armada, la que sería la Orden del Temple, dirigida a proteger y profundizar en los saberes secretos heredados y en los que la indagación pudiera deparar.

Sus objetivos, por tanto, estaban claros y partían de un convencimiento derivado de los documentos y la tradición oral aportados por miembros de su propia familia y allegados, a lo que se había sumando nueva información, como por ejemplo, la traída a Europa no muchos años antes por la orden de los antonianos. Ésta fue creada por san Antón, que era egipcio, y miembros de la orden cruzaron el Mediterráneo en busca de sus huesos, llegando antes de las Cruzadas a Tierra Santa y territorios adyacentes, donde contactaron con grupos cristianos que le aportaron datos sobre el verdadero Jesús y el arranque del cristianismo.

Tomada la decisión sobre la constitución de la indicada organización dual, su puesta en marcha recayó en unos pocos caballeros de la estricta confianza de Godofredo y sus más estrechos amigos y colaboradores. Entre estos destacó el noble y poderoso Hugo de Champaña, de cuyo condado era el papa Urbano II y que tuvo gran peso en el nombramiento de Godofredo como líder de la Cruzada.

Los primeros elegidos como cabeza de puente fueron los caballeros Hugues de Payns (1070-1136), vasallo precisamente del Conde de Champaña, y Godofredo de Saint Omer. Con ellos arrancó el Priorato de Sión y se puso, igualmente, la semilla de su brazo armado, la futura Orden del Temple. A los dos pronto se sumaron otros siete: Andrés de Montabard, Archimbaldo de Saint Amand, Payen de Montdidier, Godofredo Bisol, Gondemar, Godefroy y Rossal

Godofredo de Bouillon murió un año después de conquistar Jerusalén, en 1100, tras rechazar a los musulmanes en Ascalón Ago. El nombramiento de rey de Jerusalén recayó en su hermano, coronado como Balduino I, participe, igualmente, de los saberes y objetivos del Priorato de Sión. En su mandato (1100-1118) luchó para aumentar su Estado, aunque no logró proporcionarle unos sólidos cimientos administrativos, y apoyó la labor de Hugues de Payns y sus colaboradores. Cosa que también hizo su primo, Balduino II, que lo sucedió en el trono (1118-1131) y gozó de feudos como el ya citado condado de Edesa y el principado de Trípoli -fundado en 1109-, con la extraterritorialidad de las florecientes factorías venecianas y genovesas.

El propio Hugo de Champaña viajó a Tierra Santa, en 1104 y 1108, para supervisar los trabajos de los nueve caballeros y llevar indicaciones de utilidad facilitadas por el abad Esteban Harding, que había tenido acceso a importantes documentos de la mano de los rabinos de la Champaña, en especial del mítico Rashi de Troyes. Por razones de discreción y seguridad, el grupo e caballeros ocultó sus

auténticas metas bajo la idea de la protección a los peregrinos que se arriesgaban a viajar a Tierra Santa.

Con este disfraz, los dos Balduinos pusieron a su disposición una parte de su palacio, construido sobre las ruinas del Templo de Salomón -de ahí derivaría la posterior denominación de Orden del Temple-. Concretamente, los caballeros se ubicaron en la zona de los establos porque era la más próxima al "Sanctasantórum" o cámara sagrada del antiguo Templo, en cuyo subsuelo suponían que se ocultaban información y objetos -el Arca de la Alianza, entre ellos- fundamentales para constatar y ampliar sus conocimientos secretos. Igualmente, se les cedió la explanada del Templo, con las mezquitas que allí se ubicaban: la gran Kubbat el Sakhra o Cúpula de la Roca, la Kubbat el Aqsa y la pequeña y octogonal Kubbat el Silsileh o Cúpula de la Cadena.

Además de lo que encontraron bajo los restos del Templo, los caballeros se esmeraron, durante un largo tiempo de trabajo callado en Jerusalén, en establecer contactos y relaciones e intercambiar datos y documentos tanto con sectas cristianas -establecidas en Oriente Medio desde los tiempos de Jesús y no controladas por el Vaticano- como con otras judías e islámicas. Todo lo cual les sirvió para confirmar y aumentar sus saberes hasta el punto de que, manteniendo siempre en secreto la existencia del Priorato, en 1118 creyeron llegada la hora de conformar la Orden exterior y pública sobre la que articular la rama armada de aquel.

Fue entonces cuando adoptaron el nombre de Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, tomando como emblema el "Beauséant", la bandera formada por un rectángulo blanco y otro negro -representación de la dualidad secreto/pública, interior/exterior, una de las señas claves de la identidad templaria-. Y pocos años después decidieron buscar el reconocimiento oficial y comenzar su expansión económica y territorial, retornando a Europa en 1126.

A su regreso al viejo continente, los caballeros templarios contaron, obviamente, con el apoyo de aquellos que habían impulsado la constitución del Priorato de Sión y diseñado la creación de la propia Orden exterior como organización paralela. De su mano, transmitieron sus saberes acumulados a un reducido círculo de iniciados, entre los que destacó el muy prestigioso Bernardo de Claraval, el futuro san Bernardo, sobrino de Andrés de Montbart, uno de los nueve primeros caballeros templarios, que jugó un papel crucial en el nacimiento oficial y posterior expansión del Temple.

Bernardo (1091-1153) nació en Fontaine (Dijon) y fue el primer abad de Claraval (Clairvaux), monasterio en el que falleció y que el mismo fundó en 1115, en tierras donadas por el Conde de Champaña. Durante su vida, ejerció una influencia extraordinaria en la renovación religiosa y social de la época, llegando sus escritos místicos a ser patrimonio común en la Edad Media. Hizo florecer la orden cisterciense -a su muerte, el Cister poseía 350 casas, que se elevarían a 530 en 1200-, con base en la oración, la disciplina, la austeridad y la simplicidad hasta en la

arquitectura, lo que provocó el conflicto entre Bernardo y la rica orden de Cluny. Pugnó también con el gran filósofo y teólogo francés Abelardo (1079-1142), autor de una doctrina de la abstracción precursora del tomismo. En la Semana Santa de 1146 y a petición del papa Eugenio III, al objeto de socorrer a Edesa, Bernardo predicó en Vezelay la Segunda Cruzada (1146-1149), que con resultados irrelevantes fue conducida por el rey francés Luis VII y el emperador alemán Conrado III.

Ante el recelo y la desconfianza con la que el papa Honorio II observó a los caballeros llegados a Europa, negándose a reconocer formalmente su organización, Bernardo forzó la convocatoria del Concilio de Troyes, que el 14 de enero de 1128 dio luz verde a la fundación oficial de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón. El propio Bernardo se encargó de redactar su Regla -con los cuatro principios básicos de pobreza, castidad, obediencia y consagración en cuerpo y alma a la conquista de Tierra Santa- y, en el año 1130, la Orden se convirtió en un ejército regular. Es más, el papa Inocencio II dictó en 1139 una singular bula, la "Omne datum optimum", por la que se le otorgaban notables privilegios y un régimen autónomo, con jurisdicción propia, exención de impuestos y un ejército independiente de cualquier poder político o religioso. Ningún monarca o autoridad religiosa tuvo, desde ese momento, jurisdicción sobre la Orden del Temple, que pasó a depender directamente del papa.

A partir de entonces y a lo largo de casi dos centurias, el Temple incrementó sin cesar el número de sus componentes, amplió enormemente su presencia territorial, amasó una enorme riqueza e innovó en muchas áreas -por ejemplo, inventó lo que hoy conocemos como banca-. Y, por supuesto, tuvo una presencia activa en todas las Cruzadas -la octava y última aconteció en 1269-, acumulando en el campo de batalla tanto brillantes gestas como grandes derrotas. Entre las primeras, cabe recordar la salvación, en 1148, del rey francés Luis VII en el monte Kadmos; la participación en la victoria sobre Saladino en la batalla de Montgisard, en 1177; o la heroica reconquista de la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo, en 1219. Entre las segundas, ninguna tan notable como la acontecida en 1291, con la pérdida ante los sarracenos de San Juan de Acre, donde fue aniquilada buena parte de la élite de la Orden.

Ahora bien, más allá de las apariencias y como se ha insistido, el Temple estuvo realmente conformado por dos órdenes. Una exterior y pública, la Orden cual tal, que englobó a todos sus miembros; y otra interior, secreta y minoritaria ligada al Priorato de Sión. El núcleo de dirección de ambas fue exactamente el mismo hasta 1188, el año siguiente a la pérdida de Jerusalén por los cristianos cuando Gérard de Ridefort era Gran Maestre del Temple. Un suceso que puso de manifiesto dos cosas: el riesgo de que contingencias imprevistas pudieran poner en entredicho el quehacer, la imagen y hasta la subsistencia de la organización; y la necesidad de que la dirección de la Orden externa, con personas conocidas y obligadamente sometidas a la crítica pública, incluída la de sus enemigos, fuera distinta a la de la Orden interior, pilotada por dirigentes secretos, y estuviera bajo el control de ésta. Por ello, ambas direcciones fueron separadas, quedando la exterior bajo el mando de la

interior. Una medida cuya idoneidad y utilidad pudo ser confirmada 119 años más tarde, cuando se puso en marcha la persecución oficial del Temple sin que con ello se lograra la aniquilación de la organización.

En lo relativo a la estructura organizativa concreta, la Orden exterior asumió el modelo de monjes-guerreros, lo que es una evidencia más de la interconexión templaria con el mundo musulmán, pues tal fórmula venía siendo utilizada ya por diversos grupos islámicos, como los "al-Murabitun" (almorávides) o, incluso, la secta secreta ismaelita de los "hashashin" (fumadores de hashish o <<asesinos>>). Los primeros tuvieron su origen en un "ribat" (monasterio militar) de una isla de Senegal fundado, en 1049, por Ibn Yasin (Abd Allah ibn Yassine), morabito integrista de Kariuán, y sus monjes eran reclutados en las tribus nómadas de beréberes saharianos. En lo relativo a la secta de los <<asesinos>>, fue creada por Hassan ibn Sabah y tuvo su primer centro de operaciones en la fortaleza de Alamut (Persia), de la que se apoderaron en 1092, instalándose sólidamente después, a partir de 1150, en Siria, bajo la dirección de su gran maestro Rashid al-Din al-Sinan, llamado por los cruzados <<el Viejo de la Montaña>>.

Sobre este modelo, la Orden templaria exterior se organizó en una estricta jerarquía: el Gran Maestre -escogido por todos los caballeros de la Orden y que respondía ante un Consejo, igualmente elegido por ellos-, el senescal -lugarteniente del Gran Maestre, al que sustituía en las ausencias-, el mariscal -jefe militar-, los comendadores, los caballeros, los sargentos y <<hermanos de armas>>, los sirvientes y, por último, las tropas auxiliares o "turpocoles". Eso sí, los templarios verdaderos eran sólo los ligados por los votos monásticos -llevaban el vestido y el manto blanco-, cosa que no ocurría con los que sólo se integraban en la Orden <<a plazo fijo>> -vestían un hábito de color oscuro, negro o gris parduzco-.

En cuanto a la reducida Orden interior, sus componentes conocían los secretos que impulsaron el arranque del Priorato y el Temple y los saberes esotéricos que, con el paso del tiempo, fueron acumulando. La máxima jerarquía de la Orden exterior pertenecía a la Orden interior y estaba supeditada a los criterios e instrucciones de ésta, pero había importantes miembros de la alta dirección de la interior no ligados al Temple exterior por las decisiones ya referidas adoptadas en 1188.

Con este marco general, la organización templaria se basó en encomiendas, a modo de divisiones territoriales a lo largo de la amplia área geográfica en la que, paulatinamente, fue centrando su actividad. Cada una de ellas se responsabilizó de la gestión económica y administrativa de una zona, así como de su defensa. Mas una encomienda concreta, la de Nois, se diferenció del resto por carecer de esa entidad territorial. Y porque, tras su disfraz como mera división organizativa, escondió unos objetivos y una actividad muy peculiares: confirmar y proteger los reseñados saberes secretos y, a partir de ellos, estudiar los fundamentos del auténtico Dios, el de la Sabiduría, profundizar en el origen del Universo y el mundo e indagar sobre la condición humana, incluidas sus religiones y el nacimiento del cristianismo. De esta forma, la encomienda de Nois fue la <<tapadera>> de la Orden interior, del Priorato

de Sión.

Los saberes templarios

Los conocimientos esotéricos que fueron acumulando el Priorato y el Temple se plasmaron en dos grandes saberes, estrechamente interrelacionados: la realidad sobre el cristianismo; y, por encima de ello, la esencia del verdadero Dios de Moisés, llave del verdadero conocimiento -gnosis-. En paralelo, elaboraron una ambiciosa estrategia para cambiar el destino del mundo.

Por fuerza, todo ello se mantuvo al alcance exclusivo de una minoría de iniciados, mientras que la mayoría de los templarios continuaban creyendo en el Cristo inventado por la Iglesia. El tan mencionado desprecio a la cruz, al que se obligaba a ciertos neófitos, alude a la ceremonia que servía a los ya iniciados para escoger nuevos miembros susceptibles de sumarse al Temple secreto.

Conscientes del auténtico origen del cristianismo, los templarios rechazaron la Iglesia de Pablo y fueron juanistas y petristas. Esto es lo que significan las dobles advocaciones que jalonan sus santuarios, los dos caballeros (Pedro y Juan) que comparten el caballo -la geminización templaria- o el doble trazo de sus cruces -la doble griega y latina, superpuestas, forman la cruz de Lorena o patriarcal-. Signos que también simbolizan las dos cadenas dinásticas paralelas existentes en Israel (la de David, a la que perteneció Jesús, y la de Aarón, heredada por Juan el Bautista).

San Pedro, el santo templario por excelencia, sujeta en sus manos una llave de plata y otra de oro. La primera representa el Temple exterior y público. La segunda, en cambio, señala la existencia de un Temple interior y secreto. Estas llaves significan, igualmente, lo exotérico y lo esotérico, la doctrina aparente y la profunda. El Pedro templario fue especialmente san Pedro ad Vincula, esto es, el encadenado, que sufre prisión, como Juan el Bautista. Uno y otro se asocian al signo de la Tau, porque son héroes sagrados. A escala simbólica, el Pedro de los templarios -también el de las órdenes que le dieron cobijo tras su disolución- se identifica con el Anciano de la Cábala, con el Bafomet: la sabiduría heredada. Los templarios, al abrazar la doctrina petrista frente a la paulista, se hicieron <<pedros>>. Por eso, en una de sus ceremonias iniciáticas se rebajaban como el Pedro histórico y negaban a Jesús tres veces.

En cuanto al Dios verdadero de los templarios, trasciende del dios de los judíos y del urdido por la Iglesia de Roma. Es el Dios que Moisés conoció de los egipcios, el Todo revelado por Hermes. Un Dios común para toda la humanidad, conocido por ésta antes de la existencia de las Escrituras y que está en el origen de todas las religiones. Es el Dios único de la Sabiduría, que explica el origen y la naturaleza de cuanto existe y la enorme armonía y perfección de todo lo creado, incluida la vida humana y nuestro mundo, que ha sido pensado y querido para la felicidad y el amor. La adoración templaria del citado Bafomet, la cabeza barbuda, simboliza esta creencia en el Dios de la Sabiduría.

Estas doctrinas asociaron a los templarios con los cátaros, mostrando similitudes en pensamientos y principios a las que se unió el paralelismo temporal - el protagonismo cátaro se dio también entre los siglos XII y XIII- y la interconexión territorial -el catarismo se concentró en el Languedoc, en el sureste francés, esto es, en la zona vecina a donde se expandió la descendencia de Jesús y al lugar donde se fraguó intelectualmente el impulso del Temple-.

El Languedoc constituía un espacio singular gobernado por varias familias nobles, la más importante era la Trencavel, que durante un tiempo quedó fuera del reino de Francia y donde floreció una rica cultura, un idioma propio y una significativa tolerancia religiosa. Un contexto en el que, en la primera mitad del siglo XII, aparecieron una especie de predicadores que guardaban relación con otros que, ya en el IX, se movieron por tierras búlgaras y configuraron el movimiento bogomilo. A la peculiaridad de su de su estampa -barbudos, con hábitos negros o azul marino y ceñidor de cuerda, conviviendo en casas comunes, caminando de dos en dos, predicando a los humildes en los sitios que estos frecuentaban- sumaron un particular ideario.

En él se hablaba de fuerzas que encarnan el Bien (inmaterial) y el Mal (material) y de principios y prácticas -pobreza, no violencia, igualdad de las mujeres incluso al oficiar ritos,...- que presentaban indudables semejanzas tanto con el gnosticismo como con las creencias de los primeros cristianos. Lo que explica la facilidad con la que sus teorías encajaron en esta zona del mapa galo, donde al cansancio que recorría Europa ante una Iglesia que hacía lo contrario de lo que predicaba se añadía una genuina tradición religiosa que entroncaba con Jesús y María Magdalena -entre las prácticas cátaras de iniciación estaba el "consolamentum", por la que el ser humano adquiriría consciencia de su alma divina y en la que se compartían los secretos de Jesús-.

Así, estos misioneros contaron pronto con un gran apoyo popular y la gente los denominó "katharer", un término de reminiscencia griegas que significa <<puro>>. No obstante, la Iglesia los llamó <<albigenses>>, por la importancia que adquirieron en la ciudad de Albi y otras limítrofes, y descargó sobre ellos toda su ira. El papa Inocencio III declaró una curiosa cruzada de cristianos contra cristianos que, a partir del año 1209, convirtió el Languedoc en un río de sangre. Los cátaros se hicieron fuertes en la fortaleza de Montségur y allí resistieron hasta 1244. Las encomiendas templarias de la región, que no fueron ajenas a la rápida propagación del catarismo, acogieron de buena gana a todos los que en ellas buscaron protección antes y después del asedio.

Y si se ha hecho referencia hasta aquí a los saberes e ideales templarios, hay que adicionar a lo expuesto que el Priorato de Sión y el Temple interior creyeron imprescindible luchar para cambiar las cosas en el mundo, desarrollando una estrategia a largo plazo cuyo fin fue implantar una paz universal bajo la égida de la dinastía davídica y terminar con las guerras y las injusticias, muchas de ellas

consentidas, cuando no cometidas, por la religión.

El objetivo consistió en facilitar el advenimiento de un orden nuevo, ayudar a construir una sociedad en la que imperen la armonía, la justicia y la reconciliación por encima de las monarquías y los Estados, del Islam y de la Iglesia. Para ello pretendieron instaurar la sinarquía, el reino de la razón y el amor, el Reino de Dios de las profecías bíblicas. Por esto, mantuvieron siempre lazos muy estrechos con importantes sectas judías e islámicas, con las que compartía sus saberes secretos, y concibieron un nuevo orden fruto de la unificación del Islam y el cristianismo con base en una idéntica creencia -el único Dios o gnosis que se halla en la razón de ser de ambas religiones- y una misma dinastía o sangre real -la de David, de la que Cristo fue heredero-.

El mito del Santo Grial procede de este segundo objetivo, simbolizando en un cáliz la recuperación de la estirpe de Jesús, a través de la descendencia que tuvo con María Magdalena -muchas iglesias templarias están bajo su advocación-. El Santo Grial -"Sang Real", "Sangreal" o Sangre Real- se refiere, por tanto, a esa descendencia física de Jesús y no al cáliz que éste usó en la última cena. La búsqueda de esta copa sagrada no es sino la metáfora de algo mucho más poderoso ligado a la verdadera naturaleza del Santo Grial: el secreto, y los documentos que lo constatan, sobre el auténtico Jesús y la estirpe que le sucedió.

Una profecía asegura que cuando se restaure la estirpe de Jesús la humanidad retornará a la armonía y al amor universales (incluso hay quien piensa, a la luz de los adelantos científicos, en la resurrección del propio Jesús, a través del adecuado tratamiento de restos de su ADN presentes en determinadas reliquias -este asunto es el eje de la novela de Nicholas Wilcox *La Sangre de Dios. Trilogía Templaria III*-). Los templarios serían, según los objetivos del Priorato de Sión, los guardianes de este nuevo orden. Para ello y para imponer las condiciones que lo hicieran posible, pasando por encima del egoísmo de reyes y papas, buscaron el inmenso poder de la Sábana Santa y, sobre todo, del Arca de la Alianza.

Con relación a la Sábana o Síndone, su primer custodio fue Abgaro, rey de Edesa, que mantuvo correspondencia con el propio Jesús -así se puede constatar en los evangelios apócrifos y en la biblioteca del Vaticano- y que, tomando como modelo la imagen de Cristo en la Sábana, mandó dibujar un cuadro con su rostro. Cuando, mil años después, Godofredo de Bouillón conquistó Edesa, se hizo con la Síndone y la pintura, cosas ambas que pasaron a su hermano Balduino I, a Balduino II después y de éste a la Orden del Temple. Y aunque en los círculos internos de ésta no se creía en la divinidad de Jesús, sí se le estimaba un ser humano de cualidades tan extraordinarias como para que alguna de ellas hubiera quedado aprehendida en los restos de sangre de su mortaja. Para preservar el secreto de la posesión de tan singular reliquia, los templarios hicieron la copia que actualmente se muestra al público en la catedral de Turín. Igualmente, dibujaron copias de la pintura con el rostro de Jesús, distribuyéndolas por distintas encomiendas, de lo que derivó la acusación vertida contra los miembros de la Orden de adorar un ídolo pelirrojo.

En cuanto al Arca y sus “taboats”, se cuenta que Dios mismo dio a Moisés, en el Monte Sinaí, las indicaciones para construirla, estando representada también en la Mesa de Salomón. Mas su poder ha de ser activado por medio del “Shem Shemaforash”, el <<nombre secreto de Dios>>: “Y H V H”; “YAHVÉ” pronunciado desde el fondo del corazón y de la mente, trascendiendo de los sonidos silábicos y convertido en vibración pura, capaz de hacer que los “taboats”, dentro del Arca, se transformen en luz e imponente energía (este tema se desarrolla en la novela de Nicholas Wilcox *Las trompetas de Jericó. Trilogía Templaria II*). En el arcaico y trascendente lenguaje de los números “Y(a) H V(é)” se corresponde con la progresión <<1, 2, 3>>, es decir, la serie que está en la raíz del Universo y explica cuanto existe: activo, pasivo, neutro; positivo, negativo, equilibrado; masculino, femenino, neutro; etcétera. La pronunciación de “YHVH” como “JEHOVA” comenzó a usarse en la Edad Media, al interponer entre las consonantes las vocales de “Adonai”.

Históricamente, el Arca de la Alianza formó parte -junto a la Mesa de los Panes y el Menoráh (el candelabro de siete brazos)- del tesoro que Salomón guardó en el Templo que el mismo ordenó construir en Jerusalén. Allí permaneció hasta la destrucción del recinto por los romanos, en el año 70, que trasladaron el tesoro al corazón de su Imperio. Centurias después, en 410, los <<bárbaros>> de Alarico arrasaron Roma y se hicieron con los preciados objetos, incorporándolos al llamado “Tesoro Antiguo” de los visigodos que, ya en el siglo VI, custodiaron en la ciudad de Carasona, en el sureste francés.

Desde este momento, se pierde el rastro cierto del Arca de la Alianza y las otras piezas. Y, dada su última localización conocida, bien pudieron pasar a manos de los templarios o de los cátaros. Concretamente, podía tratarse del tesoro que estos guardaron en el castillo de Montségur y que pusieron a salvo poco antes de su toma por los sicarios del papa, protegiéndolo en alguna encomienda del Temple. De este modo, el Arca pasó a formar parte del mítico tesoro templario.

No obstante, el cronista árabe Aben Adhari relató que el tesoro, o al menos parte de él -probablemente la Mesa, aunque no el Arca-, fue trasladado por los visigodos a Toledo, su capital en la península ibérica. Allí lo encontraron los musulmanes cuando tomaron la ciudad en el siglo IX, decidiendo su traslado a tierra más seguras del sur peninsular o del norte de África. Mas parece que en el itinerario ocurrió algo que hizo aconsejable preservarlo en tierras de Jaén, donde aún seguía cuando la conquista cristiana del denominado Santo Reino. Todo lo cual enlaza con la enigmática historia de Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, presidente del Consejo de Castilla por designación de Isabel la Católica y obispo de Mondoñedo, Lugo y Jaén, a donde llegó en el año 1500 y se quedó para siempre, dejando una herencia iniciática cuyo mejor testigo es la catedral gótica jienense.

Una de las obras que centra la atención de estas páginas, *La lápida templaria*, basa precisamente el eje de su trama en la posible presencia en Jaén de parte del

reiterado tesoro, en especial de la Mesa de Salomón, y en el intento de localización del mismo, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, por parte de una sociedad secreta, la Sacra Logia Pontificia de los Doce Apóstoles. A ella habría pertenecido Muñoz Garnica, canónigo de la catedral de Jaén, y con ella habría entrado en contacto el cura de Rennes le Château, Flancos Bérenger Saunière, citado anteriormente.

La disolución oficial del Temple y su supervivencia secreta

Todos estos conocimientos sobre el origen del cristianismo y el Dios de la Sabiduría y la estrategia para implantar un nuevo orden y la paz universal cuestionaban frontalmente la autoridad del papa, el poder de los reyes, el por qué de la Iglesia y el propio mundo entonces existente. Por tanto, estaba más que justificado que en el seno de la Orden oficial se constituyera una sociedad secreta con maestros ocultos, enseñanzas esotéricas y objetivos confidenciales. Mas, con el paso del tiempo, fue inevitable que el secreto trascendiera de los círculos íntimos del Temple y llegara al papa Clemente V y al rey francés Felipe IV “el Hermoso”.

Para comprender en toda su entidad la actuación de ambos contra el Temple es muy importante recordar el violento conflicto de Felipe, monarca sumamente ambicioso, con el pontífice que precedió a Clemente. Fue el italiano de origen catalán Bonifacio VIII (Benedetto Caetani), que llegó al papado en 1294 y ocho años después dictó la bula “Unam sanctam” (1302), afirmando la supremacía del poder papal sobre el de los reyes y llegando a amenazar de excomunión a Felipe IV. Ante ello, el monarca galo puso en marcha el llamado <<atentado de Anagni>>: el 7 de noviembre de 1303, Guillermo de Nogaret, secretario y hombre de confianza de Felipe, fue enviado por éste para notificar al papa, reteniéndolo con brutalidad, que tendría que comparecer ante un concilio. Y, aunque caballeros romanos liberaron al pontífice, éste murió por la fuerte impresión.

Así, en 1305, el poder de Felipe IV posibilitó que accediera al papado el francés Clemente V (1305-1314). Su vinculación al rey galo llegó a ser tan estrecha que hasta abandonó Roma en 1309, fijando su sede en Aviñón. La residencia de los papas en esta ciudad fue llamada por los italianos <<cautiverio de Aviñón>>, llegando a su fin en 1378, aunque dos antipapas se mantuvieron allí hasta 1408.

Con este telón de fondo, no puede extrañar que Felipe IV “el Hermoso” barruntara, primero, y ejecutara, después, la idea de hacerse con los tesoros y secretos templarios, con los que, para colmo, mantenía una fuerte deuda bancaria. La complicidad en la operación de Clemente V -única autoridad, como papa, de la que dependía el Temple- la tenía asegurada. Además, en la cúpula eclesiástica no eran pocos los que sentían la amenaza de los saberes templarios y ansiaba hacerse con los documentos que socavaban su autoridad y deslegitimaban su Iglesia. Conjunción de factores que derivó, finalmente, en la disolución de la Orden exterior y en la implacable persecución de sus miembros, acusados de herejía, por las autoridades

civiles y religiosas.

El viernes 13 de octubre de 1307 -en la cultura moderna persisten los ecos de la tragedia, a través de la mala suerte asociada en muchos lugares a ese día del calendario- fue la fecha elegida para que aflorara una compleja trama que conllevó la detención, tortura y ejecución de un elevado número de caballeros templarios y la incautación de todas las propiedades de la Orden. El 3 de abril de 1312, la bula "Vox clamantis" disolvió formalmente la Orden del Temple, transfiriendo sus bienes a otras ordenes religiosas, fundamentalmente a los Hospitalarios. Y el 18 de marzo de 1314 fueron quemados vivos el gran maestro de la Orden exterior, Jacques de Molay, y su Comendador, Geoffroy de Charnay. Se cuenta que Molay, en la pira de ejecución, maldijo tanto al rey Felipe como al papa Clemente, fijando unos cercanos plazos para el fallecimiento de ambos que se cumplieron escrupulosamente.

No obstante, el Priorato de Sión fue advertido con antelación de la conspiración que se preparaba contra el Temple. Y sabedor de que la operación era imparable, tuvo tiempo antes de su ejecución para poner a salvo los tesoros y documentos ansiados por Clemente V y Felipe IV. Por esto, los soldados de éste, encabezados por Guillaume de Nogaret, no hallaron nada cuando registraron la sede central del Temple en París. Ni dinero, ni objetos de valor, ni papeles. Lo mismo sucedió en el resto de las encomiendas.

El Archivo Secreto del Vaticano conserva un documento que da fe de la declaración ante el papa, en junio de 1308, del templario Jean de Châlon, que afirmó que, en la víspera de aquel viernes 13, <<un cortejo de carros cubiertos de paja había salido del Temple de París acompañado de Gérard de Villiers, preceptor de Francia>>. El contenido de los carros fue embarcado en un puerto del norte del país galo con dirección a Inglaterra. Allí, un caballero templario británico, John Mark Laermanius cumplió el cometido que le asignó Jacques de Molay y puso a buen recaudo la carga.

Sin embargo, la Orden interior no preparó sólo esta vía de fuga, sino que repartió en otros <<envíos>> la riqueza procedente de distintas encomiendas y copias de los documentos secretos más importantes, con instrucciones precisas de destruirlos en caso de peligro inminente. Así, Gérard de Villiers puso un cargamento bajo la tutela de Humbert Blanc, preceptor de Auvernia, región perteneciente al entonces inglés ducado de Aquitania. Y hubo al menos otro envío más, el tercero, que buscó las tierras más seguras de la península ibérica, donde se sabía que reyes como el de Aragón o Portugal iban a resistirse a cumplir el mandato de persecución del papa y en cuya zona sur continuaba un dominio musulmán donde el Temple secreto tenía buenos y poderosos amigos.

Lo cierto es que, bajo la dirección del Priorato de Sión, la Orden consiguió salvar su mayor tesoro, que no estaba formado por monedas y joyas, sino por sus saberes secretos y los documentos y objetos que los reflejaban. Y sobrevivió a la persecución y a su disolución oficial por medio de tres principales vías.

Por un lado, muchos templarios hallaron refugio en el seno de otras ordenes religioso-militares. En España, la más importante al respecto fue la de Calatrava, fundada en 1158. En Portugal, en 1310 se creó expresamente una orden, la de Cristo, para reagrupar a los templarios dispersos. Su impulsor no fue otro que el propio rey Dionisio -Dionís- I “el Labrador” (1279-1325), gran promotor de las letras y las ciencias y de la actividad comercial lusa. Y en Alemania, por citar un tercer ejemplo, la Orden Teutónica heredó parte de los saberes templarios.

Por otro, caballeros templarios conformaron grupos muy restringidos de iniciados que mantuvieron los conocimientos secretos, haciéndolos pasar de generación en generación tanto por el contacto directo entre maestros y discípulos como mediante la puesta en marcha y funcionamiento de determinadas organizaciones herméticas. Así, se fomentó la constitución y desarrollo de gremios como el de constructores, se llenó de vida el quehacer esotérico de alquimistas y sabios medievales y hasta se conformaron cofradías y hermandades teóricamente adscritas al catolicismo romano, pero que servían para transmitir secretos letales para el mismo. Con todo ello, se pusieron las bases para que, con el transcurrir del tiempo, nacieran grupos masónicos y de <<iluminados>> que durante las últimas centurias han mantenido viva la llama de la gnosis, a pesar del desprestigio provocado por los delirios de grandeza de más de un ignorante y la estúpida parafernalia de muchas falsas organizaciones surgidas al calor de la verdad.

Por fin, el Temple también sobrevivió a través de su Orden interna, el Priorato de Sión, que escapó al acecho de las autoridades religiosas y políticas y ha sabido mantener su existencia en la confidencialidad a lo largo de siglos.

Un tiempo durante el que han circulado múltiples historietas y leyendas acerca del Priorato, algunas tan patéticas y detestables como las que han intentado ligarlo con conspiraciones sionistas -verbigracia, los llamados *Protocolos de los sabios de Sión*- o las protagonizadas por tristes oportunistas con ansia de notoriedad -como Pierre de Plantard, pretendido descendiente de Dagoberto II y fundador, en 1956, del <<nuevo>> Priorato de Sión-.

Aunque también ha habido investigaciones serias en torno a la pervivencia del Priorato, como la de aquellos que han creído encontrar la confirmación de su subsistencia en unos documentos conocidos como *Les Dossiers Secrets*, encontrados en la Biblioteca Nacional de París, donde están catalogados con el código 4º Im1 249. Su contenido informa sobre los supuestos Grandes Maestros del Priorato desde el siglo XII hasta casi la actualidad, entre ellos nombres tan famosos como Sandro Botticelli, Leonardo da Vinci, Isaac Newton, Victor Hugo o Charles Debussy.

Mas lo único cierto es que el Priorato sobrevivió a la disolución oficial de la Orden del Temple, logró resguardar sus conocimientos y los datos y documentos que los constatan y formó una red de personas y suborganizaciones lo suficientemente amplia como para asegurar la conservación y transmisión de sus saberes y lo necesariamente reducida como para garantizar la confidencialidad de su

trabajo y la seguridad de sus miembros.

Y, por supuesto, el Priorato jamás abandonó la idea de salir de su forzada clandestinidad y dar a conocer sus saberes. Es más, hace mucho tiempo que en su agenda de trabajo se marcó de rojo una época concreta para hacer ambas cosas: la de la transición astrológica de la Era de Piscis -el pez que es, igualmente, signo del cristianismo- a la Era de Acuario, que traerá consigo enormes transformaciones y en la que la humanidad aprenderá la verdad. Se trata de lo que la Iglesia llama <<el Fin de los Días>>y se está aconteciendo en la actualidad.

La idoneidad del momento elegido se ha visto confirmada por la circunstancia de que, gracias a las nuevas tecnologías y a la multiplicación de las vías de información y comunicación, se pueden desvelar los secretos guardados por el Priorato sin revelar la personalidad de sus miembros y la estructura de su organización. Es decir, divulgar los conocimientos ocultos sin abandonar la clandestinidad. Todo un guiño del destino que el Priorato está sabiendo aprovechar.

LA “CLEF DE VOÛTE” Y LOS “OMPHALOS”

(*El Código da Vinci*: Capítulos 48, páginas 255 y 257; y Capítulo 104, página 529)
(*La Lápida Templaria*: Capítulo 41, páginas 259 a 263)

La expresión francesa “clef de voûte” -en castellano, <<clave de bóveda>>- es muy conocida y utilizada en arquitectura. “Voûte” es, precisamente, la bóveda que remata un arco. Y cualquier arco precisa de una dovela, esto es, una piedra en forma de cuña en su parte más elevada que mantiene unidas las demás piedras y aguanta el peso del conjunto. Esa piedra es, en sentido arquitectónico, la clave de la bóveda.

El conocimiento sobre el uso de esta clave para la construcción de un arco

abovedado contribuyó a convertir a los constructores que lo poseían en auténticos artistas de la piedra, proporcionándoles, además, notables ganancias pecuniarias. Por ello, no es de extrañar que atesoraran celosamente tal saber, lo que hizo de la “clef de voûte” uno de los secretos mejor guardados de los gremios de canteros y albañiles, rodeándolo de un halo de misterio. Esos gremios fueron el origen de la masonería -en francés, “maçon” significa albañil-, lo que se pone de manifiesto en multitud de circunstancias que llegan hasta la propia denominación de varios grados de la jerarquía masónica -el “Grado del Arco Real”, por ejemplo-.

La masonería recogió la herencia iniciática antigua o, por lo menos, sus formas externas, pero la simbología de la clave de bóveda y su secretismo son anteriores a ella y a los gremios medievales, remontándose mucho más atrás en el tiempo, hasta los constructores romanos y, aún antes, a los del antiguo imperio egipcio. Bajo el influjo de todas estas reminiscencias, el Priorato de Sión hizo de la “clef de voûte” una representación cifrada, a modo de mapa codificado, para recordar en el más absoluto sigilo los lugares donde se ocultan sus objetos y documentos secretos más valiosos.

A lo largo del tiempo, numerosos investigadores e historiadores, conocedores de la simbología del Priorato y de su tradición de juegos de palabras y dobles sentidos, se han dedicado a buscar la clave codificada en iglesias, sobre todo francesas, escocesas y españolas. Muchos buscadores del Grial han llegado a la conclusión de que la clave de bóveda debe de ser, literalmente, eso, una cuña arquitectónica, una piedra con inscripciones cifradas inserta en el arco de algún templo <<bajo el signo de la rosa>>. En la arquitectura medieval, las rosas no son escasas. Rosetones en las ventanas y en las molduras, rosas de cinco pétalos rematando arcos o embelleciendo claves de bóveda. Como escondite, aquel punto de una iglesia sería de una sencillez diabólica. El mapa para localizar el Santo Grial se hallaría oculto, así, en la más zona más elevada del arco de algún antiguo y, quizás, poco conocido templo cristiano.

Por influencia del Priorato de Sión, también la Orden del Temple convirtió la clave de bóveda en una de sus referencias, asociándola a las construcciones octogonales, los “omphalos”, de alto significado esotérico.

A este respecto, hay que comenzar indicando que la tradición esotérica ha hecho de la representación gráfica del carro de Elías o Mercaba uno de sus símbolos más notables, aunque su uso, dada su importancia, es muy restringido. Se trata del cuadrado limitado por círculos. Su antigüedad se remonta a las construcciones megalíticas, herederas del culto al círculo. Celtas y druidas mantuvieron su esencia y tuvo forma, igualmente, de piedras redondas que marcaban el centro del mundo. Con esta forma, llamada “omphalos” por los griegos, se adoró en santuarios de distintas culturas. Es, por ejemplo, el Betel donde Jacob apoya la cabeza y ve la escala de ángeles, es decir, la puerta del cielo, la escala de vidas por la que transita el ser verdadero pasando de una a otra modalidad de existencia aparente, cada vez con mayor grado de intensidad vibratoria, en su camino de retorno a la Unidad de la que

procede y a la que pertenece. El edificio circular que señala un centro invisible es imagen del centro del mundo. Es una reproducción de la "sabika", es decir, una caverna -una iglesia, en tiempos más modernos- y encima de ella un espacio sagrado, el "Sanctasanctórum".

Los templarios basaron en este símbolo, en su significado transcendental y en su influjo positivo en la capacidad sensitiva de los seres, el diseño de sus capillas. Se trata de los célebres recintos octogonales -también el templo de Perceval responde a este dibujo octogonal- que la Orden desparramó por la geografía europea, desde las de París y Londres a las españolas de Eunate, Tomar, Vera Cruz de Segovia o, incluso, la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga. Todos están construidos en torno a una columna central sobre la que se edifica una minúscula cámara, el lugar donde el aspirante se encierra para cumplir sus ritos de paso. A estas cámaras se les llama <<linternas de los muertos>>, la luz que comunica con los muertos. Es como la "seyiqqah" de Jerusalén, una caverna donde se afirma que se puede escuchar a los espíritus y que está bajo un edificio octogonal, justamente en el solar del primer Templo que dio nombre a los templarios.

En esta arquitectura se contiene la iniciación de la Orden secreta del Temple, correspondiendo a los tres grados de introducción y avance. De esta manera, del pseudocristo, el piso inferior en el que se produce el adoctrinamiento general del aspirante que aún no se ha sometido a las pruebas, se pasa a la cámara o sarcófago, donde acontece la muerte figurada, a la que debe seguir, finalmente, la resurrección del iniciado, el nacimiento del hombre nuevo. El sarcófago es, a veces, una cueva comunicada con la iglesia o templo, como en San Baudelino de Berlanga y en Nuestra Señora del Monasterio de Oviedo, donde se llama <<pozo santo>>. En la prehistoria fue el dolmen sagrado. En este sepulcro se hacía en la Edad Media la vela de las armas. En los santuarios que no lo heredaron de antiguo se construyó, sobre la columna central, el noveno punto invisible, es decir, en la cámara secreta iniciática donde el aspirante muere y resucita al conocimiento transcendente.

Tras la disolución oficial del Temple, otras órdenes religiosas, como los calatravos, mantuvieron esta tradición. Y aunque ya no pudieron edificar recintos con plantas centrales, prohibidos por la Iglesia por su connotación templaria, sí construyeron sobre los de planta rectangular o cuadrada torres y campanarios octogonales, sospechosamente estilizados, en cuyo interior dieron cobijo, como ocurre en el santuario de los Santos de Arjona, en Jaén, a la <<linternas de los muertos>>. En distintos lugares de la misma provincia -en Baños de la Encina, el castillo de Locubín, el convento-fortaleza de la Peña de Martos, la torre de Porcuna, los campanarios de Lopera y de la iglesia de San Juan,...- pueden observarse edificaciones calatravas de este tipo.

Por cierto, que haciendo referencia a templos construidos por la tradición templaria tras la disolución oficial de la Orden, es obligatorio citar la capilla de Rosslyn, sita a poco más de diez kilómetros al sur de Edimburgo, en plena Escocia. Llamada también la Catedral de los Enigmas y construida en 1446 sobre los restos de

un antiguo templo mitraico, la edificación esta repleta de desconcertantes símbolos de las tradiciones egipcia, hebrea, pagana cristiana y masónica.

En cualquier caso, a pesar de esta sustitución por columnas iniciáticas interiores de iglesias, la función es la misma: ser centros figurados del mundo, "omphalos", que también incluyen la percepción occidental del yin y el yang. Es decir, el equilibrio de los opuestos, el principio hermético de polaridad como una de las reglas de juego que sostienen todo lo existente, los hechos que nos rodean y las leyes que los explican. Son imágenes del viaje al centro, al atmán, en argot hinduista, que mora en el interior de cada ser y constituye su auténtica realidad y es parte de la Identidad Universal. La forma de las pilas bautismales responde, igualmente, a esta percepción trascendente.

Hay que tener en cuenta que en el esquema del octógono confluyen muy diversos niveles de conocimiento. El ocho es en hebreo la cifra de "Heth", que corresponde a los sonidos H y J, los dos componentes del nombre divino. Ahora bien, el octógono, aunque aparentemente sólo conste de los ocho puntos visibles de su trazado, contiene otro invisible, el noveno. Concretamente, es el punto del que dependen y equidistan los demás, el que marca el centro y representa la unidad, sin la cual no existiría la construcción. Y el nueve que en realidad encierra el octógono es la cifra de "Teth", equivalente a las letras T e I, la serpiente y la sabiduría, lo que nos remite a la Diosa-Madre.

Únase a ello las implicaciones numéricas de los templos con planta central. Todos constan de dos recintos, el cuerpo central y los muros exteriores, lo que supone dos ochos y, con el punto invisible, dos nueves. Ocho por ocho es 64, la cifra cabalística del Cuadrado Terrestre; y nueve por nueve da 81, la cifra del Cuadrante Celeste.

BAFOMET

(El Código da Vinci: Capítulo 76, página 392).

(La Lápida Templaria: Capítulo 70, páginas 468 y 469)

Bafomet o Baphomet era un dios pagano de la fertilidad, asociado a la fuerza creativa de la reproducción. Su cabeza solía ser representada por un carnero o cabra, símbolo de procreación y fecundidad usado con frecuencia en las culturas antiguas. Así, la <<cornucopia>> o <<cuerno de la abundancia>> constituyó un homenaje a la fertilidad y dio cuerpo al mito de Zeus amamantando por una cabra a la que se le rompe un cuerno que, milagrosamente, rebosa frutas.

Muchos siglos después y bebiendo de fuentes remotas, la Orden del Temple,

sus círculos secretos, adoptaron el Bafomet, la cabeza barbuda, como signo del Dios de la Sabiduría sobre el que pivotaban sus creencias y conocimientos. Se trata de la Cabeza del Anciano, el Chokmak hebrero que significa sabiduría.

Los templarios veneraban a Bafomet situándose alrededor de una réplica en piedra de su cabeza y recitando oraciones. Igualmente, la colocaron en sus templos y edificaciones, siempre en sus lugares más sensibles y delicados -en las claves de los arcos, en las cornisas y en los ángulos, sobre las ventanas,...-. Y la transmitieron, después, a las logias de constructores y masones, aunque fue perdiendo poco a poco su profundo significado. La cábala la identifica con el Adam Kadmon u hombre celestial. Es la Cabeza de las Cabezas citada en escritos ancestrales que se refieren a las tres cabezas superpuestas la una a la otra, al Anciano constituido por tres cabezas en una sola, al Anciano de los Ancianos que tiene por atributo la sabiduría.

Esta Cabeza del Anciano recibe también dos nombres: el Gran Rostro y, vista desde fuera a través de las veladuras del secreto, la Pequeña Figura, que es la esencia suprema del Creador y uno de los símbolos del Nombre del Poder o Nombre Secreto de Dios. No en balde, sobre la Pequeña Figura se graban tres letras -las tres letras madres del alfabeto hebreo, que son los fundamentos de la cábala- que corresponden a las tres mentes alojadas en tres cráneos (los cultos a las calaveras de santos es otra representación simbólica del Bafomet). De igual manera, hay una importante máxima que indica que <<cuatro son los cerebros que posee la Pequeña Figura>>, en alusión a la combinación de las letras Y H V H con las nueve de la Pequeña Figura que componen el Shem Shemaforash, el <<Nombre Secreto de Dios>>.

La adoración templaria del Bafomet fue convertida por el papa Clemente V, siguiendo instrucciones directas de Felipe IV el Hermoso, en uno de los principales argumentos contra la Orden. En la manipulación de pruebas contra ella, la Iglesia trastocó el significado del Bafomet, que de representación del Dios de la Sabiduría paso a ser símbolo del maligno. Precisamente, la actual imagen del demonio con cuernos tiene su origen en ese Bafomet transfigurado por la Iglesia y en los esfuerzos de ésta para convertir al cornudo dios de la fertilidad en encarnación de Satán.

LEONARDO DA VINCI

(El Código da Vinci: Capítulo 8, páginas 63 a 65; y Capítulo 40, páginas 213 y 214)

Leonardo da Vinci nació en esta localidad, cercana a Florencia, en 1452, fruto ilegítimo de la relación entre el notario Ser Piero y una humilde campesina. Su vida y su obra estuvieron marcadas por la unión entre su inmensa genialidad y su carácter de iniciado y devoto de la sabiduría secreta y el orden divino de la Naturaleza, estudiando y ejercitando creencias y ritos ocultos y ancestrales y acumulando y divulgando conocimientos relativos a los seis Círculos de la Sabiduría. Circunstancias que, sumadas a su condición de homosexual, le convirtieron en pecador a los ojos de la Iglesia, que descargó sobre él su conocida estrategia de relacionar con el mal lo que se aparta de ella y, muy especialmente, los cultos que la precedieron. De este modo, las ideas y actividades de Leonardo fueron

revestidas de tintes demoniacos.

Debido a ello, históricamente, Leonardo da Vinci ha sido blanco de múltiples acusaciones: llevar unos misteriosos diarios en los que escribía al revés, algo lógico para mantener sus investigaciones a salvo de las supercherías y persecuciones religiosas de la época; pretender engañar a Dios mediante un elixir capaz de retrasar la muerte, una buena definición de lo que son actualmente los medicamentos; exhumar cadáveres para explorar la anatomía humana, una práctica nada inusual en la medicina moderna; diseñar armas y terribles aparatos de tortura, una actividad ciertamente anecdótica en el contexto de su enorme creatividad en una copiosa temática; o poseer el poder alquímico para convertir el plomo en oro, que es como los ignorantes siempre han interpretado el auténtico secreto alquímico que es la transfiguración espiritual.

No obstante, dada su enorme categoría artística, la propia Iglesia no dudó en encargarle importantes trabajos, aunque normalmente lejos de la Ciudad Eterna. Leonardo los aceptó para obtener los ingresos precisos para financiar sus estudios e indagaciones y, en muchos casos, utilizando artimañas y signos sólo entendibles por iniciados, para dar testimonio y extender el conocimiento de sus verdaderas creencias y saberes.

De formación autodidacta, a los 16 años se incorporó al taller de Andrea del Verocchio, acumulando poco a poco un saber enciclopédico que se agrandaría en 1492, cuando pasó al servicio de Ludovico Sforza, tildado como <<el moro>>, duque de Milán. Fue en esta época cuando Leonardo manejó informaciones privilegiadas y tuvo contacto con grupos pertenecientes al ámbito hermético.

Para la posteridad han quedado obras suyas como el célebre *El hombre de Vitrubio* -probablemente el dibujo más perfecto de la historia desde el punto de vista de la anatomía- o *La Adoración de los Magos* -pintura que, como otras, dejó en forma de boceto y sobre la que algún artista anónimo concluyó el cuadro mismo, efectuando modificaciones en la disposición original del lienzo y encubriendo señas y signos dibujados por el maestro-, sin olvidar, por supuesto, las famosísimas *Mona Lisa*, *La última cena* y *La Virgen de las Rocas*.

En la *Mona Lisa*, Leonardo convierte a Madonna Lisa Gherardini en representación simbólica de sus saberes secretos. Segunda esposa del prospero comerciante Francesco di Bartolomeo del Giocondo, con quien se casó en 1495, Madonna Lisa fue una mujer noble, nacida en la calle Maggio de Florencia en 1479, que pasó sus días entre esta ciudad y el valle del Chianti, lugar de procedencia de su estirpe. Leonardo tuvo ocasión de observarla y admirarla durante las visitas que ella hacía a la capilla familiar ubicada en el barrio florentino de la Santissima Annunziata, donde el artista vivió entre 1501 y 1503, y percibió en su rostro y en sus gestos la personificación misma de la ciencia oculta, decidiendo dejar constancia para la posteridad. Así, la dibujó con la naturalidad de semblante, la intrigante sonrisa y la no menos inquietante mirada que corresponden figuradamente a la

sabiduría hermética. Y jugó con su nombre cual anagrama de los dioses egipcios Amón e Isis, llegando a reproducir sobre el pecho de la Madonna un colgante de lapislázuli dedicado a la diosa que después tapó con varias capas de pintura.

En lo relativo a *La última cena*, el enigmático fresco de Santa María delle Grazie, en Milán, encargado en 1495 por Ludovico <<el moro>>, resplandece en ella la simbología propia de un gran iniciado. Para empezar, desvela la existencia de un gemelo de Jesús, segunda figura por la izquierda, y, con ello, el secreto de la resurrección. Igualmente, la muy curiosa disposición de los apóstoles se corresponde con el zodiaco, agrupando los signos en cuatro grupos de tres, y oculta un código alfanumérico relativo a la estructura organizativa del Priorato de Sión, de cuya cúpula directiva Leonardo formó parte (en calidad de Gran Maestro, según *Les Dossiers Secrets* archivados en la Biblioteca Nacional de París). Y, muy especialmente, tomando como base la narración de la cena del Evangelio de san Juan, se ofrece una colosal alegoría sobre el Santo Grial: Leonardo coloca copas delante de todos los comensales, desmitificando la idea del único cáliz que se pasan entre ellos; sienta a María Magdalena a la derecha de Cristo; dibuja ambas figuras con ropajes de idénticos colores, aunque invertidos; y, por si no fuera bastante, las dos forman una “V” abierta, con forma de recipiente, haciendo todo un guiño sobre el auténtico origen del cristianismo y el mito de la “sang real”.

En cuanto a *La Virgen de las Rocas*, con María en el centro, Jesús niño a su derecha y el ángel Uriel y Juan el Bautista, también niño, a su izquierda, manifiesta la asociación y los vínculos entre el Mesías rey (Jesús) y el Mesías sacerdote (Juan) y muestra la investidura del primero por el segundo -Juan es quien bendice a Jesús y no al revés-, constatando como Juan el Bautista, descendiente de la dinastía sacerdotal, confirió a Jesús, perteneciente al linaje real de David, la legitimidad necesaria para que el pueblo lo aceptara como legítimo heredero al trono de Israel. Junto a todo lo cual, la escena discurre en un paisaje de colinas cavernosas que se corresponde con un determinado paraje de Escocia utilizado por la Orden del Temple como uno de los lugares donde escondió parte de sus tesoros y documentos secretos.

Obras como las descritas son expresión, hay otras muchas pruebas al respecto, de la conexión de Leonardo da Vinci con grupos secretos de iniciados que, junto a la verdad sobre el cristianismo, mantenían y atesoraban conocimientos relacionados con el Dios de la Sabiduría y el gnosticismo, la geometría primordial en todo subyacente, los principios herméticos y sus implicaciones y ritos y prácticas ancestrales fundamentadas en la unidad esencial de cuanto existe y la armonía y perfección del Universo. De todo lo cual había dejado Leonardo suficientes muestras y signos cuando, en 1519, falleció en la villa gala de Cloux.

CÍRCULO CUARTO

La Arcadia

(La Lápida Templaria: Capítulo 55, páginas 336 y 337).

Desde lo que los historiadores actuales llaman revolución neolítica, la humanidad camina por una senda bien distinta de la que surcó durante decenas de miles de años. El nuevo estadio que desde entonces recorreremos tiene como nota distintiva la desnaturalización. Tres son sus principales características: olvido de lo que significa ser humano; pérdida de la cosmovisión de todo lo que nos rodea, como creación armoniosa y perfecta en la que es posible, casi obligatorio, ser feliz; y ruptura de una relación con los demás seres y cosas basada en el respeto, la igualdad y la admiración mutua ante tanta diversidad y hermosura.

Todo ello ha quedado arrumbado de la mano de lo que denominamos civilización. Sus señas de identidad son el adelanto tecnológico en progresión, el incremento demográfico acelerado y el afán de poder y la codicia individual y

colectiva. Sobre estos pilares hemos construido una sociedad que se pretende más allá del bien y del mal y de las reglas de la naturaleza. Y que persigue sin rubor el dominio del mundo y del Universo. Hasta hemos monopolizado a Dios, rebajándolo al papel exclusivo de <<salvador>> del género humano.

Nuestra prepotencia es tal que hemos llegado a elaborar una interpretación de la evolución biológica basada en nuestra peculiar percepción de las cosas: la selección de las especies, esto es, la lucha sin cuartel entre las distintas modalidades de vida e, incluso, entre los ejemplares de una misma especie.

Como castigo a tanta torpeza, nuestra errónea concepción de la realidad nos ha conducido a crear el concepto de muerte y a creer firmemente en él, sufriendo ante su inevitabilidad. Nos hemos alejado tanto de la verdadera esencia del Universo que no alcanzamos a comprender que la muerte es un imposible. Un fantasma, solo eso, de la imaginación humana.

Pero no siempre ha sido así. En las tumbas antiguas no era infrecuente que se inscribiera la vieja frase clásica <<Et in Arcadia ego>> (Yo también conocí la Arcadia) como referencia a un tiempo anterior al <<pecado original>> -el cambio de visión derivado del Neolítico- en el que el ser humano era más feliz, conocía el Nombre de Dios, entendía el <<lenguaje de los pájaros>> y sabía que la vida es la única realidad, que sólo ella existe y que la felicidad es su exclusiva razón de ser.

La Arcadia, por tanto, hace referencia a un tiempo lejano, pero que no se ha diluido entre nuestros recuerdos. Debe tenerse en cuenta que nada de lo antes ocurrido se encuentra perdido en nuestra memoria colectiva. Todo lo contrario: de nuestra historia pasada, situada en su arranque a decenas de miles de años de la era actual, permanece una especie de registro al que se suele denominar <<Anales Akásicos>>. En el plano espiritual todo se archiva, todo se mantiene, porque el espíritu que está detrás de la materia sigue existiendo aunque ésta desaparezca o adopte modalidades diferentes. Y esto ha hecho posible que tengamos acceso a conocimientos y sucesos que se hunden en la protohistoria de la humanidad.

Si recuperáramos una pequeña parte de aquella sabiduría ancestral nos resultaría fácil comprender que la evolución biológica no se soporta en la lucha, sino en la cooperación; y que son las redes de cooperación las que subyacen y explican la naturaleza y, con ella, el pasado y el futuro de nosotros mismos y de cuanto existe. Igualmente, seríamos conscientes de que para preservar la juventud y la salud del cuerpo debemos impedir que enferme y envejezca el alma. Una gran verdad que se puede utilizar en beneficio propio. ¿De qué forma?. La clave radica en ser una persona de bien, serena y honesta, logrando la tranquilidad interior y la consciencia de que la felicidad está a nuestro alcance.

Los factores que más aceleran el envejecimiento son el rencor y los pensamientos amargos, la codicia y el ansia derivada de los deseos de acumulación y poder, los juicios desfavorables sobre los demás y la furia de un orgullo herido. La

mayoría de nuestras dolencias derivan de nuestras enfermedades morales. Los llamados <<pecados mortales>>, cuya esencia y significado se han perdido con el paso del tiempo, aparecen en diversas religiones y reciben tal denominación porque causan muerte de una manera real y física.

La amistad y el amor, un carácter sencillo, la calma en las decisiones, la moderación en los comportamientos, la racionalidad de la voluntad, la disposición sensitiva hacia lo irracional y el gozo de las realidades que nos rodean no sólo nos hacen felices, sino que nos aportan fuerza y salud. Creer en el bien es poseer el bien. Y poseerlo contribuye a alargar la vida actual, además de abrir las puertas a una mejor más allá del cambio que llamamos muerte.

¿Cómo conseguirlo?. Es tan sencillo como practicarlo. Una gimnasia mental que hay que llevar a cabo cada día hasta que sea la forma natural de ser y entender la vida. La paz es el supremo secreto. Paz y, con ella, generosidad y alegría. Los primeros maestros cristianos consideraban la tristeza como el octavo pecado mortal. La locura y la maldad son las únicas cosas tristes de este mundo.

<<LUGARES SAGRADOS>>

(La Lápida Templaria: Capítulo 9, páginas 82 y 83)

Exactamente igual que el ser humano está sometido a diversos biorritmos, desde el circulatorio o el respiratorio hasta el ciclo menstrual de las mujeres, la naturaleza también lo está. En cierto modo, funciona como un inmenso aparato de relojería: hay ritmos solares, lunares, planetarios e, incluso, galácticos. La humanidad sólo advierte y verifica algunos: el calendario, las estaciones,... Son notables sus efectos sobre la vida en el planeta. Y a ellos hay que sumar los impactos derivados de la energía que recorre la tierra que nos sustenta. Una fuerza que los seres vivos pueden aprovechar y que se manifiesta de modo especial en determinados lugares.

El ser humano que llamamos <<primitivo>>, por su cercanía a la naturaleza y su mayor saber sobre ella, era capaz de percibir estas influencias, así como las vibraciones procedentes de la tierra y el cielo, y sacó partido de la energía de las corrientes telúricas. Y no solo las grandes vetas de esta energía son detectables por el ser humano, sino también otras de menor potencia. Algunos lugares nos aportan paz, sosiego y, en ocasiones, hasta un escalofrío que nos recorre el cuerpo. No es

nada que la ciencia no pueda explicar: son las cargas electromagnéticas o telúricas.

En términos científicos, se trata de pulsiones electromagnéticas que recorren el planeta, concentrándose o dispersándose con arreglo a una serie de factores: el relieve, la conductibilidad del terreno, la existencia de fallas, la temperatura interior, la presencia de aguas subterráneas. Estas corrientes constituyen las terminaciones nerviosas de la tierra, en las que la energía se manifiesta con mayor intensidad. Suelen ser especialmente intensas en el interior de las cavernas, cuevas y abrigos naturales y en los berruecos rocosos.

Las bolsas de aguas subterráneas tienen una carga eléctrica importante, pues el medio acuático es un notable conductor de la electricidad, por lo que en cualquier zona en la que existan el flujo de electrones es mucho más rápido que a través de la roca. Las vetas telúricas no son más que pliegues o corrientes subterráneas que canalizan la electricidad bajo la corteza terrestre. En los puntos en los que estas vetas confluyen o se cruzan, el movimiento de electrones es mucho más intenso y éstos chocan entre sí creando efectos de reverberación.

Todo lo cual explica la ubicación de buena parte de los grandes enclaves religiosos del mundo, de cualquier religión y en cualquier época. Allí donde nos sentimos a gusto con nosotros mismos, más cerca de la divinidad, sea ahora o en los tiempos remotos de la historia.

El ser humano <<primitivo>> tenía la capacidad de localizar estos sitios y los convirtió en espacios sagrados, en lugares de religión y peregrinación donde la espiritualidad se manifiesta y se abren las puertas del cielo. Sobre ellos se levantaron santuarios a los que se peregrinaba, precisamente, en las fechas en las que la posición de los astros mejoraba las condiciones e influjos energéticos del lugar. Visitarlos equivalía a renovar la materia, a nacer de nuevo. También, con el mismo efecto, erigió menhires, alineamientos y “crómlech” o círculos. Los menhires son una especie de acupuntura terrestre, antenas cósmicas de piedra, generadores de energía, potenciadores de la fuerza de la tierra.

Con el paso del tiempo, la humanidad, salvo excepciones muy minoritarias, fue perdiendo la sensibilidad para ubicar sitios tan singulares. No obstante, un buen número de los existentes fueron quedando en su memoria transformados en sitios de culto para las nuevas religiones. Estas tergiversaron el mensaje y el potencial inherente a estos lugares, pero, aun así, mantuvieron su carácter sagrado.

Grupos de iniciados de todos los tiempos conservaron el saber original y supieron ver en tales sitios su auténtica esencia. Por ejemplo, los templarios, gracias sobre todo a sus contactos con sectas místicas orientales, asimilaron este conocimiento y buscaron los antiguos santuarios. La tradición de las Vírgenes Negras responde a este interés y al deseo de fijar en el mapa los lugares sagrados.

VÍRGENES NEGRAS

(La Lápida Templaria: Capítulo 22, páginas 161 y 162)

Las coloquialmente llamadas Vírgenes Negras son tallas mayoritariamente de madera, aunque no sólo, talladas entre los siglos XI y XVI, con predominio de las pertenecientes al XIII. Por lo general, reproducen modelos bizantinos de la Virgen mayestática con Niño central o sobre rodilla izquierda. Suelen medir 70 centímetros de altura, 30 de anchura y otros tanto de profundidad (algunas más tardías son menores, apenas 30 centímetros de altura, o también mayores, de hasta un metro).

Siguiendo el estudio de Montserrat Robrenyo titulado *Los caminos de las Vírgenes Negras* (Boletín Temple, Revista electrónica de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales Templespaña, junio 2003), en la actualidad, entre tallas originales, copias e imágenes documentadas, hay en Europa alrededor de medio millar de Vírgenes Negras -en España sobrepasan el centenar y más de la mitad se localizan en Francia, fundamentalmente en la Provenza y el Languedoc-. Muchas, a lo largo de las centurias, han sido objeto de distintos tipos de vandalismo, desde su despintado al expolio, pasando por la sustitución por otra de la talla auténtica debido a razones, en principio, estéticas.

Ciertamente, no es fácil dar una explicación coherente y lógica a tal cantidad de tallas marianas negras repartidas a lo largo y ancho del continente europeo. Desde

luego, el azar no es la respuesta adecuada al respecto. Como subraya Robrenyo, debe existir un motivo profundo diferente y, muy probablemente, arraigado en el fondo de los recuerdos colectivos.

Para avanzar en la búsqueda de dicho motivo, conviene analizar tres señas de identidad de este tipo de imágenes y en las que ahonda el estudio de referencia:

- X la frecuente ubicación de sus santuarios de culto en lugares sagrados prehistóricos;
- X su propio color y el significado que el mismo puede conllevar; y
- X la extraña profusión de Vírgenes Negras que se detecta a partir del siglo XI - muy particularmente, en el XIII-, de la mano, en cuanto a adscripción tutelar o territorial, de órdenes religiosas medievales, con el Temple a la cabeza.

En lo relativo a lo primero, la localización de los santuarios de culto de las Vírgenes Negras en primitivos lugares sagrados se pone de manifiesto por la frecuente existencia de restos prehistóricos en los actuales sitios de devoción. Se trata normalmente de lugares sagrados de la tipología reseñada en páginas precedentes, auténticos <<centros de poder>> (manantial, cueva, acantilado,...) donde se realizaban hace milenios cultos ligados a la naturaleza.

Pasando a la segunda de las notas antes destacadas, el color de las tallas no obedece, desde luego, a las razones que algunos, de forma interesada, han intentado hacer creer. Así, es ridículo achacar la negritud al humo de las velas usadas para su veneración. Y no lo es menos responsabilizar a recubrimientos de plata que en su día, supuestamente, las adornaron. El color que distingue a las imágenes es, mayoritariamente, el querido y deseado por el autor o autores. Se trata de pintura, barniz, betún de Judea o lacado que, según los casos, da a la imagen un negro brillante o un simple oscurecimiento.

Pero, ¿por qué desear una Virgen Negra?. La respuesta se encuentra en reminiscencias de antiguos cultos ligados a la Diosa-Madre y a divinidades precristianas -Isis, Artemisas y otras presentes en ritos, por ejemplo, celtas e iberos-surgidas en honor a la fertilidad y a la madre-tierra: diosas lares, cercanas a la familia, regentes en el hogar, la salud, la enfermedad, la felicidad y en todo lo relacionado con la vida del ser humano en la tierra y como miembro de una comunidad familiar, matriarcal. En estos casos, el color negro simboliza el tono oscuro de la tierra fértil -antes del cristianismo, con el término "virgo pariturae" se hacía mención a la tierra antes de la fecundación-.

Por otra parte, no puede olvidarse que estas tallas surgen a partir de la primera cruzada. Lo que abre las puertas a pensar que la negritud mariana se extendiera por Europa bajo el influjo oriental. Un ámbito donde la talla negra se relaciona con el

símbolo de la plenitud y la sabiduría: en árabe, los términos negro y sabio participan de la misma raíz; en sanscrito, “kâla” (negro) otorga el nombre a la diosa Kali; y la sabiduría, la Sophia de los textos gnósticos, ha sido asociada al negro desde los tiempos de Salomón -<<morena soy, pero hermosa>>, se lee en el Cantar de los Cantares (1,5)-

Por lo demás, las Vírgenes Negras aparecen en ocasiones en grupos de tres, lo que recuerda al misterio de la Trinidad y remite a tres fases lunares y tres colores. Los colores, precisamente, de las aves sagradas de antiguos santuarios -golondrinas, vencejos, grajos,...- en las que se combinan el negro, blanco y rojo, enlazando con la <<lengua de los pájaros>>, antigua denominación de la sabiduría ancestral y la iniciación.

La interrelación entre el color de estas tallas y la Diosa-Madre se sustenta claramente por las zonas en las que la que hallan, usualmente lugares sagrados primitivos, tal como se ha enunciado antes; por la especialización temática de su culto, relativo a la familia, la salud, la fertilidad,...; y por la propia representación que muestran las imágenes, en las que muchas son mujeres solas y, cuando llevan Niño, lo presentan como producto de su fertilidad, resaltándose ellas como reinas y figuras principales del conjunto.

Lo cual, por otro lado, no es sino reminiscencia de las representaciones egipcias de Isis y su hijo Horus, así como de la tradición del Santo grial, que tras la teórica <<Virgen con el Niño Jesús>> ha escondido la figura de María Magdalena con el fruto de su matrimonio con Jesús -la Provenza y el Languedoc, donde, como se señaló, se concentran numerosas Vírgenes Negras, son sitios muy ligados a la tradición de la Magdalena-.

En tercer y último lugar, en cuanto a la extraña profusión de Vírgenes Negras que se detecta a partir del siglo XI de la mano de órdenes religiosas, obedece a que determinadas órdenes medievales, con el Temple como protagonista, usaron la devoción mariana para introducir en su esfera de dominio territorial los antiguos lugares sagrados, a través de un plan preconcebido, de un programa de implantación sistemáticamente aplicado sobre esos puntos prefijados en el mapa. Normalmente, para justificar la ubicación de la imagen en tales sitios, por lo común alejados de la población, se tejieron piadosas leyendas ligadas al descubrimiento milagroso de la talla por un labrador o por un pastor.

Téngase en cuenta que se trata de un elevado número de tallas similares distribuidas por toda Europa. Mediante ellas, templarios y otras órdenes accedieron a privilegiados recintos telúricos, fijándolos en el mapa de forma discreta y sólo apta sólo para iniciados. Lugares sagrados, que constituyeron, además, una amplia red que bien les pudo servir también, tal como Montserrat Robrenyo pone de manifiesto en el estudio citado, como puntos de encuentro de peregrinos-mensajeros, que transmitían información, consignas y mandatos que se querían salvaguardar del conocimiento externo a la orden religiosa.

EL GNOMON, LA ROSA Y LA <<LÍNEA ROSA>>

(El Código da Vinci: Capítulo 22, páginas 132 a 136; y capítulo 47, páginas 253 y 254)

El gnomon es un instrumento astronómico usado en la antigüedad. Su función se suele asociar a la determinación del acimut y la altura del sol y como indicador de las horas en los relojes solares más comunes. Mas el tiempo cuyo transcurrir interesa y señala el gnomon no es el de las horas, sino el de los solsticios, sobre cuya evolución informa.

En París, en la iglesia de Saint - Sulpice, se halla un magnífico ejemplo de gnomon. Encajada en el pavimento de granito gris, una delgada franja de metal pulido brilla en la piedra, cortando la uniformidad del suelo del templo. Se trata de una línea dorada que tiene grabada unas marcas graduadas, como si fuera una regla, y recorre un camino en un ángulo ajeno a la simetría de la iglesia, incluso partiendo en dos el alta mayor. Tras cruzarla a lo ancho, alcanza la esquina norte de transepto -la sección corta de la cruz latina que conforma la planta del templo-, donde se une a la base de un curioso obelisco egipcio. Al topar con él, sigue una vertical de 90 grados y continua subiendo por la superficie frontal del propio obelisco, elevándose diez metros hasta el remate piramidal de su parte superior. Con este trazado, los rayos solares que se introducen en la iglesia, a través del rosetón de su fachada sur, van marcando sobre la línea el paso del tiempo en términos de solsticio a solsticio.

La aludida franja metálica se conoce con el nombre de <<Línea Rosa>>. Y ello porque, durante siglos, el símbolo de la rosa se ha asociado a los mapas y a la guía de las almas en la dirección correcta. La <<Rosa de los Vientos>>, dibujada en muchos mapas, indica los puntos cardinales y sirve para señalar las direcciones de los 32 vientos obtenidas a través de las combinaciones de norte, sur, este y oeste.

Representados en el interior de un círculo, estos puntos de la brújula se asemejan a la rosa de igual número de pétalos. En la actualidad, la navegación sigue usando la rosa náutica y la dirección norte aún se marca con una flecha, normalmente con forma de flor de lis.

En el globo terráqueo, la <<Línea Rosa>> -hoy comúnmente denominada meridiano o longitud- es una línea imaginaria trazada entre los Polos Norte y Sur. Y dado que desde cualquier punto del planeta puede dibujarse una línea que conecte los dos Polos, el posible número de esta tipología de líneas es infinito.

¿Cuál de ellas debe ser considerada la longitud cero, la auténtica <<Línea Rosa?>>. Desde 1888, la referencia al respecto se sitúa en Greenwich (Reino Unido). Pero antes de que esto fuera así, la longitud cero del globo pasaba directamente por París y atravesaba, precisamente, la iglesia de Saint - Sulpice. Es más, en distintos puntos de la capital francesa hay otras señales que así lo indican, rememorando un tiempo anterior al momento en el que Greenwich le arrebató tal honor.

Volviendo a la rosa, la tradición esotérica y misteriosa la ha convertido en símbolo de sus saberes secretos, en general, y del mito del Santo Grial y los conocimientos a él asociados, en particular. Y ello por tres motivos principales: secretismo -el “sub rosa” latino-; feminidad -la rosa rugosa pentacúlica-; y guía -la rosa que marca el auténtico camino-.

Con referencia al primero, en la antigua Roma era costumbre colgar una rosa en la entrada de una estancia o habitación cuando en su interior se abordaba algún asunto confidencial. De este modo, el “sub rosa” servía de advertencia tanto a los allí reunidos, para que no desvelaran a otros lo tratado, como a los demás, que debían abstenerse de entrar en el recinto.

En cuanto a la denominada rosa rugosa, es una de las variedades más antiguas y cuenta con cinco pétalos y una simetría similar al pentágulo, la estrella de Venus. Lo que la vincula a lo femenino y, por extensión, al principio hermético de género y a los cultos milenarios ligados a la naturaleza.

Por fin, la rosa está unida a la dirección verdadera, la búsqueda del propio camino y de la senda para alcanzar la verdad secreta. Como se expresó antes, a lo largo de las centurias, la rosa se ha ligado a los mapas y a la guía de las almas.

ANAGRAMAS

(*El Código da Vinci: Capítulo 20, páginas 125 a 126*)

Los anagramas, muy usados actualmente en el ámbito de los pasatiempos, cuentan con una larga historia y un gran simbolismo sagrado. Por ejemplo, las enseñanzas místicas de la Cábala hebrea se basan fundamentalmente en anagramas en los que, mediante la alteración del orden de palabras, se obtienen nuevos significados. Igualmente, los romanos otorgaron al estudio de anagramas la categoría de “ars magna” o arte mayor. Y los reyes franceses del Renacimiento estaban tan convencidos de que los anagramas cuentan con propiedades mágicas que tenían anagramistas reales, cuya misión consistía en ayudarles a tomar decisiones a través del examen de las palabras de los documentos importantes.

En esta dilatada historia de los anagramas, también se han producido hechos curiosos que permiten hablar, por expresarlo de alguna manera, de anagramas imposibles, como los que nos describe Carlos Frabetti en *El gran juego* (Alfaguara, 2000). Verbigracia el siguiente: <<Smaismrmilmepoetaleumibunenugttaurias>>. ¿Qué es esto?. Pues un anagrama que esconde una frase en latín: <<He observado el planeta más alto en triple forma>>. Mediante él, Galileo, en agosto de 1610, comunicó en secreto su descubrimiento de que Saturno -el planeta más alto (alejado del Sol) entonces conocido- tiene dos satélites (creencia errónea debida a que confundió con tales los extremos de su anillo). Sin embargo, Kepler, cuando recibió el jeroglífico, formó con las mismas letras otra frase -<<Salve, furiosos gemelos, prole de Marte>>- , deduciendo que Marte posee un par de satélites. Conclusión que sí es correcta, pero inverosímil para una época en la que se carecían de telescopios aptos para divisar las pequeñas lunas del planeta rojo.

En diciembre del mismo año, Galileo transmitió otro anagrama: << haec immatura a me iam frustra legunturoy>>. Detrás de él se disfraza otra frase latina: <<La madre del amor emula las formas de Cynthia>>, es decir, que Venus -madre del amor- muestra unas fases cíclicas análogas a las de la Luna -Cynthia-. Y, de

nuevo, Kepler llegó a una solución diferente -<<En Júpiter hay una mancha roja que gira matemáticamente>>- y tan verdadera como de imposible contenido para el momento. ¡Hubo que esperar dos siglos y medio para que la mancha fuese descubierta!.

¿Qué probabilidad hay de que un anagrama de más de treinta letras admita, por puro azar, una segunda reordenación coherente?. Muy escasa. ¿Y de que, para colmo, el otro significado se corresponda con un hecho real y desconocido?. Prácticamente nula. ¿Y de que ello ocurra dos veces casi consecutivas?. Un milagro que queda para los enigmas de la historia.

CÍRCULO TERCERO

Los principios herméticos

(*El Código da Vinci*: Capítulo 56, páginas 296 a 298)

(*La Lápida Templaria*: Capítulos 9, páginas 79 a 81)

El método de trabajo de la por algunos denominada *Scientia Occulta* parte de cuatro premisas, surgidas del análisis de la realidad visible e invisible:

- X En el mundo que nos rodea, un gran número de hechos están gobernados por unas pocas leyes -la indagación sobre ellas es lo que preocupa fundamentalmente a la ciencia moderna-.
- X Dichas leyes están regidas, a su vez, por una reducida batería de principios - su estudio y conocimiento está en la base de la ciencia hermética-.
- X La triada <<principios - leyes - hechos>> descubre el mecanismo que funciona en los entresijos del Universo: para entender el por qué de los hechos que conforman nuestra realidad hay que descifrar las leyes que los regulan y, primero y sobre todo, los principios que imperan sobre tales leyes.
- X Los principios son las <causas primeras>> que explican el comportamiento del Cosmos y de cuanto en él ocurre. Las leyes conforman las <<causas segundas>>. Y las <<causas primeras>> gobiernan las <<causas segundas>> del mismo modo que éstas regulan los hechos cotidianos.

¿Cuáles son estos principios o <<causas primeras>>?. Enseña *El Kybalión* (Editorial Kier; Buenos Aires, 1969) que <<son siete los principios de la verdad: el que comprenda esto perfectamente, obtendrá la clave mágica ante la cual todas las puertas del Templo se abrirán de par en par>>. Son los siguientes, en la forma que el propio *Kybalión* sintetiza:

- X Principio del Mentalismo: <<El Todo es mente; el Universo es mental>> (el Círculo Primero de la Sabiduría contiene los conocimientos de los que deriva

este principio).

- X Principio de Vibración: <<Nada está inmóvil; todo se mueve, todo vibra>> (el Círculo Segundo muestra los saberes que lo aclaran).
- X Principio de Correspondencia: <<Como es arriba es abajo; como es abajo es arriba>> (recibe también el nombre de principio de reciprocidad o de analogía).
- X Principio de Polaridad: <<Todo es dual; todo tiene dos polos; todo, su par de opuestos. Los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado. Los extremos se tocan; todas las verdades son semiverdades; todas las paradojas pueden reconciliarse>>.
- X Principio de Ritmo: <<Todo fluye y refluye; todo tiene sus periodos de avance y retroceso; todo asciende y desciende. Todo se mueve como si fuera un péndulo, la oscilación pendular se manifiesta en todas las cosas. La medida de su movimiento hacia la derecha, es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda. El ritmo es la compensación; el ritmo es el equilibrio>>.
- X Principio de Causa y Efecto: <<Toda causa tiene su efecto; y todo efecto tiene su causa. Todo ocurre de acuerdo con este principio. La suerte o azar no es más que el nombre que se da a una ley desconocida. Hay muchos planos de causalidad, pero ninguno escapa a este principio>>.
- X Principio de Concepción: <<La concepción existe por doquier; el género está en todo. Todo tiene sus principios masculino y femenino; la concepción y el género se manifiestan en todos los planos>> (denominado, igualmente, principio de género)

El principio de concepción o género

El dualismo masculino - femenino entra de lleno en el ámbito de este último principio. Su contenido es cierto no sólo en el plano físico, sino, igualmente, en el mental y en el espiritual: ninguna creación escapa a su influencia, que actúa siempre en el sentido de generar, regenerar y crear. Y cada ser, en cualquier plano, contiene en sí mismo los dos componentes, masculino y femenino. El papel del elemento masculino es dirigir ciertas formas de energía hacia el femenino, poniendo en marcha, así, el proceso creador. Por su parte, el agente femenino es el único que ejecuta la labor activa de creación como tal. No obstante, los dos se necesitan mutuamente para la generación y aisladamente son incapaces de operar y acometer la tarea creadora.

En este orden, es vital no confundir género con sexo, pues el primero, en su

sentido hermético, y el segundo, en su acepción ordinariamente aceptada, no son lo mismo. Concretamente, la palabra género es de raíz latina y significa concebir, procrear, crear, producir. Y donde quiera que algo se genera o crea -sea en el plano que sea (material, espiritual o mental) y hasta en lo que se refiere a la creación de los mundos y el Universo-, allí está presente y activo el principio de género. En cambio, el sexo tiene un significado mucho más restrictivo y no es más que la manifestación material del género, limitándose a las distinciones físicas entre seres machos y hembras

Las enseñanzas herméticas identifican el principio masculino del género con lo <<positivo>> y el femenino con lo <<negativo>> (piénsese, por ejemplo, en la electricidad). Sin embargo, en la verdadera sabiduría ambos términos carecen de las connotaciones derivadas de su uso en el lenguaje vulgar, especialmente en lo relativo al polo negativo, comúnmente asociado a lo débil, frente a la fuerza y consistencia del positivo. Por ello, el hermetismo utiliza siempre el término femenino en lugar de negativo. Incluso numerosos científicos, para evitar semejantes distorsiones, prefieren emplear la palabra cátodo en vez de negativo: el cátodo o polo negativo es el principio matriz de los fenómenos eléctricos y de las más sutiles formas de materia hoy conocidas.

La ciencia actual no reconoce aún la validez universal del principio del género, aunque se aproxima rápidamente a su comprensión. Verbigracia, algunos investigadores han expuesto su convicción de que en la formación de los cristales opera alguna especie de actividad sexual. Otros comienzan a entrever que la ley de la gravitación, esa atracción por la que todas las partículas y cuerpos del Universo tienden unos hacia otros, actúa en el contexto del principio de género. Y particularmente interesantes al respecto son los avances científicos en el campo de la formación del átomo.

En cuanto al influjo del principio de género en el plano mental, la psicología insiste hoy en la idea de la dualidad mental, a través de un buen número de teorías sobre la naturaleza de esa <<doble mente>>: objetiva y subjetiva, consciente y subconsciente, voluntaria e involuntaria, activa y pasiva, etcétera. Una dualidad que la doctrina hermética conoce bien y explica por medio de la teoría del género en la mente, el género mental, con sus principios asociados del <<yo>> y el <<mí>>. En este marco, el principio masculino de la mente corresponde a la llamada mente objetiva, consciente, voluntaria o activa; en tanto que el principio femenino corresponde a la denominada mente subjetiva, subconsciente, involuntaria o pasiva.

Históricamente, el principio del género se manifestó en diversos dualismos, como el solar - lunar, en perpetua oposición, y dejó profunda huella en las religiones primitivas. Mas el ser humano tiende a abolir los dualismos, tiene anhelo de plenitud, quiere completarse, abarcar el Universo, entenderlo, dominarlo. Necesita ser, a la vez, masculino y femenino. Este deseo apuntado por las antiguas religiones lo ha confirmado hoy la psicología profunda.

Así, al comienzo, el dios hebreo Yavhé pugnaba con la diosa cananea Ashera, la sabiduría. Pero luego se casaron. Salomón, el gran sincretizador, logró concordar los dos principios y de este modo descubrió la mecánica de la creación. En siete años, construyó un templo rectangular de 55 metros de largo, 28 de ancho y 15 de alto. A la entrada colocó dos columnas, Jakim y Boaz, macho y hembra. Jakim es “yikkon”, <<el que se establecerá>>, el Sol. Y Boaz es <<en ella la fuerza>>, La Luna. Es la boda mística de los principios patriarcales y matriarcales que se reflejan también en el *Cantar de los Cantares*.

La representación ancestral de lo femenino y lo masculino tiene connotaciones astrológicas del dios-planeta Marte y la diosa-planeta Venus. El signo masculino lo representan dos líneas formando una punta y orientadas hacia arriba, mientras en el símbolo femenino miran hacia abajo. El primero se conoce usualmente como la <<espada>> y ostenta similitudes fálicas y agresivas -se utiliza aún en la actualidad en los uniformes militares para denotar rango-. El femenino significa lo contrario y se le conoce como el <<cáliz>>, pues se parece a una copa o recipiente y a la forma del vientre de la mujer, expresando fertilidad.

Cuando los sucesores de Salomón se apartaron del sincretismo, ganaron terreno las religiones patriarcales, como el judaísmo, el cristianismo y las religiones paganas grecorromanas. A partir de entonces, la tradición esotérica sincretista se transmitió como iniciación a la gnosis o conocimiento.

En el ostracismo de la feminidad han desempeñado un notabilísimo papel las cuestiones de poder. Muchas religiones modernas han estado interesadas en arrinconar la tradición de la divinidad femenina y su indudable importancia ancestral, llegando a zaherirla con inventos como el pecado original y la aparición de Eva como apéndice malvado de Adán, surgida de su costilla y arrastrando, a él y a toda la humanidad, hacia la perdición por probar la manzana del mal. O haciendo del Creador una figura masculina, en contraposición al concepto de mujer como dadora de vida que estuvo en la esencia de las antiguas religiones

En el proceso de reivindicación de la divinidad femenina perdida hay que situar el mito del Santo Grial. Se asocia a una copa, cuando en realidad es la representación metafórica de la divinidad femenina y, por extensión, aplicado al cristianismo, de una persona, de una mujer, María Magdalena, esposa de Jesús, y la descendencia que juntos tuvieron. Por tanto, el Santo Grial enlaza con ritos ancestrales paganos. La Iglesia nunca consiguió acabar con ellos y, paradójicamente, dentro de su propia estructura, círculos iniciáticos han aprovechado históricamente la virginización de la madre de Jesús para mantener la presencia de tales cultos y creencias, llegando incluso a participar activamente en la conformación del dogma de la <<Inmaculada Concepción>>. Un dogma que les ha servido para, subrepticamente, rescatar del olvido, primero, y otorgar protagonismo, después, a aquella divinidad femenina, diosa madre, fiel reflejo del ideal de Sabiduría y del principio hermético de género.

EL PENTÁCULO

(El Código da Vinci: Capítulo 6, páginas 52 a 56)

Feminidad y naturaleza

Los símbolos siempre han acompañado a la humanidad, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad. Su intenso uso no debe ocultar, sin embargo, que cuentan con la importante dificultad de su interpretación. No en balde, pretender mostrar a alguien lo que un determinado símbolo significa es tanto como aspirar a enseñarle que debería sentir al escuchar una sinfonía o al leer un poema. En última instancia, un símbolo representa algo diferente para cada uno. Con todo, los símbolos han desempeñado históricamente y juegan hoy un notable papel.

Entre los distintos símbolos heredados de antiquísimas culturas, el pentáculo merece una especial atención. Muy anterior al cristianismo y a la mayoría de las religiones, se encuentra directamente enlazado con el culto a la naturaleza y el principio hermético de género. Proviene de una época en la que la humanidad dividía el mundo en dos grandes mitades: la femenina y la masculina. Sus dioses y diosas actuaban para mantener el equilibrio de poder. Si se alcanzaba el equilibrio entre lo masculino y lo femenino -el “yin” y el “yang”-, la armonía reinaba en el mundo; en caso contrario, dominaba el caos. En este contexto, el pentáculo representa a la diosa del amor sexual femenino y, por lo mismo, la mitad femenina de todas las cosas, esto es, la <<divinidad femenina>> o <<venus divina>> estudiada como concepto por los historiadores de la religión.

Para entenderlo mejor, hay que tener en cuenta que, hace miles de años, el ser humano creía en el orden divino de la naturaleza. Por ello, el planeta Venus y la diosa de igual nombre conformaban una identidad. La diosa Venus -denominada, igualmente, La Estrella de Oriente, Ishtar, Astarte,...- ocupaba, así, un lugar en la bóveda celeste y estaba ligada al gran poder femenino y sus vínculos con la naturaleza y la Madre Tierra.

La elección del pentáculo para denotar ese poder y tales vínculos no es fruto de la casualidad. Se basa en la estrecha asociación gráfica existente entre el signo y el planeta: Venus, en su desplazamiento cósmico, traza, precisamente, un pentáculo

imperfecto cada ocho años. Los astrónomos y sabios de la antigüedad conocieron este hecho y convirtieron a Venus y su pentáculo en símbolos de perfección y belleza y síntesis de las propiedades cíclicas del amor sexual.

Por otra parte, los orígenes y el verdadero significado del pentáculo son completamente ajenos a su utilización en ritos satánicos. Esta circunstancia es consecuencia de la distorsión sobre sus connotaciones a lo largo de los siglos. Distorsión en absoluto casual y motivada, en lo fundamental, en el empeño que la Iglesia católica en borrar y desprestigiar todo los vestigios de las creencias que la precedieron. Desde su nacimiento, la Iglesia romana se marcó la estrategia de relacionar con el mal la globalidad de los signos y dioses y diosas antiguos, diluyendo sus fidedignas referencias. Fue así como se alteró el significado del pentáculo, del mismo modo, por poner otro ejemplo, que el famoso tridente de Poseidón se transfiguró en atributo del demonio.

A este respecto, resulta curioso constatar como también el término <<pagano>> se usa hoy frecuentemente con relación tanto al ateísmo como a prácticas satánicas. Mas ni lo uno ni lo otro se corresponden con la procedencia de la palabra, que proviene del latín "paganus" y cuyo tenor literal es <<habitante del campo>>. Una condición que, entre otras cosas, estaba ligada al mantenimiento de los antiguos cultos rurales relacionados con la naturaleza y extraños a la <<evangelización>>. Por ello, la Iglesia los trataba con desprecio, lo que también tuvo su reflejo lingüístico en el uso peyorativo de la expresión villano -habitante de la villa, del núcleo rural-.

En la cultura moderna han desaparecido casi la totalidad de las asociaciones entre Venus y la unión masculino-femenina. Pero no todas. Valga como botón de muestra la palabra venéreo. O el plazo -cada cuatro años- de celebración de las Olimpiadas, un tributo de la antigua Grecia a la magia de Venus y a su ciclo cósmico. Aún más, el pentáculo estuvo a punto de convertirse en el emblema oficial olímpico, pero fue sustituido por un círculo (aro), al entender los que tomaron la decisión que refleja mejor el espíritu olímpico de unión y armonía. La idea inicial fue ir añadiendo un nuevo aro por cada nueva edición de las olimpiadas. No obstante, el influjo del pentáculo y sus cinco puntas volvió a manifestarse cuando se abandonó este criterio y se adoptó el famoso emblema de los cinco anillos.

El principios de polaridad

Desde otra perspectiva, pero en conexión con lo hasta aquí expuesto, el pentáculo, por su ligazón a la dualidad femenino - masculino, también se ha utilizado por oposición para adentrarse en el principio hermético de polaridad. Un principio ligado a los problemas existentes para responder con exactitud a preguntas elementales acerca de conceptos que manejanos con absoluta soltura y rotundidad. Por lo mismo, tales interrogantes se constituyen en auténticas paradojas: ¿dónde termina la obscuridad y dónde comienza la luz?; ¿dónde el frío y dónde el calor?;

¿dónde lo pequeño y dónde lo grande?; ¿dónde lo bajo y dónde lo alto?. Obscuridad y luz, frío y calor, pequeño y grande, bajo y alto son algunos ejemplos de nociones que utilizamos cotidianamente plenos de seguridad, pero que no resisten la prueba del nueve de preguntas como las anteriores, que las hacen tambalearse conceptualmente.

Las enseñanzas herméticas resuelven semejantes paradojas a través del principio de polarización. Y, a partir de ahí, nos ayudan a poner de manifiesto la realidad del mundo que nos rodea, mostrando que la distinción existente entre cosas aparentemente opuestas es sólo cuestión de grado, más allá de lo cual no hay auténticas diferencias, tratándose, por tanto, de la misma cosa. Con base en ello, estados y formas, físicos y mentales, que parecen muy diversos, pueden ser transformados entre sí, pasando de uno a otro de acuerdo con nuestra voluntad. La tesis y la antítesis son idénticas en naturaleza, difiriendo sólo en grado. El espíritu y la materia no son más que polos de las mismas cosas, siendo los planos intermediarios cuestión de grados vibratorios.

Retomando el ejemplo del frío y del calor y observando un termómetro: ¿dónde empieza el frío y dónde el calor?. La temperatura es un concepto primario y sin ambivalencias y el termómetro un instrumento objetivo y sencillo para su medición. Pues bien, ¿dónde finaliza el frío y dónde se inicia el calor?. Por muchas vueltas que se dé a la respuesta, lo cierto es que la contestación a tal interrogante ha de ser abordada desde la comprensión de que frío y calor, por más que parezcan cosas radicalmente distintas, son, realmente, de idéntica naturaleza, siendo la diferencia entre ambos simple cuestión de grados.

Igual acontece, por poner otro botón de muestra, entre la oscuridad y la luz, que son polos de la misma cosa con muchos grados entre ambos. Y lo mismo sucede en el plano mental. Así, el odio y el amor, dos estados mentales estimados, por lo general, radicalmente distintos, son, en realidad, términos aplicados a los dos polos de la misma cosa con muchos grados entre ambos. El miedo y el valor y cualesquiera otros estados mentales aparentemente opuestos están sometidos a la misma regla. También el mal y el bien, que no son conceptos absolutos, sino extremos de la misma cosa

Pero el principio de polarización no se limita a evidenciar estas verdades, sino que va más allá, mostrando que es posible desplazarse de un polo a otro según nuestra voluntad, transformando de esta manera, verbigracia, las vibraciones de odio en vibraciones de amor o las de miedo en valor. Desde luego, las cosas de diferente clase no pueden transformarse unas en otras: el odio, por ejemplo, no puede transformarse en frío; ni el amor en obscuridad. Pero sí las de igual clase, siguiendo las líneas de polarización. El secreto radica en aplicar con inteligencia el arte de polarizar, una fase de la alquimia mental.

El conocimiento de este gran principio hermético permite comprender mejor los propios estados mentales, así como los de los demás. Gracias a él se comprende

que esos estados son puramente cuestión de grados. Y que es perfectamente posible elevar las vibraciones interiores a voluntad, cambiando su polaridad, haciéndose uno dueño de sus pensamientos. Un conocimiento que hace factible, además, ayudar a los demás, cambiando, mediante los métodos apropiados, su polaridad. Como señala *El Kybalión*:

X <<Para destruir un grado de vibración no deseable, póngase en operación el principio de polaridad y concéntrese la atención en el polo opuesto al que se desea suprimir. Lo no deseable se mata cambiando su polaridad>>.

Un axioma para cuya comprensión es muy útil el símil de la habitación oscura: no se pierda el tiempo tratando de arrojar afuera la oscuridad, ábranse las ventanas, déjese entrar la luz y la oscuridad desaparecerá por sí sola. Igualmente, para eliminar una cualidad negativa hay que concentrarse sobre el polo positivo de esa misma cualidad, con lo que las vibraciones cambiarán gradualmente de negativas en positivas. La inversa también es cierta y muchos experimentan el dolor por empeñarse en vibrar, consciente o inconscientemente, en el polo negativo de las cosas.

X <<La mente, así como los metales y los elementos, pueden transmutarse de grado en grado, de condición en condición, de polo a polo, de vibración en vibración>>.

Dominar la polaridad significa controlar los principios de la transmutación o alquimia mental. Y salvo que se adquiriera el arte de cambiar la propia polaridad, no se podrá afectar el ambiente que nos rodea. Comprendiendo este axioma podemos cambiar nuestra propia polaridad y la de los demás.

EL NÚMERO "PHI"

(El Código da Vinci: Capítulo 20, páginas 122 a 124)

La <<Divina Proporción>>

Las matemáticas incluyen el estudio de números singulares como el famoso "Pi" y el no menos interesante, aunque menos conocido, "Phi", cifrado normalmente, por simplificar, en 1,618 -realmente, cuenta con un largo listado de decimales- y considerado frecuentemente como el dígito más hermoso de la infinita constelación matemática.

Para empezar, hay que reseñar que el número "Phi" tiene una relación directa con la célebre secuencia de Fibonacci:

1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89,....

Esta serie numérica ostenta la peculiar característica de que la adición de los dos dígitos precedentes da como resultado el siguiente:

$$1+2 = 3$$

$$2+3 = 5$$

$$3+5 = 8$$

$$5+8 = 13$$

$$8+13 = 21$$

$$13+21 = 34$$

$$21+34 = 55$$

etcétera

Y, en lo que aquí más interesa, ofrece, igualmente, la curiosidad de que los conscientes de los dígitos precedentes tienden a tener como resultado precisamente el número "Phi":

$$2/1 = 2,000$$

$$3/2 = 1,500$$

$$5/3 = 1,666...$$

$$8/5 = 1,600$$

$$13/8 = 1,625$$

$$21/13 = 1,615...$$

$$34/21 = 1,619...$$

$$55/34 = 1,617...$$

etcétera

Mas la notoriedad de "Phi" va más allá de esta interconexión con la secuencia Fibonacci y obedece, sobre todo, al sorprendente papel que juega en el diseño y estructuración interna de la naturaleza. Y es que las características dimensionales de seres humanos, animales o plantas se ajustan con asombrosa exactitud a la razón (cociente, división) de "Phi" a 1, esto es, a 1,618.

Sin ánimo de exhaustividad y comenzando por el ser humano, es sencillo constatar -Leonardo da Vinci fue el primero en hacerlo con detalle- que nuestro cuerpo está conformado por bloques constructivos cuya razón es siempre idéntica a "Phi". Algunos ejemplos:

	Altura del cuerpo (distancia entre el suelo y la parte más alta de la cabeza)	=
		=
Phi	Altura de ombligo (distancia entre el ombligo y el suelo)	
		=
Phi	Extensión de la pierna (distancia entre la cadera y el suelo)	
		=
Phi	Altura de la rodilla (distancia entre la rodilla y el suelo)	
		=
Phi	Extensión del brazo (distancia entre el hombro y la punta de los dedos)	
		=
Phi	Extensión del antebrazo y mano (distancia entre el codo y la punta de los dedos)	

Y, así , las divisiones vertebrales, las articulaciones de las manos y de los pies, etcétera. "Phi", siempre "Phi". Lo que explica que, en todas las épocas, "Phi" haya sido ensalzado por matemáticos, pintores, músicos, ingenieros y arquitectos. Entre estos últimos, hay que destacar a Marcos Vitrubius, que subrayó el papel de "Phi" en su obra "De Arquitectura" y en cuyo honor Leonardo da Vinci dio nombre a *El hombre de Vitrubio*, el famoso desnudo masculino estimado como el dibujo de anatomía más acabado de la historia.

En el caso de los animales, son muchísimos los exponentes de la pasmosa ubicuidad de "Phi". Valgan dos botones de muestra: si en un panal de abejas se divide el número de hembras por el de machos, el resultado, invariablemente, será "Phi", sea cual sea el panal y en cualquier parte del mundo; y también obtendremos 1,618 si tomamos cualquier nautilo -moluscos cefalópodos que, para equilibrar su flotación, se inyectan gas en su caparazón compartimentado- y dividimos el

diámetro de cada tramo de su espiral con el siguiente.

Y lo mismo ocurre, por fin, en el mundo de las plantas. Verbigracia, en las pipas de girasol, que crecen en espirales opuestas, la razón entre el diámetro de cada rotación y el siguiente es "Phi". Y "Phi" se halla, igualmente, en la distribución de hojas en ramas, en las piñas piñoneras, etcétera.

Esta colosal presencia de "Phi" no puede deberse a la casualidad y se adentra en el campo de los enigmas que nos rodean. Hasta el punto de que, desde hace milenios, el número ha sido rodeado de una aureola mística, pensándose que había sido predeterminado por el Creador. Por ello, los primeros científicos denominaron a "Phi" la <<Divina Proporción>>.

El mundo del arte no ha sido ajeno a todo ello y desde hace miles de años el número "Phi" tiene un sitio predominante en la pintura -Durerro, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, y otros muchos lo han utilizado de manera deliberada y rigurosa-, la música -"Phi" se halla en la ubicación de los oídos o efes en los violines de Stradivarius, en las estructuras básicas de las sonatas de Mozart, en la 5ª Sinfonía de Beethoven, en las obras de Bartók, Debussy, Schubert,...- o la arquitectura -el dígito "Phi" se encuentra en las pirámides de Egipto, en el Partenón griego y hasta en el moderno edificio de Naciones Unidas en Nueva York-.

Lo cierto es que "Phi" parece indicar que, bajo el aparente caos del Universo, subyace un orden. Un orden articulado en torno a una arquitectura geométrica inmaterial y abstracta -derivada, según la sabiduría hermética, de la base vibratoria que está en la esencia de un Universo de origen mental- que tiene en "Phi" una de sus más curiosas manifestaciones externas. Y un orden presente y activo en una naturaleza bella y armoniosa -en la que el ser humano se integra como un componente más- pensada y querida para vivir en equilibrio y felicidad.

Asociación entre perfección y "Phi" que ha sido simbolizada desde tiempos antiguos en el pentáculo o pentagrama, dado que sus líneas se dividen automáticamente en segmentos y la razón de todos ellos equivale a 1,618. Por esto, el pentáculo se ha convertido en la máxima expresión de la <<Divina Proporción>>, signo de la belleza y la armonía ligado la Diosa y a la divinidad femenina.

El principio de correspondencia o reciprocidad

Junto a todo lo cual no debe pasar desapercibido la interconexión entre "Phi" y la analogía, y, por ende, el principio hermético de correspondencia o reciprocidad. Un principio basado en una idea central: al igual que las leyes matemáticas y físicas permiten al ser humano percatarse de la identidad y las características de realidades que están fuera de su alcance directo, de manera similar y utilizando el conocimiento de la analogía es factible razonar con inteligencia desde lo conocido a los desconocido, solucionando muchos de los más complicados problemas y paradojas

de la naturaleza y la existencia.

Todo cuanto hay en el Universo emana de la misma fuente, por lo que los mismos principios, leyes y características son aplicables a cada unidad o combinación de unidades de actividad, conforme cada una manifiesta su propio fenómeno en su propio plano. Con base en ello, hay siempre correspondencia entre las leyes y los fenómenos de los distintos estados de existencia, armonía y concordancia entre los diversos planos de manifestación de la vida. Se trata de un principio de aplicación universal en los diversos planos -material, mental y espiritual- del cosmos: <<como es arriba es abajo; como es abajo es arriba>>.

Un plano o grado es más que un estado o condición y no es un lugar o una dimensión (largo, ancho, alto) en el sentido ordinario. Aunque posee cualidades comunes a estados y lugares, se corresponde más bien con lo que la ciencia moderna comienza a definir como Cuarta Dimensión y que, conforme a las enseñanzas herméticas, está asociada a la vibración. Más específicamente, todas las cosas vibran; todas las manifestaciones de vida, en cualquiera de sus formas, vibran. Desde la más elevada a la más baja en la escala de la vida. Lo hacen, además, de diferente manera, con diversos niveles de intensidad que constituyen los grados de esa Cuarta Dimensión. Y cada uno de estos grados de intensidad vibratoria conforma un plano: cuanto más elevado es el grado de vibración, tanto más elevado es el plano. Del átomo a los entes espirituales, pasando por la mente humana, no son más que grados de una sola y misma escala y todos son fundamentalmente los mismos, siendo la diferencia sólo cuestión de grado y de intensidad vibratoria.

Teniendo en cuenta lo anterior, el Universo puede dividirse en tres grandes grupos de grados de vida en manifestación, conocidos como los Tres Grandes Planos: el Físico, el Mental y el Espiritual. Estas divisiones abarcan desde los niveles más inferiores de la materia indiferenciada a los más superiores de la existencia espiritual. Se trata, no obstante, de divisiones artificiales, válidas a los solos efectos de facilitar el estudio científico, dado que no son sino grados ascendentes en la gran escala de la vida y los diferentes planos se diluyen los unos en los otros, sin que pueda fijarse una división firme y nítida.

Cada una de estas tres categorías se subdivide en siete planos menores y cada uno de ellos, a su vez, en otros siete. Y en todos ellos rigen plenamente, de acuerdo con el principio de reciprocidad, los siete grandes principios herméticos: mentalismo, reciprocidad, vibración, polaridad, ritmo, causa y efecto y género.

El Gran Plano Físico comprende el conjunto de fenómenos del Universo que se refieren a las cosas y manifestaciones físicas y las diversas formas de lo que conocemos como materia, energía o fuerza.

El Gran Plano Mental está compuesto por la globalidad de las cosas vivientes, conocidas o no por el ser humano. También se subdivide en siete planos menores, subdividido cada uno, a su vez, en otros siete. El VII plano menor es el de la Mente

Humana, constituido por las manifestaciones de la vida y mentalidad asociadas al ser humano, en sus varios grados y divisiones. Concretamente, el ser humano actual ocupa la cuarta de las siete subdivisiones de este plano menor. Cientos y cientos de miles de años ha empleado la raza humana para llegar a este estadio y muchos años más tardará en lograr las subdivisiones sexta y séptima. Pero ha habido razas anteriores a la nuestra que han pasado por esos grados y, después, más allá de ellos. De hecho, somos la quinta raza -o, como mucho, los rezagados de la cuarta- en recorrer el sendero. Sin menoscabo de lo cual, ha habido unos pocos seres de nuestra raza que han alcanzado subdivisiones superiores.

En cuanto al Gran Plano Espiritual, se trata de un mundo difícilmente comprensible para la humanidad. De modo sumamente vago, puede afirmarse que los siete planos menores del Gran Plano Espiritual, cada uno de los cuales tiene las usuales siete subdivisiones, comprenden seres tan superiores al ser humano actual como éste respecto a los insectos. Su vida trasciende tanto de la nuestra que no estamos en situación ni de reflexionar sobre algunas de sus características. Su mente es tan elevada que, ante ella, nosotros apenas si pensamos y nuestros procesos mentales más parecen procesos materiales. Su naturaleza y la materia que conforma sus cuerpos pertenecen a una escala tan superior que algunos están envueltos por pura energía.

Es muy importante subrayar que estas entidades espirituales ejercen su influencia libre y poderosamente en la obra cósmica y sobre su evolución. Igualmente y aunque de forma esporádica, han influido, influyen e influirán en el desarrollo humano. Su intervención ocasional y su auxilio directo en nuestros asuntos han sido, de hecho, origen de múltiples leyendas, creencias, religiones y tradiciones que permanecen vivas entre nosotros.

En cualquier caso, también los entes espirituales son creaciones mentales y están sujetos a los principios y leyes universales, siendo mortales, aunque en un sentido distinto al nuestro. Podemos llamarlos dioses para aproximarnos a su esencia y características, pero son más bien nuestros hermanos mayores: las almas avanzadas que han sobrepasado a sus compañeras y que han resucitado temporalmente al éxtasis de la absorción por la única Identidad Universal para poder ayudar a los demás seres en su elevación en el camino de la vida.

Un camino en el que también rige el principio del ritmo para aquellos seres que, habiendo gozado de grandes poderes espirituales, los emplearon con maldad, esto es, con fines contrarios a los que corresponden al deseo de elevarse permanente por la escala de la vida. Y es que las entidades que viven en los planos menores del Gran Plano Espiritual también pueden caer en el mal, a través, fundamentalmente, enseñan los maestros místicos, de la lucha interesada por el poder, lo que les ocasiona inevitablemente la pérdida de su equilibrio espiritual y la caída por la escala tan abajo como habían ascendido.

Tales seres se forjan, así, un destino terrible y la oscilación del péndulo actúa

inexorablemente sobre ellos, retrocediendo en grado de intensidad vibratoria y capacidad espiritual y precipitándose hacia el otro extremo de la existencia material, desde cuyo punto tienen que volver a hacer el mismo sendero, a lo largo de sus múltiples espirales, pero siempre con el recuerdo vibrante, a modo de <<castigo>>, de las cumbres desde las que cayeron debido a su obrar incorrecto.

Esta verdad hermética es la base de las creencias en ángeles caídos que abundan en las religiones, en concepciones como Satanás, Belcebú, el Diablo, Lucifer y un amplio etcétera. Y lo que hay detrás de ella, el posible uso perverso de los poderes que se alcanzan en los planos espirituales, motiva que el conocimiento acerca de estos planos haya sido mantenido en estricta confidencialidad, guardado en la más secreta cámara del Templo, en el Santuario de los Santuarios de todas las fraternidades esotéricas y órdenes ocultas.

<<LA CRUZ GRIEGA>>

(El Código da Vinci: Capítulo 33, Páginas 182 y 183)
El mensaje simbólico de la cruz

La cruz es uno de los grandes símbolos de la espiritualidad y ha sido utilizada por la humanidad a lo largo de los siglos. Por ello, es un buen exponente de la convicción milenaria acerca de que la comunicación del conocimiento metafísico puede y debe efectuarse por medio de los signos, que sirven de apoyo a la intuición de los que meditan acerca de ellos.

No en balde, mientras que el lenguaje es racional, el simbolismo es intelectual y sensitivo. Los símbolos no deben ser explicados, sino comprendidos. Hay que meditar sobre ellos para intuir espiritualmente el orden de la realidad a la que aluden indirectamente. El símbolo, cuando se confunde con la realidad que expresa, es fuente de ilusión; pero cuando es reconocido como expresión de ella, es una vía útil que puede conducir hacia una realidad trascendente.

Enunciado sintéticamente, existen dos grandes tipos de símbolos. Por un lado, los universales o naturales, que aparecen en la naturaleza de las cosas y pertenecen al origen de la humanidad. Son los símbolos que están en el inconsciente colectivo. Y por otro, los particulares, que varían según las tradiciones, por más que también tengan su engarce con ese inconsciente colectivo.

El Universo está pleno de símbolos que, si pudieran ser descifrados, conducirían al ser real. René Guénon, en *Consideraciones sobre la vía iniciática*, destaca al respecto: <<las cosas que aparecen son sólo reflejos, hay que ir más allá de la razón>>. Verdaderamente, en las representaciones simbólicas lo importante no es lo representado como tal, sino lo que eso va a desencadenar en nuestro interior. Pero se precisa un estado interior especial para comprender el signo y lo que éste desencadenará.

Los iniciados de hoy y de siempre valoran la importancia y la trascendencia de esta materia para alcanzar estados mentales especiales. Y saben, igualmente, la inutilidad de operar con símbolos sin comprender su significado exacto y sin estar preparados para su uso. La entidad y cualidad metafísica de los ritos se mantienen ocultas e inactivas para el que desconoce su simbolismo.

El iniciado, en cambio, es plenamente consciente de que los símbolos le ayudan a transitar el camino de la trascendencia, pues constituyen realidades contenidas en el interior de las cosas, expresan lo universal de la creación y lo particular de determinadas tradiciones.

Saberes que afectan de lleno al signo de la cruz, uno de lo más conocidos y cuyo poder espiritual y sensorial ha sido comprendido y utilizado desde la noche de los tiempos.

Sin embargo, hay que subrayar el hecho de que el mensaje de la cruz va mucho más allá del que es propio de la Iglesia católica, que la ha convertido en su máximo referente. Y es que la cruz tomada como referente por el cristianismo es la calificada como <<latina>>, con brazos de tamaño dispar, que la hacen más larga que ancha, y está asociada a su uso por los romanos como instrumento de crucifixión. De hecho, las palabras cruz y crucifijo derivan del verbo latino “cruciare”, que significa torturar. Lo cierto es que el cristianismo oficial, en su afán por asumir ritos y cultos precedentes y ajustarlos a sus intereses, adoptó la cruz milenaria, que es la <<cruz griega>>, y tergiversó su significado y su propia forma.

La llamada <<cruz griega>> tiene cuatro brazos de idéntica longitud cada uno. Pero no es su forma, sino su simbología lo que la diferencia realmente de la <<cruz latina>> cristiana. Para empezar, la <<griega>> es señal de paz (el mismo tamaño de sus cuatro brazos la hace poco práctica para las crucifixiones) y de armonía y perfección, lo que se expresa en el equilibrio de sus travesaños horizontal y vertical. Igualmente, se ha asociado desde tiempos remotos a la unión natural entre lo masculino y lo femenino.

Mas, sobre todo, la <<cruz griega>> recoge en su diseño de dos travesaños homogéneos los conceptos ancestrales de exaltación y amplitud (“urûj” e “inbisât”), utilizados por la antigua sabiduría como reflejo de los principios herméticos de polarización y género y, muy especialmente, del propio origen de mundo y del Universo. Un origen entendido como acto y proceso de creación mental: concentración en la idea misma de la creación, expansión o explosión a partir de la misma y retorno o absorción hacia el origen.

Reflexiones que asocian, igualmente, el símbolo de la cruz con los principios herméticos de ritmo, por una parte y de causa efecto, por otra.

El principio de ritmo

En lo relativo al principio de ritmo, constata que siempre hay una acción y una reacción, un avance y un retroceso, una ascensión y un descenso, una oscilación medida, un movimiento semejante al del péndulo. Es un principio de aplicación universal y rige para todos: soles, civilizaciones, animales, vegetales, materia, fuerzas, energía, mente y hasta el mismo espíritu. Lo mismo se muestra en la creación como en la destrucción de los mundos, en el progreso como en la decadencia de los pueblos y naciones, en la historia de la vida de la totalidad de las cosas y en los estados mentales del ser humano. La oscilación pendular es evidente por doquier. El péndulo universal está siempre en movimiento. Y su impacto en las actividades mentales de la persona explica la gran variación y sucesión de sus sentimientos y estados de ánimo.

El principio de ritmo está estrechamente relacionado con el de polaridad. No en

balde, el ritmo se manifiesta entre los dos polos establecidos por el principio de polaridad. Ahora bien, esto no significa que la oscilación rítmica haya de ir siempre, forzosamente, hasta los extremos de cada polo. Es más, esto ocurre en contadísimas ocasiones. Y la medida de la oscilación hacia un polo es la misma que la de la oscilación hacia el otro. La doctrina hermética conoce esto último como ley de compensación. Ella hace que la oscilación en una dirección determine otra oscilación en sentido contrario, equilibrándose mutuamente. El péndulo que hace una oscilación corta hacia la derecha, hace otra oscilación corta hacia la izquierda; si la oscilación hacia la derecha es grande, la oscilación hacia la izquierda también lo será.

Esta ley es constante en el plano físico y rige, igualmente, en los estados mentales: el ser humano que es capaz de gozar agudamente, también es capaz de sufrir con intensidad; el que sólo es capaz de escaso dolor, sólo podrá gozar de escaso placer. Además, en esta materia el negativo precede al positivo. Por tanto, el placer es la oscilación rítmica originada por un grado de dolor experimentado previamente, bien en la vida actual o en encarnaciones anteriores. Esto arroja una nueva luz sobre el problema del dolor. Las enseñanzas herméticas abogan por la doctrina de la reencarnación y llevan a estimar cada vida del ser como el eslabón de una única cadena de vidas, como simple parte de una sola vida continúa. Y la oscilación rítmica opera en la vida continúa, en la cadena de vidas, más allá de un eslabón de vida concreto.

¿No hay manera de escapar al principio de ritmo y su secuencia pendular?; tras experimentar placer, ¿no hay forma de evitar el dolor?; tras haber logrado un nivel de desarrollo espiritual, ¿no hay modo de mantener lo conseguido y ampliarlo permanentemente, sin nuevas regresiones y pasos atrás?. Efectivamente, la sabiduría secreta, poniendo de manifiesto la validez universal del ritmo, también enseña métodos y procedimientos para escapar a su influjo englobados en el llamado proceso mental de neutralización. Por medio de él no se anula el principio ni se impide que opere, cosas imposibles, pero sí se logra evitar sus efectos hasta un cierto grado, que dependerá del dominio y desarrollo espiritual de cada uno.

Se trata de actuar siguiendo el ejemplo de los iniciados en la ciencia hermética. Éstos se polarizan a sí mismos en el punto en el que quieren permanecer, neutralizando con su control mental la oscilación rítmica pendular que pugna por llevarlos hacia el otro polo. De hecho, así actúan, consciente o inconscientemente y aún desconociendo las enseñanzas herméticas, los seres humanos que han adquirido cierto nivel de dominio personal. La diferencia radica en que los iniciados lo hacen de modo absolutamente consciente y consiguiendo, por el sólo poder de su voluntad, un grado de estabilidad y firmeza mental imposible de entender por la mayoría de la gente, que vive sus días en un continuo movimiento ondulatorio, impulsada por ese principio de ritmo.

Más específicamente, los iniciados se substraen al movimiento pendular por medio de la transmutación mental y en el conocimiento de que existen dos planos generales de conciencia -el inferior y el superior- y que es posible elevarse al plano

superior -el plano consciente- para escapar de la oscilación pendular que rige en el inferior -el plano inconsciente-, pues la oscilación del péndulo se produce en el plano inconsciente y la conciencia no queda, por consiguiente, afectada. La operación consiste, por tanto, en elevarse sobre las vibraciones del plano inconsciente de la actividad mental, de manera que la oscilación negativa del péndulo no se manifieste en la conciencia y no quede uno afectado por ella. Lo importante es comprender que la fuerza de la voluntad es muy superior a la manifestación consciente del principio de ritmo, aunque, desde luego, el principio mismo nunca puede ser destruido. Nos podemos abstraer a sus efectos, pero el principio actuará inexorablemente y con aplicación universal.

El principio de causa y efecto

Pasando ahora al principio de causa y efecto, el diccionario de la lengua define la casualidad como <<acontecimiento imprevisto cuya causa se desconoce>>. Ahora bien, ¿existen realmente las casualidades?. La sabiduría secreta afirma, rotundamente, que no: efectivamente, suceden cosas sin que sepamos su porqué, pero que desconozcamos las causas no significan que las mismas no existan. La casualidad es un cajón de sastre donde escondemos nuestra ignorancia; un concepto vago e impreciso concerniente a causas oscuras, a causas que no queremos o no podemos percibir o comprender. Ante ello, la reflexión, la meditación y la investigación son instrumentos sumamente útiles para, desde la negación de las casualidades, tirar del hilo de la cadena de causas que hay detrás de cada hecho y para evaluar y aún predecir sus efectos. Una cadena que es continua, sin solución de continuidad.

En la antigua Grecia, Aristóteles señaló que <<hay que buscar la raíz de las cosas>>, sin conformarse con lo superficial o aparente ni con la interpretación más cómoda, que suele consistir en achacar a la suerte o azar la razón de los acontecimientos. Abundando en lo cual, el propio Aristóteles añadió que <<la causa de la causa es causa de lo causado>>. Una sencilla aseveración de enorme calado práctico para la vida cotidiana y para poner en evidencia lo que llamamos casualidad. El saber hermético es que todo suceso tiene su causa y su porqué. Nada, por tanto, ocurre sin causa o, mejor expresado, sin una cadena de causas. Y si las causas son las mismas causas, idéntico será siempre el resultado.

No obstante, de lo expuesto no debe deducirse que los seres somos meros autómatas perdidos en el ciclo ciego de causas y efectos. Como enseña la doctrina hermética, podemos emplear la ley contra las leyes en el conocimiento de que lo superior siempre prevalecerá contra lo inferior. En nuestra condición pasajera de seres humanos, podemos actuar así, convirtiéndonos en causas, en vez de en efectos y apoyándonos en ello para evolucionar en la escala de la vida, donde llegará el momento en el que podremos evadirnos de todas las leyes fenomenales.

La mayoría de los seres humanos cuentan con escaso libre albedrío y están

limitados, en mayor o menor medida, por la herencia genética, el medio ambiente, la educación y las opiniones, costumbres e influencias del mundo externo, así como por sus propias emociones y sentimientos. No tienen dominio de sí mismos, aunque, paradójicamente, rechazan esto con indignación: <<yo hago lo que quiero>>, <<actúo y vivo con libertad y haciendo lo que me gusta>>. Pero no pueden explicar de dónde viene ese <<quiero>> o ese <<me gusta>>. No tienen ni idea de lo que les hace <<querer>> una cosa con preferencia a otra; ni de cuáles son las razones de sus <<gustos>> y necesidades.

Las enseñanzas herméticas ayudan al ser humano a alcanzar el <<querer-querer>>, en lugar de querer por sugestión de algún sentimiento o emoción o por influencia del mundo exterior. La transmutación mental y el arte de polarizar, examinados en apartados anteriores, son valiosísimos apoyos al respecto. Y, desde el punto de vista del principio hermético que aquí ocupa, se trata de situarse mentalmente en el plano superior para convertirse en causas, en vez de en efectos.

En relación con todo lo cual, la ley del uso de la Sabiduría hace aconsejable que se resuma todo lo anterior en estas dos afirmaciones de *El Kybalión* :

X <<Nada escapa al principio de causa y efecto, pero hay muchos planos de Causación y uno puede emplear las leyes del plano superior para dominar a las del inferior>>.

Comprendiendo la práctica de la polarización, es posible elevarse al plano superior de causación, equilibrando así las leyes de los planos inferiores. Elevándose sobre el plano de las causas ordinarias se convierte uno en una causa, en vez de ser un simple efecto. Pudiendo dominar los sentimientos y emociones propias y neutralizando el ritmo, se puede rehuir gran parte de las operaciones de la ley de causa y efecto en el plano ordinario. Elevándose sobre esas causas, se busca un plano de acción mental superior. Y dominando las propias cualidades, se crean un nuevo carácter, cualidades y poderes, mediante los que sobreponernos al ambiente ordinario, haciéndonos así directores en vez de dirigidos.

X <<El sabio sirve en lo superior, pero rige en lo inferior. Obedece a las leyes que están por encima de él, pero en su propio plano y en las que están por debajo de él rige y ordena. Sin embargo, al hacerlo forma parte del principio en vez de oponerse al mismo. El sabio se sumerge en la Ley y, comprendiendo sus movimientos, opera en ella en vez de ser su ciego esclavo. Semejantemente al buen nadador, va de aquí para allá, según su propia voluntad en vez de dejarse arrastrar como el madero que flota en la corriente. Sin embargo, el nadador y el madero, el sabio y el ignorante, están todos sujetos a la ley. Aquel que esto comprenda va en el buen camino que conduce al Iniciado>>.

Recuerdese que la verdadera transmutación hermética es un arte mental. El Universo, que es totalmente mental, sólo puede ser dominado mediante la mentalidad. Este es el principio de la substancialidad mental del Universo. Si

éste es mental, en su naturaleza intrínseca, fácilmente se deduce que la transmutación mental debe modificar y transformar las condiciones y los fenómenos del Universo y que la mente debe ser el mayor poder que pueda afectar a sus fenómenos.

"HIEROS GAMOS"

(El Código da Vinci: Capítulo 74, páginas 382 a 386)

La sabiduría procedente de tiempos inmemoriales -la de los egipcios y caldeos, la de Hermes, Moisés y Abraham- enseña que en cada ser o cosa, bajo la realidad

material, efímera y finita que percibimos con nuestros sentidos, se halla una realidad subyacente de carácter inmutable e infinito. Es el atmán del que habla, por ejemplo el hinduismo y al que, con una u otra denominación, se refieren la práctica totalidad de las religiones. Los Círculos Primero y Segundo de la sabiduría abordan con profundidad su por qué, origen y naturaleza

Conscientes de que nuestro pensamiento, nuestra mente mortal, sometida a los condicionante y limitaciones de nuestros sentidos, impide que percibamos ese atmán, haciendo de auténtico muro que nos separa de él, sabios e iniciados de todas las épocas han procurado y logrado saltar el mismo, romper las cadenas de nuestro pensamiento y sensibilidad finitos, y llegar al atmán que mora en cada uno, establecerse en él. Ese ha sido el objetivo de los místicos de todos los tiempos y de cualquiera de las religiones.

Para satisfacer tal objetivo, desde la antigüedad se han buscado procedimientos y métodos que ayuden al respecto, desde la meditación y la oración a las prácticas respiratorias, pasando por un amplio conjunto de técnicas, tanto individuales como colectivas. Entre éstas se encuentra el “Hieros Gamos”.

La expresión procede del griego y significa <<matrimonio sagrado>>. Con ella se nomina una liturgia de varios milenios de antigüedad en la que los participantes persiguen establecerse, aunque sea de modo fugaz, en el atmán que mora en todo ser y cosa y es parte de la única Identidad Universal o Unidad Divina. Para ello, como otros métodos y ceremoniales, el “Hieros Gamos” busca que las personas que lo practican salten la barrera que representa nuestra mente mortal mediante el procedimiento de liberarla de toda carga y dejarla inerte por un momento, vaciándola de todo contenido, idea o pensamiento.

Lo que distingue al “Hieros Gamos” de cualquier otro procedimiento es la pértiga, valga el símil deportivo, que utiliza para dar semejante salto: el impacto y los efectos del gozo sexual. Para ello se acomete un ceremonial que pivota en las relaciones físicas entre los participantes, mujeres -ataviadas con gasas blancas y zapatos dorados- y hombres -con túnicas y zapatos negros- que guardan el anonimato bajo mascarar. Sin embargo, aunque su manifestación externa sean las relaciones corporales entre los ceremoniantes para alcanzar el éxtasis sexual, el “Hieros Gamos” es un acto de alto contenido espiritual y poco o nada tiene que ver con la imagen mostrada en películas como *Eyes wide shut* -donde un puñado de neoyorkinos de clase alta dan rienda suelta a su “snobismo”-.

El placer provocado por el orgasmo es el medio, no el fin. La meta verdadera es que los participantes se imbuyan, aunque sea por un instante, en la única realidad auténticamente existente que mora en su interior, introduciéndose, así, en el plano de la divinidad que se halla subyacente en todos los seres y cosas -<<el reino de Dios está dentro de vosotros>> (san Lucas, 17,21)-.

Antiguamente, las relaciones sexuales, además de su lógico contenido material,

se entendían también como procedimiento idóneo para experimentar a Dios. Eran tiempos en los que el principio hermético de género estaba muy presente en el quehacer cotidiano y en la manera de interpretar el mundo. Una de sus manifestaciones consistía en la creencia de que el varón es espiritualmente incompleto hasta que tiene conocimiento carnal de la divinidad femenina, siendo la unión física con la mujer su único medio para llegar a la plenitud espiritual y adquirir finalmente la gnosis, el conocimiento de lo divino. De este modo, desde los días de Isis, los ritos sexuales se consideraron puentes a disposición del ser humano para dejar la tierra y alcanzar el cielo. En su comunión con la pareja, el ser humano puede alcanzar un instante de clímax, en el que su mente queda totalmente en blanco, y <<ver-sentir>> a Dios.

Mediante la comunión sexual, se consigue un momento en el que la mente queda totalmente libre y el hombre o la mujer ven a Dios, en el sentido de trascender del cuerpo, de su materialidad, para sentir la presencia del atmán. Desde un punto de vista fisiológico, el clímax se acompaña de unas fracciones de segundo desprovistas de pensamiento, un brevísimo vacío mental, un momento de clarividencia durante el que puede adivinarse el atmán interior y disfrutar de su presencia divina. Los gurús alcanzan estados similares de vacío de pensamiento mediante la concentración y suelen describir el Nirvana como un orgasmo sin fin.

En la antigüedad, el sexo se comprendía de una manera muy distinta a la actual. El sexo engendra la vida, el milagro más extraordinario, y los milagros son patrimonio de los dioses. La capacidad de la mujer para albergar vida en su seno la convierte en sagrada, divina. La relación sexual constituye la unión de las mitades del espíritu, la masculina y la femenina, a través de la cual el ser humano puede obtener la plenitud espiritual y la comunión con Dios. En este conocimiento se basa el "Hieros Gamos" que, lejos de cualquier tipo de perversión, es una ceremonia sacrosanta.

No sólo el Egipto antiguo practicó esta clase de ritos, también otras culturas y tradiciones la incluyeron en su mística, entre ellas, por ejemplo, la hebrea primitiva. Los primeros judíos creían que el "Sanctasanctórum" en el Templo de Salomón albergaba no sólo a Dios, sino a su poderosa equivalente femenina, la diosa Shekinah. Los hombres que pretendían la plenitud espiritual acudían al templo a visitar a las sacerdotisas, "hieródulas", con las que hacían el amor y experimentaban lo divino a través de la unión carnal. El tetragramaton judío YHVH, que subyace en el "Shem Shemaforash" o <<Nombre Secreto de Dios>>, deriva de una andrógina unión física entre el masculino Jah y el femenino Havah, la denominación prehebraica de Eva.

La Iglesia oficial, tras su constitución como tal, al igual que otras grandes religiones, percibió como una seria amenaza para su poder el uso del sexo para comulgar directamente con Dios. Tal práctica, como otras que se afaná en perseguir y desvirtuar, la relegaba a una posición francamente secundaria y, lo que es aún más grave, deslegitimaba su papel de exclusivo vehículo hacia Dios. Por ello, el

cristianismo y las religiones modernas optaron por satanizar el sexo, convirtiéndolo en un acto pecaminoso y sucio e intentando convencernos de que temamos nuestro deseo sexual como a la propia mano del demonio. La sabiduría heredada de tiempos atrás y nuestra propia fisiología nos indican, en cambio, que el sexo es algo natural, que nos aporta fuerza psíquica y salud física, y un bello camino hacia la plenitud espiritual.

Para concluir y aunque sea de forma muy sintética, no puede obviarse aquí lo que con relación a todo lo anterior enseña una de las partes más íntimas de la ciencia oculta. Concretamente, la que muestra como el iniciado o adepto puede condensar a su alrededor fuerza o energía universal mediante la que producir resultados en proporción con la intensidad psíquica de sus facultades, asunto en el que el goce sexual también puede jugar un papel significativo.

Como indica Gérard Encausse en su *Tratado Elemental de Ciencia Oculta* (Edicomunicación, S.A.; Barcelona, 2002), el cerebro humano es un generador inagotable de fuerza cósmica de la calidad más sublimada, que extrae de la energía inferior de la naturaleza bruta. El iniciado puede hacer de sí mismo un centro de irradiación de virtualidades, de donde nacerán correlaciones y correlaciones, en el transcurso de las edades venideras. Tal es la clave para proyectar y materializar en el mundo visible las formas que su imaginación ha construido en lo invisible, valiéndose de la materia cósmica inerte. El iniciado no crea nada nuevo, sino que usa los materiales que la naturaleza almacena a su alrededor, la materia prima que durante eones de tiempo ha pasado a través de múltiples formas. No tiene que preocuparse más que de escoger la que le convenga y llamarla la existencia objetiva.

Como lo que se acaba de exponer puede sorprender al no versado, conviene subrayar que para la ciencia oculta el mundo visible viene a ser un duplicado del invisible y éste es la morada de una multitud de seres espirituales que se dividen en varias categorías, desde los espíritus elementarios o Elementales -formas semiinteligentes de los reinos de la naturaleza que son insensibles al bien o al mal, pero que pueden convertirse en instrumentos de ambos- a los espíritus larvas -vestigios de voluntades perversas y de seres humanos imperfectamente desarrollados-.

En este mundo invisible están nuestras ideas y pensamientos, que allí perduran como si fuesen positivos seres vivientes. Cada pensamiento del ser humano en el momento de generarse pasa al mundo interior, donde se convierte en una entidad activa por su asociación, quizás fuese mejor escribir fusión, con un Elemental. Sobrevive como una inteligencia activa durante un periodo de tiempo más o menos largo, en función de la intensidad original de la acción cerebral que le dio nacimiento.

Si se trata de un buen pensamiento, se perpetúa como un poder activo y bienhechor; por el contrario, un mal pensamiento será fuente productora de males (discernir lo que es bueno o malo es una facultad del entendimiento humano, tan

obvio para éste, si se actúa con sinceridad interior, como diferenciar entre la felicidad que se plasma en la risa o el sufrimiento que cuaja en el llanto). Así, los seres humanos, sin darnos cuenta de ello, poblamos sin cesar el ambiente, el espacio que nos rodea de un mundo que nos es propio y donde pululan las creaciones de nuestras fantasías, de nuestros deseos y anhelos, de nuestras pasiones, esperanzas y frustraciones. Esta corriente reobra en proporción a su intensidad dinámica sobre toda organización sensible o nerviosa que se ponga en contacto.

El sabio y el iniciado manejan conscientemente esas formas, mientras los demás seres humanos las dejan ir, sin percatarse de su existencia. El agente por medio del cual se actúa sobre estas fuerzas intelectuales es la voluntad. A este respecto, sabios de todos los tiempos han considerado las relaciones sexuales como una gran fuente - ni la única ni la más importante, pero sí significativa- de pensamientos y energía positiva, sobre la que obrar del modo descrito. Las facultades humanas, por sí mismas, son ajenas al bien y al mal. Su alcance y efectos varían según el impulso de la voluntad. Lo propio absolutamente ocurre con relación a los espíritus elementarios. La diferencia que separa a un Mago de un brujo es que el primero sabe bien lo que hace y lo que de ello ha de resultar, mientras que el segundo lo ignora completamente. Lo que hay que ligar con lo expuesto por Blavatsky en su obra *Isis sin velo*, cuando afirma que el iniciado o adepto está en la antípoda del médium, pues éste es un agente pasivo, instrumento de influencias extrañas, en tanto el iniciado actúa activamente en sí mismo y domina todas las potencias inferiores.

Todo es cuestión de voluntad, de fe, si se desea denominar así. La voluntad es el principio central sobre el que se asienta una parte muy importante de la Sabiduría, como conocieron los discípulos de Zoroastro o de Jesús. Cuando éste, de manera parabólica, afirma que la fe mueve montañas no está sino haciéndose eco de la tradición teosófica conocida por los sabios de la antigüedad. Como indicó Kong-Tze, la rectitud de corazón y la fe triunfan sobre todos los obstáculos. Es más, como enseñó, Meng-Tze, nunca ocurre que sea el poder que lo falta; lo que suele no existir es la voluntad: cuando positivamente se quiere algo, ese algo se consigue.

En cualquier caso, no está de más recordar aquí el prudente consejo que Lovecraft vierte en su obra *El caso de Charles Dexter Ward*: <<no llame a nadie (...) a quien no pueda reducir>>.

CÍRCULO SEGUNDO
Vibración y geomtería primordial

(La Lápida Templaria: Capítulo 6, páginas 61 y 62; y Capítulos 7, páginas 62 a 68)
Vibración y ondas, geometría y sonido, música y matemáticas

La ciencia moderna estima que la materia puede estudiarse a través de la

sustancia, esto es, de las microscópicas partículas que la conforman. Esta percepción supone un indudable avance con respecto a criterios científicos anteriores, pero no deja de ser muy limitada y superficial. Se queda en las apariencias y constituye un tosco intento de entender la materia por medio de la comprensión de las entidades minúsculas que la sustentan y que también son, en última instancia, materia.

Para alcanzar el conocimiento de la auténtica realidad de las cosas se debe escharbar por debajo de la superficie. Hay que adentrarse en lo que se esconde detrás de las apariencias y buscar lo que verdaderamente es y se encuentra oculto tras formas materiales circunstanciales y perecederas. Sólo así se logra llegar a la organización subyacente, a la verdadera realidad que todo lo sustenta.

Una realidad esencial que no es física, por cuántica que sea, sino que goza de una entidad mental sobre la que ahonda el Círculo Primero de la Sabiduría. Ello le otorga una primera manifestación sensible de carácter vibratorio y ondular. Lo que, a su vez, tiene en la geometría y el sonido sus exteriorizaciones más directas. Aspectos estos, vibración y geometría, que ocupan al Círculo Segundo que centra este capítulo.

Precisamente, la novísima teoría de los campos de fuerza y la mecánica de ondas avanza hoy, de modo aún ciertamente balbuceante, en esta línea de conocimiento. Sus postulados apuntan hacia el orden universal de la geometría armónica, que está en la obra de antiguos filósofos.

Esta manera de analizar la realidad, recogida en saberes ancestrales, resulta sorprendentemente ajustada, igualmente, a lo que, poco a poco, se va descubriendo en múltiples ámbitos de investigación. Así, lo que hasta fecha muy reciente era sólo fruto de la superstición, de extravagantes teorías esotéricas a las que la ciencia no debía hacer caso alguno, es objeto ahora de estudio en los centros tecnológicos más avanzados.

Valga como muestra el botón de uno de los campos científicos de mayor actualidad: la genética. Más específicamente, la ciencia ha avanzado mucho últimamente en torno a los códigos genéticos, considerados como vehículos de reproducción y continuidad. Y ha descubierto que su codificación no reside en átomos concretos -en el carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno contenidos en la composición molecular del ADN o sustancia de los genes-, sino en la forma helicoidal en la que se disponen. Es decir, en su geometría más que en su contenido. La hélice del código genético es el resultado de una serie de proporciones geométricas fijas. La disposición de la existencia corporal se determina por sus formas, no por sus sustancias.

Sucede lo mismo, por poner otro ejemplo, con las plantas y el proceso de fotosíntesis. Éste obedece a que el carbono, el hidrógeno, el nitrógeno y el magnesio de las moléculas de la clorofila se disponen de acuerdo con un diseño geométrico dozado, similar a una flor de doce pétalos que brotaran de un núcleo central. Si

tomamos los mismos componentes y los disponemos de una manera distinta ya no serán capaces de transformar en sustancia viva las radiaciones del sol.

Son abundantes los casos similares a éstos. Tanto como para que no pueda hablarse de coincidencias o casualidades, sino de leyes y principios internos de una realidad subyacente que no es material, sino mental y, por ello, vibratoria y ondular y cuyas manifestaciones sustantivas no son partículas cuánticas, sino geometría y sonido, música y matemáticas.

La geometría como ciencia capaz de explicar el sentido de la creación fue usada por los antiguos astrónomos, que designaban mediante notación angular el movimiento y la posición de los cuerpos celestes. En esto se adelantaron enormemente a una ciencia moderna en continua expansión: la heliobiología.

Es ésta una rama científica novísima que, estudiando la posición angular de la Luna y los planetas, deduce las radiaciones electromagnéticas y cósmicas que influyen en la Tierra y la manera en que las fluctuaciones de estas energías determinan los procesos biológicos. De este modo, la ciencia justifica antiguas creencias en la influencia de los arquetipos. La geometría y los números describen, efectivamente, energías fundamentales y causales.

Analizamos el mundo material que nos rodea a través de los cinco sentidos - realmente son seis, pues lo que denominamos pensamiento es un sexto sentido-, pero ellos están supeditados a las frecuencias vibratorias. En última instancia, el contenido de nuestra experiencia procede de una arquitectura geométrica inmaterial y abstracta que está compuesta por ondas armónicas de energía, nodos de relaciones y formas melódicas que brotan de la proporción geométrica. Vibración y ondas manifestadas en una ordenación de geometría y sonido, formas y números, música y matemáticas.

La música tiene que ver con las leyes proporcionales de la frecuencia de sonidos y hay una relación entre la geometría y la música. La armonía musical es idéntica a la ciencia de la simetría de los cristales. Las ondas entrelazadas de la materia están espaciadas a intervalos de secuencia armónicas que se derivan de cada tono fundamental.

En cuanto a la cualidad del sonido, también la teoría de los campos de la astrofísica moderna parece confirmarla. Esta teoría concibe el Universo como un campo vibratorio integral, incomprensiblemente vasto, de plasma ionizado, pregaseoso, Dentro de este campo gravitatorio, las influencias se desencadenan creando una urdimbre y una densificación en configuraciones nodales. El desequilibrio y la turbulencia causados por estos centros de masa galáctica, formada por efectos de la contracción o concentración inicial, liberan ondas compuestas, que causan violentos y abruptos cambios en la presión y la densidad de todo el plasma cósmico.

Es lo que se conoce como estampidos sónicos. Calificativo que reciben porque la propagación de cualquier sonido es, simplemente, el rápido cambio oscilatorio de presión-densidad en cualquier medio. Estos choques sónicos ondulantes crean un torbellino en toda la nube galáctica y en las regiones interiores formadas por ese torbellino nacen las estrellas.

Todo lo cual viene a confirmar la antigua imagen de la creación universal mediante ondas de sonido, la <<Palabra o Verbo de Dios>>. Aunque este Verbo tiene su por qué en el auténtico origen, como se verá en el Círculo Primero, de todo lo que existe: el <<Pensamiento de Dios>>. Esto es la creación: un imponente y trascendental acto de concentración mental que enciende un pensamiento, la idea del Universo y la existencia toda, que toma cuerpo de manera inmediata y explosiva.

Y del <<Pensamiento de Dios>>, de su despliegue omnipotente e infinito, emana la vibración pura, que está en la naturaleza esencial de cuanto existe. Las ondas vibratorias se expanden concéntricamente hacia innumerables centros y sus superposiciones o esquemas de interferencia forman nódulos de energía atrapada que se convierten en igneos cuerpos rotatorios del firmamento.

Ese sonido emitido, esa enunciación de la idea de Dios, es lo que los pitagóricos llamaron la música de las esferas. El Evangelio oficial cristiano más esotérico, el de san Juan, lo señala claramente: <<Al principio fue el Verbo>> (san Juan 1,1). Es decir, la palabra, el sonido, las ondas desplegadas a partir del gran pensamiento creativo del que surge un Universo que es, por tanto, de naturaleza mental y, por ello, vibratoria y ondular. Vibraciones y ondas exteriorizadas en geometría y sonido, que son el soporte de todas las cosas y de la materia.

El conocimiento sobre ello, auténtica sabiduría del Universo, puede obtenerse por sendas muy diferentes y no es acertado asimilar sabiduría a progreso técnico y material. El ser humano y el Universo entero caminan sobre dos piernas, la racional y la irracional. Ambas son vías hacia el conocimiento y las dos deben ser usadas y estimadas en situación de paridad. Sin embargo, la humanidad lleva siglos empeñada en caminar coja por la senda de la sabiduría, apoyándose sólo en una de ellas. Y tras centurias en las que primó la irracionalidad, llevamos ya varios siglos en los que se sacraliza lo racional y se menosprecia la enorme fuente de conocimiento que es la irracionalidad.

Hay múltiples datos históricos que indican que hubo un tiempo pasado en el que, con un grado mucho menor de desarrollo técnico, la humanidad sí logró de forma natural un punto de equilibrio entre ambas vías, dando a cada una su lugar, utilizando las dos sin renunciar a ninguna. Y no debe extrañarnos que gracias a ello, en tiempos remotos, se accediera a los secretos de la geometría como ordenación de la materia, integrando todo ello en la religión.

Este conocimiento antiguo, esta sabiduría ancestral, perdió protagonismo por los avatares históricos que sufrieron los pueblos en los que alcanzó mayor desarrollo

y estuvo a punto de quedar olvidada con el transcurrir de los milenios. No obstante, si ha llegado hasta nosotros, como efectivamente lo ha hecho, es porque siempre hubo al menos un grupo de conocedores de su contenido, de iniciados en su saber, que lo conservaron y transmitieron. Para que esto haya sido así, ha resultado fundamental el papel de los “trimurti”, los tres semblantes: la cábala hebrea, el hermetismo egipcio y la gnosis griega, que participan y adaptan a diferentes realidades históricas y culturales la sabiduría primordial.

La llegada del cristianismo impuso un uniformismo intelectual, al servicio del poder, que dificultó enormemente la aludida transmisión de saberes. Pero el cristianismo herético, con muy diversas expresiones a lo largo de las centurias, heredó los “trimurti” y consiguió unirlos en una misma tradición, logrando un sincretismo derivado del acoplamiento de la cábala hebrea y la gnosis griega, que beben, a su vez, de fuentes herméticas egipcias.

Hay indicios reveladores de cómo estos conocimientos se mantuvieron subrepticamente en el seno del cristianismo y fue uno de los mayores secretos de los templarios. Así, conviene recordar la definición de Dios proporcionada por uno de sus más importantes ideólogos, Bernardo de Claraval: <<¿Qué es Dios?. Es longitud, anchura, altura y profundidad. Es decir, Dios es la geometría>> (*De Consideratione*).

Este fue el secreto de los adeptos de numerosos cultos místicos y de la geometría medieval, de la geometría sagrada que los templarios y los maestros iniciados aplicaron a la construcción del arte gótico y que fue recogida después por una parte de la masonería. La arquitectura gótica era un arte iniciático dirigido a contener a Dios siendo Dios mismo. La geometría trata de la forma pura. La geometría religiosa reconstruye el desarrollo de cada forma a partir de otra anterior. De esta manera hace visible, aunque también cele, el misterio creativo esencial: el mundo que surge de ese acto original divino puede trazarse mediante geometría y experimentarse a través de la práctica de la geometría.

La masonería insiste en que descende de los constructores del templo de Salomón y participa de la sabiduría a la que accedieron y dieron forma sus constructores, de una tradición ininterrumpida que pasa por las cofradías romanas de trabajadores y las logias medievales de constructores. En realidad, se trata de la misma tradición de la que participan todas las religiones; la verdad primordial que está en el origen de todas y cada una de ellas, en sus más íntimos y auténticos cimientos, antes de que la hojarasca institucional la ocultara y la convirtiera en un entramado burocrático al servicio del poder.

La doctrina pitagórica se basaba en la comparación de la longitud de las cuerdas del arpa con la altura de los sonidos de las siete notas de la gama griega. A partir de las relaciones en que se fundan los acordes musicales, Pitágoras reducía todo a los cuatro primeros números, cuya suma es diez, el número perfecto. El número explica la acústica, la física y la geometría, los secretos del tetraedro y del dodecaedro y los de la pentalfa que resume gran parte de la geometría. En estos

sonidos, que son líneas y proporciones, se basa la proporción invariable, la divina proporción o sección áurea, la "euritmia" que dotó las artes y luego fue transmitida a la cristiandad por las logias y hermandades de constructores extendidas por todo el Imperio romano. Así llegó hasta los grandes constructores del arte gótico.

Por eso, para los pitagóricos, el número y la forma a escala ideal eran una misma cosa. Por eso, Salomón plasmó toda su sabiduría, todo el conocimiento esencial del Universo, en la fórmula de la creación, en un esquema geométrico sobre una lámina de oro llamada Mesa de Salomón o, en la tradición islámica, Espejo de Salomón, que, a su vez, contenía la formulación de la palabra fundamental, del nombre verdadero de Dios, el "Shem Shemaforash".

En la antigüedad, la práctica de la geometría era una aproximación a la manera en que el Universo se ordena o sustenta. Tradiciones como el secreto de la citada Mesa de Salomón hacen referencia a una formulación geométrica: la fórmula primordial de la materia y de la creación. A esta fórmula, que es pura proporción y relación espacial, corresponde una exposición sonora que se deduce de ella: una palabra mágica, la música de las esferas platónicas, el "Shem Shemaforash" o <<Nombre Secreto de Dios>>. Una fórmula básica de la materia que explica la esencia del Universo y de la existencia toda y a partir de la cual puede deducirse la ordenación del mundo. Un compendio, una síntesis de los principios que están en la raíz y explican todo lo que existe y verdaderamente es.

El hallazgo de esta fórmula fue el resultado de la especulación de sabios o magos caldeos y egipcios, obrando sobre una larga tradición que se pierde en la noche de los tiempos. En Grecia volvemos a encontrar las mismas certezas en Platón y Pitágoras, aunque éste se educó seguramente en Caldea y Egipto.

Pitágoras sostenía que el cosmos es un sólo y mismo ser o materia primaria, un Gran Todo armónico sujeto a un plan original y permanente. Es la Unicidad de la Existencia: la Identidad Universal de la tradición herética cristiana: el Wahdat al-Wujúd islámico; el Advaita del Zen y Vedanta; el Atmán Discriminado de la Gítá hindú. Esta armonía se expresaba en los números del "tetractis" o cuaternario, una aritmetología sagrada. Sus enseñanzas se mantuvieron durante siglos y sólo modernamente la ciencia ha redescubierto que esa armonía aristotélica explica desde el diseño y crecimiento de los crustáceos, las flores o el ser humano hasta la disposición de los cristales en la naturaleza. Un conocimiento que puede aplicarse tanto a los desarrollos de la inteligencia artificial de la computación como a las más avanzadas teorías de las vibraciones.

Un siglo después, Platón, discípulo de Pitágoras, consideró la geometría y los números como el más conciso y esencial de los lenguajes filosóficos, el lenguaje ideal. También fue adepto a la música de las esferas. En los grabados antiguos, la geometría se personificó en forma de venerable y bella matrona de cuyas manos brotan dos series de progresiones geométricas: la primera sale de su lado izquierdo, el femenino y pasivo, y es uno, dos cuatro, ocho,...; la segunda surge de su lado

derecho, el masculino y activo, y es uno, tres, nueve, veintisiete,... Los griegos llamaban "Lambda" a estas dos series y Platón, en su *Timeo*, describe, a partir de ellas, el alma del mundo.

Antes, Pitágoras había establecido una relación entre cocientes numéricos y frecuencias de sonido. Experimentó con vasos de agua, con cuerdas tensadas y con flautas de diversos tamaños. El Pitágoras de los hebreos, Jubal, hizo lo propio golpeando un yunque con martillos de distintas dimensiones. Las proporciones numéricas se relacionaban con los sonidos consonantes de una escala musical; todos formaban parte o eran múltiplos de las dos progresiones de la <<Tabla de Lambda>>.

Nuevas preguntas, antiguas respuestas

Lo cierto es que desde finales del siglo XIX, las teorías y propuestas lanzadas por numerosos científicos han abierto preguntas y planteado nuevas cuestiones que no pueden ser contestadas ni resueltas desde la perspectiva de la ciencia tradicional y que indagan y nos acercan a la esencia de una realidad substancial que en todo subyace. Un repaso de la evolución de las ciencias a lo largo del último siglo y medio así lo pone de manifiesto (por ejemplo, el que hace Pedro Riba en *Hermes Trismegistos, el escriba de los dioses* -Club de Autores Ediciones, 1999-).

Lo primero a destacar es el convencimiento creciente sobre el hecho de que la naturaleza, sus características y sus sucesos, no pueden examinarse desde fuera, siguiendo los postulados racionalistas clásicos. Ello supone todo un aldabonazo a favor de la modestia y la humildad en una labor científica que, en demasiadas ocasiones, ha contemplado y continúa mirando con desprecio y por encima del hombro a otras fuentes del saber de las que, paradójicamente, tiene mucho que aprender.

A este respecto, hay que comenzar mencionando a Werner Heisenberg (1901-1976), físico alemán que alcanzó el premio Nobel de Física en 1932. Sus investigaciones, con muchos puntos en común con Einstein y que tuvieron tan notables resultados como la mecánica cuántica matricial, le llevaron a excluir toda representación mecánica del átomo, a dar cuerpo al principio de indeterminación y a afirmar que las concepciones cuánticas son inconciliables con los principios que están en la base de la mecánica clásica. Convencimientos que le llevaron a explicar que <<la ciencia natural no describe y explica la naturaleza simplemente; es parte de la interacción entre la naturaleza y nosotros (...); lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método inquisitorial (...); la división común del mundo interno y mundo externo, cuerpo y alma, ha dejado de ser adecuada>>.

Una percepción de las cosas que, igualmente, hizo suya Ilya Prigogine, nacido en Moscú en 1917 y premio Nobel de química a los 60 años, explicando que <<varias demostraciones de imposibilidad, ya en la relatividad, la mecánica cuántica o la

termodinámica, nos han demostrado que la naturaleza no puede describirse desde fuera, como lo haría cualquier espectador>>.

A partir de este reconocimiento, numerosos científicos se han percatado de que sus saberes sólo están en la antesala del auténtico conocimiento, que sus palabras no son sino los primeros balbuceos de una nueva forma de concebir y entender el Universo entero -su esencia y sus estructuras- y la realidad cotidiana que nos envuelve y a la que pertenecemos. Precisamente, fue el citado Prigogine el que escribió que <<estamos lejos de la visión monolítica de la física clásica y ante nosotros se abre un Universo del que apenas comenzamos a entrever sus estructuras>>.

Al hilo de ello, Prigogine elaboró el concepto de <<estructuras disipativas>> -a las que sirve de soporte un novedoso y superior modo de entender el orden, que surgiría de forma espontánea en un estado profundamente perturbado- y entrelazó los principios de la termodinámica clásica con los de la evolución, proponiendo una explicación rigurosa acerca de como el orden puede derivar del azar.

Sobre estos pilares, Prigogine proclamó que <<la materia, en condiciones alejadas del equilibrio, adquiere básicamente nuevas propiedades: la posibilidad de percibir pequeños efectos que conducen a una solución de patrón y, finalmente, la posibilidad de memoria correspondiente también a una solución temporal de diversas bifurcaciones>>. Además, <<estas clases de propiedades, que siempre se han atribuido en el pasado a sistemas vivos, pueden serlo ahora incluso a sistemas no vivos>>.

Para Prigogine, no hay estado básico estable, ni ninguna condición de equilibrio del tiempo-espacio. Por lo mismo, mantiene la convicción de que el cosmos no tiene comienzo como tal; ni tampoco puede tener fin. Eso sí, su obra estima que la termodinámica puede comprender tanto el tiempo lineal como el tiempo cíclico, propio de las teorías hinduistas y “kármicas”, dado que la flecha del tiempo, que apunta inequívocamente hacia el equilibrio, puede generar comportamientos repetitivos en su avance hacia tal meta de estabilidad.

En este contexto, la ciencia de la última centuria se ha ido preparando para dar uno de sus grandes saltos cognoscitivos y atreverse a comprender y a explicar como las distintas manifestaciones físicas, mentales y espirituales que nos ofrecen el mundo que nos rodea y el Universo en su globalidad pertenecen a una misma, única y total realidad.

A propósito de lo cual, se debe comenzar citando a Erwin Schrödinger (1887-1961), Nobel de Física en 1933 y uno de los padres de la mecánica cuántica. Sus aportaciones giran en torno a la idea central de que <<el tú mismo -formado por conocimiento, sentimientos, etcétera- no ha podido surgir de la nada en un momento dado>>, añadiendo que <<los conocimientos, sentimientos y elección son eternos e inmutables y numéricamente uno en todos los seres humanos>>. <<Todos estamos

en todo>>, afirmó, <<y nuestras vidas no son piezas, sino la totalidad; somos la totalidad del mundo (...), también eternamente, y siempre únicamente existe el ahora, ya que el presente es lo único que no tiene fin>>.

Un entendimiento de las cosas a la que se sumó J.S. Bell, autor en 1964 de la demostración matemática conocida como *Teorema de Bell*, considerada como la obra aislada más importante en toda la historia de la física. Este teorema viene a concluir que no existe nada que pueda llamarse verdaderamente <<parte separada>>, porque todas las partes del Universo están conectadas de manera íntima a un nivel fundamental, trascendiendo el espacio y el tiempo.

Y llegados a este punto, deben subrayarse las aportaciones de David Bohm, doctorado en física por la Universidad de Berkeley y profesor de física teórica en el Birbeck College de la Universidad de Londres, así como en Princeton, en la Universidad de Sao Paulo y en Haifa. Su obra *La Totalidad y el Orden implicado* constituye una gran contribución a la idea de la unidad esencial del Universo, planteando que cualquiera de sus elementos se contiene en la totalidad del mismo, una totalidad que incluye tanto la materia como la conciencia. También se mostró convencido de que existen otros planos de la realidad a los que sólo podemos tener acceso a través de los estados místicos, de éxtasis o estados modificados de conciencia.

Para Bohm, vivimos inmersos en un entramado multidimensional sin costuras de ser y no ser, en el que mente y materia aparecen como ondulaciones en un enorme océano de pulsante energía. Toda la creación está misteriosamente conectada <<en un estado de interminable flujo o doblado y desdoblado>>, con leyes que sólo alcanzamos a entender por ahora de forma muy vaga.

La naturaleza, según Bohm, tiene un propósito mucho más profundo de lo que parece superficialmente. Y la evolución es un signo de la inteligencia creadora de la materia explorando estructuras diferentes que van mucho más allá de lo que se necesita para sobrevivir. Así, estima posible que el proceso evolutivo esté ordenado interiormente y recalca la existencia de un orden implicado que se encuentra plegado en la naturaleza y se despliega gradualmente a medida que evoluciona el Universo, haciendo que emerja la organización.

Bohm describe este orden implícito o plegado con la analogía de un holograma. No obstante, este concepto le resulta demasiado estático y prefiere hablar de "holomovimiento": forma parte de la realidad que se envuelve y se desenvuelve constantemente, entre el orden implicado y el orden manifiesto, y lo hace a un ritmo tal que el mundo visible aparece como uniforme.

Y en esta apretada reseña de grandes científicos que han puesto en solfa el orden tradicional no puede faltar, por supuesto, Albert Einstein. De su inmensa obra baste con recordar aquí que consideraba al ser humano como parte inseparable de esa totalidad llamada Universo, si bien una parte limitada en el espacio y en el

tiempo. Destacó que una especie de ilusión óptica de nuestra conciencia hace que nos experimentemos a nosotros mismos y a nuestros pensamientos y nos estemos sintiendo como algo separados del resto. Para Einstein, <<la distinción entre el pasado, el presente y el futuro es solamente una ilusión>>, ya que en su teoría de la relatividad general los sucesos no se desarrollan, simplemente son. Este hecho está muy implicado con la unión pretendida, por ejemplo, por los alquimistas, que para Einstein ya existe de hecho.

Tal unión con el todo se repite de modo iterativo en las modernas teorías científicas. Teorías que, por lo mismo, se replantean también la auténtica composición de la materia y buscan lo que nos une a los seres humanos con ella por medio de algún tipo de interconexión que la ciencia aún no es capaz de comprender.

Más concretamente, la ciencia habla ya de la energía como la realidad substancial que está detrás de toda las cosas, cuando hasta hace poco aceptaba exclusivamente una realidad material. Una nueva forma de comprensión que tiene uno de sus grandes apoyos en la obra del filósofo inglés Herbert Spencer (1820-1903), que postuló la existencia de una <<energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas>> y propuso una nueva y muy interesante visión sobre la evolución y el ritmo.

También hay que destacar a Fritjof Capra, doctor en física por la Universidad de Viena y fundador del Instituto Elmwood, centro de estudios ecológicos con sede en Berkeley. Entre sus obras sobresale *El tao de la física*, considerada como revolucionaria por sus conceptos sobre la física cuántica, la relación hombre-partícula, niveles de materia y niveles de mente, ciencia y mística y la interacción entre física cuántica, neurología, holografía y psicología.

Según Capra, <<no resulta inverosímil pensar que todas las estructuras del Universo (desde las partículas subatómicas hasta las galaxias y desde las bacterias hasta los seres humanos) sean manifestaciones de la dinámica autoorganizadora que hemos identificado como la mente cósmica>>. En este sentido, Capra hizo suyas las reflexiones de Gregory Bateson, quien dijo que <<la mente es la esencia de la vida>>, frase acuñada, precisamente, en una de sus conversaciones con Capra.

Del mismo modo, Capra también subrayó la idea de que <<las relaciones son la esencia del mundo viviente>> y que la <<mente es consecuencia necesaria e inevitable de cierta complejidad, que comienza mucho antes de que los organismos desarrollen un cerebro y un sistema nervioso superior>>.

Y para concluir este breve repaso de científicos que han abierto en las últimas décadas nuevas vías de investigación e interpretación de nosotros y del Universo, no pueden dejarse en el tintero las aportaciones de Grinberg-Zylberbaum y de Fred Hoyle.

De las primeras procede el hoy famoso concepto de Gaia. Para Gringerb-

Zylberbaum, la interconexión mente-naturaleza-Universo nos lleva a su sistema donde la Tierra (Gaia) está formada por hiperneuronas interconectadas entre sí que se corresponden a cada uno de los cerebros humanos que habitan en el planeta. Una teoría que recuerda forzosamente a lo que Jung llamó el <<inconsciente colectivo>>.

En cuanto al astrofísico Fred Hoyle, propuso, al igual que el físico Frank Tipler y el escritor y divulgador científico Isaac Asimov, la teoría de un Dios que evoluciona dentro del Universo. Este Dios sería menos que el Universo y, aunque inmensamente poderoso, no omnipotente. Igualmente, no podría ser considerado creador del Universo como un Todo, sino sólo parte de su contenido de organización.

Hoyle cree que la organización del cosmos está controlada por una <<superinteligencia>> que guía su evolución mediante procesos cuánticos. El Dios de Hoyle es un Dios teleológico -algo así como el de Aristóteles o el de Teilhard de Chardin- que dirige el mundo hacia un estado final en el infinito futuro. Hoyle piensa que esta superinteligencia, actuando a escala cuántica, puede implantar pensamientos o ideas del futuro, elaboradas, en la mente humana. Este sería el origen, sugiere, tanto de la inspiración matemática como de la musical, así como de muchas <<comunicaciones>> que han tenido lugar de forma intuitiva o a través de apariciones.

Por tanto y como resumen de este breve recorrido por algunas aportaciones científicas de los últimos tiempos, cabe afirmar que la ciencia parece preparada para plantearse novedosos interrogantes, a los que aún no puede responder, y abrir sus puertas a nuevas concepciones, hasta hace poco vetadas por el saber académico tradicional. Unas puertas, además, por las que empieza entrar ya el aire fresco de los últimos avances derivados de la revolución tecnológica y del inmenso mundo de la realidad virtual, que quizás nos traigan, en algún momento futuro, la solución científica a tantas preguntas.

Preguntas que son nuevas, pero que, contradictoriamente, tienen antiguas respuestas. Estas se hunden en la noche de los tiempos, reciben diferentes denominaciones -hermetismo, Tradición, sabiduría secreta,...- y están en la base de corrientes del pensamiento como el gnosticismo, habiendo llegado hasta nosotros transmitidas de generación en generación fuera de los cauces ortodoxos de aprendizaje de los conocimientos. A ellas se acerca la ciencia cada vez a mayor velocidad.

¿Cuál es el contenido esencial de tales respuestas?. El Círculo Primero de la Sabiduría lo describe y detalla y dos son sus aportaciones fundamentales: la existencia de una realidad substancial que está detrás de todo cuanto nos rodea y de cada uno de nosotros mismos, algo que los últimos avances científicos comienzan, como se ha señalado antes, a constatar; y la naturaleza mental de tal realidad substancial, circunstancia sólo intuida hasta ahora por la ciencia, cuando sustituye a la materia por la energía como sostén de todas las cosas, y cuya comprensión se

facilita ahora a través de la realidad virtual.

Parafraseando a Herbert Spencer, mental es la energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas. O, mejor, en palabras del gran sufí Ibn Arabi, que vivió en la Sevilla del siglo XI: <<el Universo es la sombra misma de Alá>>.

CÍRCULO PRIMERO

El origen mental de cuanto existe

El Todo es Mente; el Universo es mental

Tanto las religiones como la ciencia -la física cuántica de forma muy directa- han percibido la existencia de una especie de realidad substancial que se esconde bajo las apariencias de lo que se ve. Eso sí, le han otorgado denominaciones muy distintas: "Dios", "Materia", "Fuerza", "Energía", "Uno",... Pero los nombres son lo de

menos cuando se dirigen al objetivo común de reconocer la existencia de esa presencia fija y substancial. Para muchos seres humanos de hoy y de antes su existencia es evidente “per se”, por simple intuición. Como escribió Hermes Trismegistos, <<más allá del Cosmos, del Tiempo, del Espacio, de todo cuanto se mueve y cambia, se encuentra la Realidad Substancial, la Verdad Fundamental>>. Está detrás de cuanto sensibiliza a nuestros sentidos, en cualquiera de sus manifestaciones. ¿De qué esta hecha?. Muy fácil: su naturaleza es mental.

Los últimos avances científicos, particularmente el inmenso campo de la realidad virtual abierto por la revolución tecnológica, ofrecen recursos antes impensables para comprender tal respuesta. Hasta en el cine, los hermanos Wachowsky, en *The Matrix*, han divulgado algunas pistas importantes al respecto. Recordando la película, quizás no extrañen demasiado estas afirmaciones: <<la mente del Todo es la matriz del Universo>>, <<el Universo es una creación mental sostenida en la mente del Todo>>. Eso sí, para mayor sorpresa, hay que constatar que están sacadas de *El Kybalión* y datadas hace 5.000 años. Todo lo cual se resume en otra afirmación de este mismo texto: <<el Todo es Mente; el Universo es mental>>. Es la gran enseñanza del Círculo Primero de la Sabiduría que toca seguidamente analizar con detenimiento.

Concentración y expansión en el proceso de creación mental y surgimiento de <<individualidades>> y <<realidades>>

El Círculo Primero descifra y define el origen del Universo y la naturaleza intrínseca de éste y de todos los cuerpos, objetos y seres, ya tengan estos calidad física o espiritual, que lo constituyen. Origen y naturaleza que son de entidad mental, en consonancia con lo que enseña y describe el principio hermético del mentalismo, dando lugar a un Cosmos armonioso y perfecto donde la vida fluye por doquier y la muerte es un imposible.

El Universo entero y cuantas cosas, elementos, organismos y criaturas lo conforman dimanar de una única realidad, de una Identidad Universal que siempre ha existido (la nada es otro invento de la limitada razón humana) y siempre existirá. La sabiduría hermética la denomina, igualmente, Todo, al que describe como una especie de mente infinita, eterna y omnipotente que es sostén de cuanto existe y de la que todo surge a través de un espectacular proceso de creación mental.

Como ocurre con el ser humano cuando, en su modesta escala, crea mentalmente (el autor que escribe una novela, por ejemplo), el indicado proceso de creación mental llevado a cabo por el Todo consiste, primeramente, en una extraordinaria concentración, de la que emana la idea misma del Universo y sus componentes (por seguir con el ejemplo, la concentración del autor de la que nace la esencia de la trama de la novela y sus personajes). Seguidamente, tras la concentración, viene la expansión de la idea, la explosión del pensamiento (el desarrollo del argumento de la novela y sus detalles) de la que nace cuanto en el Cosmos existe (la novela como tal).

La citada expansión hace que en la unidad de la mente del Todo fluyan multitud de <<individualidades>> -porciones o girones de la mente infinita, por un utilizar un burdo símil (en el caso de la novela, esas <<individualidades>> son los distintos personajes, parajes, objetos,... que surgen de la mente del autor y dentro de ella misma).

En paralelo, la explosión del pensamiento va acompañada de una descomunal onda expansiva mental que se plasma en una colosal marea vibratoria. Se forma, de esta manera, un enorme campo vibratorio integral. Este campo es la base del Cosmos y en él se producen gigantescos movimientos, interferencias y solapamientos ondulares y gravitatorios de los que surgen los mundos (Círculo Segundo de la Sabiduría), es decir, las <<realidades>> -cuerpos, objetos y seres- que nuestros sentidos físicos conocen y constituyen el Universo en toda su belleza y grandiosidad.

Por tanto, la expansión mental que sigue a la concentración genera tanto <<individualidades>> -también de naturaleza mental y, por ello, no visibles para el ser humano- como <<realidades>> -cosas y criaturas en las que toma cuerpo ese tremendo campo vibratorio integral que es el Universo-. Pero si las <<individualidades>>, por su entidad mental y por su condición de girones del Todo, comparten con él la condición de eternidad, las <<realidades>> -materiales, físicas o espirituales- que pueblan el Universo carecen de tal condición y su existencia está temporalmente limitada.

Ahora bien, por las características del proceso expansivo, las <<individualidades>> moran en las <<realidades>> (así como los distintos pensamientos e ideas del autor de la novela se encuentra en cada uno de los personajes y objetos del argumento), de modo que hay una <<individualidad>> subyacente -igualmente de calidad mental, por lo que pasa inadvertida para nuestros sentidos- escondida, por expresarlo de alguna manera, tras la superficie de todas y cada una de las <<realidades>>, de las cosas, objetos y modalidades de existencia, materiales o espirituales, que llenan el Cosmos.

Esto significa que cada objeto y ser que percibimos ostenta dos dimensiones: la <<realidad>> exterior que vemos y la <<individualidad>> que en ella subyace y no vislumbramos. La <<realidad>> viene generada por el proceso vibratorio desencadenado por la explosión mental y su consiguiente plasmación material o espiritual (la identidad concreta de la materialidad -los diferentes estados sólidos, líquidos, gaseosos,...- o de la forma específica de vida espiritual depende de la menor o mayor intensidad vibratoria del objeto o entidad surgida). En cambio, la <<individualidad>> posee naturaleza mental y deriva directamente de la unicidad del Todo. Y debido a lo precedente, la <<realidad>> es perecedera y se puede afirmar por ello que verdaderamente no existe, <<no es>>, aunque nuestros sentidos la detecten; por el contrario, la <<individualidad>> es eterna, por lo que cabe decir que auténticamente existe, <<es>>.

Por tanto, lo que <<no es>> (<<realidad>>) carece de existencia real, aunque aparentemente la tenga y así lo percibamos. Y lo que <<es>> (<<individualidad>>) no cesa jamás de existir, por más que, dada su naturaleza, sea inmanifestado y podamos no percatarnos de su existencia, si bien algunos de los signos sutiles de su presencia pueden ser avistados por el entendimiento. Esta doble verdad sobre lo que <<es>> y parece no ser y sobre lo que <<no es>> y parece ser ha sido comprendida por muchos seres humanos desde la antigüedad y es origen de todas las religiones.

Por último, la concentración y expansión mental culmina con un tercer proceso, que es la absorción. Por él, las <<individualidades>> volverán a la unidad del Todo, serán finalmente absorbidas por él Todo. Se trata de un camino de retorno de eones de tiempo hacia la Identidad común de la que emanaron. Un apasionante regreso que las <<individualidades>> efectúan morando progresivamente en muy distintas <<realidades>>.

Así, cuando una <<realidad>> muere, la <<individualidad>> que en ella subyace pasa a morar en otra <<realidad>>. Eso sí, en su retorno al Todo -mente y vibración pura-, las <<individualidades>> irán morando en <<realidades>> cada vez de mayor intensidad vibratoria y, por tanto, relativamente más semejantes al Todo. Y este retorno tiene sus reglas de juego: para que la <<individualidad>> pase a estar subyacente en una nueva forma de existencia más avanzada, de mayor grado vibratorio, habrá debido alcanzar en su existencia anterior el nivel de perfección, ajustado, lógicamente, a las señas de identidad de esa existencia, que la hagan merecedora, expresado también muy coloquialmente, del tránsito a una modalidad superior de vida.

En conclusión y enunciado de forma simple y sin matices, el proceso mental descrito tiene tres fases: concentración, expansión y absorción (una triada sobre la que está comenzando a balbucear la ciencia moderna cuando describe el famoso "big-bang"). Y el conjunto del proceso y sus distintas fases son protagonizados, a distinta escala e intensidad, por tres niveles de entidad: el Todo, gran protagonista y hacedor del proceso mismo y que es único, infinito y eterno; las <<individualidades>> que de él proceden y hacia él retornan y que son también de naturaleza mental, por lo que no mueren (la <<individualidad>>, por ello, <<es>>); y las <<realidades>> -cosas, objetos y seres (físicos o espirituales), graduados según su intensidad vibratoria- que surgen de los enormes procesos vibratorios desencadenados por la expansión mental, tienen una existencia limitada (la <<realidad>>, por esto, <<no es>>) y son estaciones de tránsito de las <<individualidades>> que en ellas subyacen en su camino de absorción, a través de una prolongada escala de vidas, por el Todo.

Conjunto de saberes cruciales del que deriva el conocimiento de que el Universo es vida y lo que el ser humano llama muerte no tiene, en verdad, sitio en él. El Cosmos es una colosal masa <<mental-viviente>> que toma cuerpo en variadísimas formas de existencia materiales o espirituales, animadas o inertes, por las que las <<individualidades>> van transitando en retorno al Todo del que

proceden y de cuya concentración-expansión mental emanaron.

<<Individualidad>> y <<realidad>> en el ser humano

La modalidad de vida que experimentamos los humanos es aparentemente dual: una <<realidad>>, un cuerpo físico, con un determinado grado vibratorio, y una <<individualidad>> que en ella mora provisionalmente en su proceso de absorción por el Todo. Mas las personas tenemos la posibilidad y la capacidad de acceder a la denominada sabiduría discriminativa, que supone no sólo discernir este par -<<individualidad>> y <<realidad>>-, sino también comprender que, en verdad, tal dualidad es una ficción, pues realmente sólo existe la <<individualidad>> (llamada atman por los sabios del hinduismo), dado que la <<realidad>>, a pesar de su apariencia, <<no es>>.

Es más, el ser humano puede establecerse (meterse, concentrarse) en su atman, que es su auténtico ser, lo que <<es>>, a través de la meditación mística y la acción desinteresada -sobre ambos aspectos se profundizará seguidamente-, comprendiendo el engaño que representa la muerte de la <<realidad>> y disfrutando del verdadero ser, que es el interior y no visible, y, a partir de ahí, de un Universo armonioso y perfecto.

Por tanto, cada ser humano, como el resto del Universo y sus diferentes componentes, es eso: una <<individualidad>> mental surgida del único y gran <<Pensamiento de Dios>>. Esta es nuestra genuina naturaleza, que se esconde bajo formas materiales (<<realidad>>). Una naturaleza eterna e idéntica a la que subyace en todos los demás seres y objetos nacidos del despliegue mental y del fraccionamiento derivado del pensamiento creativo primordial.

Somos <<individualidades>> mentales y vibratorias eternas revestidas de materialidad perecedera y partícipes de una Única Identidad. Porciones mentales surgidas de la creación y del fraccionamiento de la Unidad inicial y verdadera, la Identidad Universal, fragmentada en millones de partes en el proceso de “big-bang” mental. Porciones que volverán a unirse y a ser Una tras la regresión que seguirá, como ya señala la astrofísica, a la progresión que genera el Universo.

Y llegados aquí se puede bajar un peldaño más en el conocimiento que desvela el Círculo Primero de la Sabiduría. Porque si hasta ahora hemos confirmado la ficción tanto de nuestra materialidad (pues la <<realidad>> <<no es>>) como de la teórica dualidad <<realidad>>/<<individualidad>> (pues sólo la <<individualidad>> <<es>>), es llegado el momento de constatar que también es otra ficción nuestra pretendida identidad individual. Y ello porque la <<individualidad>>, aunque <<es>>, lo es, precisamente, por formar parte y pertenecer a la Única Identidad de la que procede y hacia la que retorna.

Para comprenderlo mejor, cabe imaginar la perspectiva aérea de una carretera

por la que circulan gran cantidad de automóviles. Lo que vemos son numerosos vehículos aparentemente dotados de vida y, además, de vida propia, cada uno la suya particular. En cambio, nos resulta invisible la verdadera realidad: la carencia de vida del automóvil y la existencia de un ser que, llevando el volante, se halla en el interior de cada uno. Y sí el automóvil se avería o se hace viejo (muerte), el ocupante puede cambiar de vehículo, pues la muerte de éste no conlleva la del conductor.

Además, aunque conociendo lo anterior pudiera creerse que la forma de existencia que observamos desde el aire es dual -el vehículo y quien lo conduce-, sabemos que esta dualidad es una ficción, pues solo el conductor tiene vida.

Finalmente, para que este ejemplo nos sitúe ante el conocimiento de la no identidad individual, sólo falta por comprender que los seres que van dentro de cada uno de los distintos vehículos no son diferentes entre sí, sino que son el mismo ser: pertenecen y forman parte de la Identidad Universal que mora en el seno de cualquier tipo o clase de ser o cosa.

Estas grandes verdades que son la no dualidad y la no identidad individual han de ser tenida muy en cuenta cuando el ser humano se esfuerza en establecerse en su atman. Un atman que está de regreso hacia la Identidad Universal por una senda de eones de tiempo, durante los que nuestra <<individualidad>> pasará por muy distintas formas de vida precedera, tanto materiales como espirituales, diferenciadas entre sí por distintos grados de vibración, comenzando por los de menor intensidad -materia densa- y avanzando hacia los de mayor grado vibratorio -modalidades de vida espiritual, igualmente estaciones de tránsito en el retorno a la Unidad-. Un largo camino que es la verdad y la vida -el <<ego sum via, verita et vita>> de las Escrituras- por el que el ser eterno que hay en cada uno -parte, a su vez de la Única y Verdadera Identidad Universal- transita por una cadena o escala de vidas precederas cada vez de mayor grado vibratorio.

Al morir la <<realidad>>, nuestro cuerpo físico, la <<individualidad>> que en él moraba se establecerá en otra <<realidad>> de menor, igual o mayor intensidad vibratoria y con unas u otras características específicas dentro de cada nivel vibratorio. ¿En cuál en concreto?. La decisión corresponde, expuesto de sopetón, a la propia <<individualidad>>.

Es ésta la que, sin perder el horizonte del retorno hacia el Todo, evaluará las distintas alternativas con objetividad y honestidad, consciente de sus progresos y carencias a lo largo de la cadena de vidas por la que transita y buscando una nueva <<realidad>> en la que morar que sea válida para potenciar esos progresos, paliar esas carencias o ambas cosas a la vez. Por tanto, tras la muerte de la <<realidad>>, la <<individualidad>> no sufre ni juicio ni castigo, sino una autoevaluación que la llevará a morar en otra nueva <<realidad>> ajustada por sus características a lo que son los requerimientos de la propia <<individualidad>> para seguir progresando en la escala que le conduce de retorno al Todo.

Ciertamente, <<realidades>> de mayor grado vibratorio y, por esto, más avanzadas, permiten a la <<individualidad>> un mayor aprendizaje, un tránsito más feliz y más cercanía al Todo. Pero la <<individualidad>> es consciente también de que las prisas no sirven en el camino de regreso a la Identidad de la que emanó y en cada situación de tránsito de una <<realidad>> a otra examinará, desde la sinceridad y la objetividad, su nivel de preparación y maduración, optando en consecuencia.

¿Qué criterios sirven a la <<individualidad>> para efectuar la referida autoevaluación?. Pues el mayor o menor grado de cumplimiento de las dos grandes categorías de deberes que le afectan y que se resumen en los conceptos de “karma” y “dharma”. El primero expresa el deber, la meta o misión, que tenemos en nuestra vida aparente (<<realidad>>) actual. El segundo enuncia nuestro deber fundamental que es el conocimiento de la no dualidad y el establecimiento en el atman interior. Expuesto de otra forma, el “karma” es el deber de nuestra <<realidad>> que la <<individualidad>> ha de hacer suyo, impulsando la acción para su cumplimiento, (acción que ha de ser desinteresada, en el sentido que se explicará seguidamente); y el “dharma” es el deber que afecta directamente a nuestra <<individualidad>> y consiste en la concentración y establecimiento en ella, en el atman, que es el modo, a su vez, de establecerse en el Todo.

Conocimiento y acción. Establecimiento en el atman y acción desinteresada

Como se ha examinado, la <<individualidad>> mora inevitablemente en una <<realidad>>. Esta, por su parte, está en contacto con el mundo que le rodea y recibe unas influencias que la <<individualidad>> ha de superar en la consciencia de su transitoriedad. Verbigracia, el cuerpo humano percibe, a través del contacto de sus sentidos con el entorno, sensaciones (calor y de frío, placer y dolor,...) que vienen y van y que hay que soportar con paciencia, conscientes de su carácter efímero. Quien no se atormenta por estas cosas, quien es firme y permanece inmutable ante el dolor y el placer está preparado para seguir ascendiendo por la escala de vidas que constituye la verdadera existencia.

Tampoco cabe la aflicción por el hecho de que la <<individualidad>> se encuentre perpetuamente supeditada a morar en lo que nace y fallece, que es su envoltura, su sombra. La muerte es inexorable para todo lo que es nacido, así como haber nacido es necesario para todo lo que muere. No cabe afligirse ante lo inevitable. En cambio, aquello que mora en todo es siempre invulnerable.

Conociendo esta invulnerabilidad, el ser humano ha de esforzarse por cumplir su “dharma”. Y no temer ante el acatamiento de su “karma”. Un acatamiento que tiene su base en la acción desinteresada, esto es, hacer lo que hay que hacer pero sin buscar frutos ni recompensas y comprendiendo que hay que considerar por igual la derrota y la victoria, la pérdida y la ganancia, el dolor y el placer (los pares opuestos).

Son dos caras de una misma moneda: establecerse en el “dharma”; y cumplir el “karma” desde la acción desinteresada.

Por tanto, la senda hacia la sabiduría es doble: el conocimiento (acerca de lo que <<es>> y sobre el necesario cumplimiento del “dharma”, estableciéndose en el atman por medio de la concentración y evitando la dispersión del pensamiento) y la acción (que ha de ser desinteresada, en equilibrio, liberada de los pares opuestos y desprendida de todo deseo y esperanza de frutos). Las dos vías no sólo no se contradicen, sino que son complementarias. El conocimiento lleva a la acción desinteresada para lograr el cumplimiento del “karma”; y la acción desinteresada es conocimiento que impulsa la realización del “dharma”.

Y lo anterior conlleva el corolario de que el camino a la perfección no es la renuncia a la acción. En realidad, vivir es acción impulsada por la vida y nadie puede permanecer inactivo ni un instante en ese vivir de lo creado. Y es un hipócrita el que reprime la actividad de sus órganos, pero conserva el apego a los objetos de los sentidos. Hay que cumplir la acción que a cada uno corresponde, pues la acción es superior a la inacción. Y hacerlo sin fervor y sin apego, ya que sólo así se evita quedar encadenado al mundo por la acción.

Es útil acordarse del llamado código genético. Como es bien sabido, todos los cuerpos vivos lo poseen. Y en tal código se encuentran numerosos factores que inciden, aunque de forma no determinista, en la existencia de cada uno. Pues bien, del mismo modo cada ser lleva en su seno un código estructural propio una especie de <<deber>>, de misión en la vida. Este deber se puede seguir o no seguir, ni obliga, ni impone. Eso sí, el que cumple con su “karma” se realiza a si mismo y ayuda a que se cumpla el de los otros. Por el contrario, el que vive ajeno a él corre el riesgo de dar giros en la rueda de la vida y no aprovechar su existencia actual para seguir ascendiendo en la cadena de vidas que conforma la auténtica existencia del ser.

La acción es inevitable porque es propia del vivir, pero siendo desinteresada queda libre de los apegos y reducida a una acción estrictamente corporal, externa, con los órganos desarrollando sus acciones como quien hace una ofrenda ritual. Por ello, la acción pura debe ser llevada a cabo como si se tratara de un sacrificio. Esta acción desinteresada viene de la <<individualidad>> y sólo será verdadera si está exenta de deseo y de apego al cumplimiento. Y exige no sólo renunciar a la acción interesada, sino a uno mismo. Esta es la gran renuncia que se asienta en el saber supremo, en el conocimiento profundo: no es uno quien actúa, sino su <<realidad>>, que ejercen sus funciones sobre los sentidos, incluido los pensamientos, que constituyen el sexto sentido; ni es uno quien vive, sino la <<individualidad>>.

El sacrificio obedece a una ley universal, una ley de la Vida, por la que a cada ser creado le es dado progresar hasta la consumación de su “dharma”. Y no es algo penoso, sino una efusión de Vida natural y gozosa de la que todo lo creado participa.

El mundo esta encadenado por la acción y cada acción realizada es un nuevo eslabón que se suma a los precedentes. Es una cadena sin fin de causa y efecto en la que el efecto es, a su vez, una nueva causa hasta el infinito. De esta rueda de la acción sólo es posible salir cuando la acción se hace por sacrificio, sin fervor y sin apego. Así es como la sucesión natural de la acción y el deseo puede ser truncada y convertirse en ley de realización.

Esto es lo que ocurre cuando la persona se entrega al sacrificio sometido al recto y desinteresado cumplimiento de la acción y sacrifica su acción sin pensar en el fruto de ella, o va al sacrificio sometido a la busca del conocimiento mismo y sacrifica su conocimiento por amor al conocimiento, sin esperar nada a cambio más que la dicha incomparable de su entrega al sacrificio. De este modo, la ley del universo se alza triunfante y las cadenas se rompen porque esa es la acción única, natural y gozosa por la que la persona, y el mundo con ella, logra la perfección.

Así se alcanza lo Supremo. Complacido en el atman, encontrando su plenitud en el atman, concentrado en el atman; sabiendo que nada hay que adquirir por la acción y nada hay que perder por la acción. Sin depender de nada. La unión con el atman es el deber esencial, pero toda acción a cumplir es siempre deber y hay que cumplirla sin apego, sin deseo de frutos y sin olvido del atman. Con ella se coopera, además, con el bien de todos los seres humanos, pues el ejemplo de una gran persona es seguido por el mundo.

La persona, en cuanto a su sí mismo, es puro atman, aunque more en cuerpo, y es, por tanto, una porción de lo Supremo revestida de <<realidad>>. Son muchos los que no se percatan de esta verdad: unos porque piensan que son la suma de la <<individualidad>> y la <<realidad>>; otros, con la conciencia aún más densa y con menos capacidad de penetración en sí mismos, porque creen que la persona es sólo la <<realidad>> y sus apegos e influencias.

Pero el sabio, de conocimiento perfecto, no debe turbar al ignorante, de conocimiento imperfecto, sino que ha de cumplir su "karma" y servir de ejemplo a los demás en todos sus actos. El sabio se concentra en el atman elevado, renuncia a la esperanza, no se cree poseedor de nada y, una vez curado de toda pesadumbre, se lanza al combate liberado del resultado de sus acciones.

La atracción y la repulsión hacia los objetos moran en los sentidos. No se debe caer bajo el dominio de estas dos fuerzas porque son el gran enemigo del conocimiento. Éste permanece oculto bajo ese insaciable fuego del deseo que es el enemigo constante del sabio y pugna por impedirle su realización en la sabiduría. Mas el deseo es un adversario difícil de vencer por la práctica del no deseo y es mejor reducirlo por la acción del conocimiento y el establecimiento en el atman.

Pero es crucial tener en cuenta que no existe ninguna causa distinta del atman que pueda conducir hasta el atman; ni hay ningún deseo válido para alcanzar el atman, pues el atman no es ni podrá ser nunca objeto de deseo. Cuando hay deseo

del atman, el deseo cubre al atman. El atman sólo se alcanza por el conocimiento puro que se recibe del atman y libre del deseo del atman, que es el último y definitivo enemigo. Afirmándose en el atman por el atman se derrota a ese adversario en forma de deseo tan complicado, en verdad, de doblegar. Concentrándose en el atman, contemplando el atman por el atman mismo.

Los seres que se han establecido en el atman, libres ya de la pasión, el temor y la ira, no vuelven a renacer en otro cuerpo humano al acabar su existencia actual. Han roto las cadenas del “karma” y pasan a otra dimensión de la escala de vidas. Purificados en la austeridad del conocimiento, avanzan en el retorno hacia el Todo, a su origen. Y da igual el camino seguido para llegar al Todo, pues él acoge a todos cualquiera que sea el camino emprendido porque todos los caminos son su camino. Hay que hacer como los sabios antiguos: conocer al Todo y, así, alcanzar la liberación sin dejar de cumplir el “karma”.

El que busca triunfar en la tierra, éxito efímero, lo hace a través de la acción interesada. Hay que saber distinguir entre estas cosas tan parecidas superficialmente y tan diferentes en su esencia: la acción, la acción errónea y la inacción. El que sabe distinguir la inacción en la acción y la acción en la inacción es un sabio, un conocedor que sabe cumplir su “karma”.

La acción propia del iniciado es la purificada por el fuego del conocimiento y se encuentra, por esto, desprovista de todo propósito y libre de todo deseo de frutos. El iniciado abandona todo apego a ellos y permanece, además, satisfecho, sin depender de nada y realizando la acción sin quedar comprometido con ella, pues, en verdad, sabe que su ser real no actúa, sino que lo hace el cuerpo en el que su ser mora transitoriamente. Sin anhelos. Con memoria constante en el atman: experiencia interior del ser en la que la conciencia no pensante, exenta de pensamientos, permanece unida con el atman. Satisfecho con no ser poseedor de nada, con no ser nada, pues ha realizado en su conciencia la renuncia completa y tiene memoria del atman más allá del pensamiento y del deseo, como necesidad interior profunda y constante. Cumplidor de su “karma” sólo con su cuerpo, no incurre en falta. Satisfecho con cuanto le sucede, liberado de la dualidad y los pares opuestos, sin envidia y equilibrado ante el triunfo o el fracaso, Aunque actúa, no le encadena el “karma”.

Hay que librarse de los pares opuestos y mantenerse siempre equilibrado y desprendido del afán de adquirir y acumular. Así sí es posible establecerse en el atman. El deber está en la acción y nunca en sus frutos. No hay que permitir ni que el fruto de la acción sea el móvil ni el apego a la inacción. Por el contrario, hay que cumplir la acción sin dejar de estar establecido en el atman, renunciando a los apegos y manteniendo el equilibrio, tanto en el triunfo como en el fracaso. El equilibrio es en sí mismo el secreto. Se debe buscar el equilibrio y no los frutos de las acciones; establecerse en el conocimiento discriminativo librándose del bien y del mal, cumpliendo la acción con los ojos interiores fijos en el atman y logrando la indiferencia a todo lo que se diga o se pueda decir, a las alabanzas y a los reproches.

¿Cuáles son los signos de aquel que, firme en el conocimiento, se ha establecido en el atman y se ha afirmado en la sabiduría?: dejar de lado todos los deseos escondidos y estar feliz por permanecer en el atman sólo por el atman; no alterarse ante el dolor, no buscar los placeres y estar libre del apego, del miedo y de la ira; desapegado de todo, sin deleitarse con el goce de lo bueno y sin afligirse por lo malo; con los sentidos apartados de los objetos de sensación, que no le afectan aunque persista en él el gusto por ellos, que también se disipa cuando la sabiduría es contemplada.

Cuando el ser humano piensa en los objetos de sensación desarrolla su apego por ellos. De ese apego nace el deseo y de ese deseo, la ira. De la ira nace el engaño, del engaño la confusión de la memoria (el no recuerdo del ser interior, la negación del atman propio), de la confusión de la memoria la no discriminación; y cuando no hay discriminación viene la destrucción de la persona.

Por el contrario, cuando se dominan los sentidos, cuando se someten al atman, libre de toda atracción y repulsión, se alcanza la paz. Y en esa paz todo sufrimiento queda destruido, porque aquel que está sereno pronto alcanza el equilibrio. Pero cuando no se tiene esa serenidad no es posible afirmarse en el conocimiento; sin conocimiento no hay meditación; sin meditación no se logra la paz y sin paz no hay felicidad.

<<Visión>> e <<iluminación>>

La verdadera naturaleza de las cosas visibles e invisibles llega a los límites mismos de la capacidad de <<ver>> internamente del ser humano y está más allá de todos los conceptos y facultades de entender y pensar sobre ello. De ahí que a las diferentes posiciones de observación de la misma realidad, con sus diversos postulados doctrinales, se les denomine <<visión>>.

La sabiduría está a nuestro alcance a través de la autorrealización por la meditación profunda en la mente consciente, lográndose la visión sobre la verdad del ser mediante la sabiduría consciente o sublimación del intelecto. El cuerpo, la mente y el ego deben considerarse como los instrumentos del conocimiento, pues éste puede adquirirse a través de la mente consciente por la meditación profunda y el control de las emociones perturbadoras.

Este acercamiento no presenta ningún conflicto con las exigencias de la razón, aunque reconoce las limitaciones de ésta para superarlas merced al desarrollo de la experiencia personal que trasciende los sentidos.

La razón es una guía de ayuda, pero sólo hasta cierto límite. Utilizando un símil actual, la razón es como la lanzadera de un cohete espacial: le ayuda a salir disparado del suelo y a surcar los primeros kilómetros a través de la atmósfera; pero, cumplido su objetivo, el cohete debe desprenderse de ella si quiere continuar su

viaje. A este respecto, es importante tener en cuenta que la razón puede convertirse en un instrumento negativo y parcial, pues sus conclusiones están condicionadas por el carácter de cada cual. La razón nos ayuda a desechar y negar lo que es falso, pero para la realización de la verdad positiva es incompetente e inadecuada.

Se trata, por tanto, de conciliar la razón, como medio de aproximación a la verdad del ser, con la trascendencia de la misma por la liberación de los sentidos como órganos de preconocimiento.

Cuando, por fin, se tiene la <<visión>> y se logra el conocimiento se produce la <<iluminación>>. De repente, la iluminación amanece en la mente; se mira alrededor y se contempla una realidad nueva y la armonía transcendental de nuestra vida; de todos los seres y cosas; del mundo y del Universo; del pasado, del presente y del futuro.

Mas la <<iluminación>> no debe confundirse con la asunción de estados aparentes o externos que no llegan a fundamentarse ni a enraizarse con la conciencia. Los meros esfuerzos no sirven de nada para la adquisición de la conciencia de la no dualidad, si no se llega a cruzar el umbral del entendimiento y la percepción sensorial, lo que convierte al proceso iluminativo en una suerte de revelaciones o destellos semejantes a las chispas que hacen arder las ramas secas.

La no dualidad no debe ser entendida por el ego. El ego que aprende sobre la dualidad se afianza a sí mismo, se transforma en el más versado enemigo de la verdad -enloquecido con falsos estados de no dualidad y justificando hábilmente su separatividad con la anuencia de saberse conocedor de todos los conceptos- y no se halla en disposición de acometer la gran renuncia.

El que descubre la no dualidad supera el sentido subjetivo de la separación, de la individualidad, y el miedo consiguiente a dejar de ser por dejar de existir, alcanzando la felicidad perfecta, que no depende de nadie ni de nada, salvo de sí mismo, siendo el Ser el ser de sí mismo.

A partir de ahí, el iluminado por el conocimiento a todo renuncia porque nada necesita; y nada posee porque todo es suyo. Como afirma el príncipe Janaka en el *Ashtavakra*: <<infinita es mi riqueza cuando nada me pertenece; si arde Mithila (su palacio), nada mío se quema>>; <<de hecho, en un sentido, nada viene hacia mí; pero, en otro sentido, todo es mío>>.

La gran renuncia no es la indiferencia hacia lo que sucede en nuestra vida aparente actual. En ella tenemos un deber ("karma"), que descubriremos avanzando en la sabiduría sobre la no dualidad, y también ante él hay que responder adecuadamente. Pero sabiendo que nuestro deber fundamental ("dharma") es el conocimiento acerca de la no dualidad y el establecimiento en el verdadero ser (atmán) que mora en el interior de nuestra apariencia física.

(Como se ha venido insistiendo, todos estos discernimientos que constituyen el Círculo Primero de la Sabiduría se encuentran en el transfondo del conjunto de las religiones, si bien se han ido diluyendo y tergiversando en el seno de las mismas con el paso de los siglos. Entre ellas, el hinduismo es probablemente la que mejor mantiene parte de la llama de tales conocimientos. De hecho, los últimos epígrafes de este capítulo se han apoyado en aportaciones del pensamiento hindú y, muy especialmente, de dos de sus grandes textos sagrados: *Bhagavad Gita*, según la edición bilingüe con comentarios finales de Roberto Pla -Etnos, 1997-; y *Ashtavakra Gita*, en la versión de Javier Plazas -EDAF, 2002-).

EPÍLOGO

(El Código da Vinci: Capítulo 62, páginas 331 a 333)

El Fin de los Días

Más allá de zafios milenarismos, la época actual, en términos de profecías, es momento de grandes mutaciones. Acaba de concluir un milenio y, lo que es mucho más importante, con él ha finalizado la era astrológica de Piscis, iniciándose la de Acuario. De este modo, la teología y la metafísica perderán influencia y ganarán terreno la religión y la filosofía, permitiendo al ser humano liberarse de las ataduras de una ignorancia a la que lleva demasiado tiempo amarrado.

Hay que tener en cuenta que en la sabiduría hermética, religión significa la realización intuitiva de la existencia subyacente que en todo mora -la única realidad de la que todo procede y a lo que todo retorna- y de la relación íntima entre uno mismo y ella. En cambio, la teología es el esfuerzo por atribuirle a Dios nuestras propias cualidades, personalidad, características,..., así como nuestras teorías, deseos y designios, reclamando la necesidad de intermediarios, sacerdotes de la divinidad, entre Dios y el ser humano.

En paralelo, desde la perspectiva de los conocimientos esotéricos, la filosofía consiste en la especulación que tiende a comprender las cosas cognoscibles y pensables, manteniendo en este esfuerzo un hilo conductor con la religión. Frente a ella, la metafísica es la tentativa de inquirir entre las nebulosidades de las regiones de lo incognoscible y de lo impensable, lo que, al fin y al cabo, tiene idéntica nociva tendencia que la teología.

Consecuentemente, en la doctrina hermética, la religión y la filosofía son cosas que tienen realidad por sí mismas y que llevan a la verdad por un camino de espiritualidad y conocimiento. Por el contrario, la teología y la metafísica suponen senderos tortuosos por los que circula la ignorancia, constituyendo la base más insegura e inestable sobre la que pueda apoyarse la mente o el alma humana.

Con este telón de fondo, la era de Piscis, que ha durado dos mil años y ha estado representada por el pez -igualmente, es el símbolo de Jesucristo-, ha sido un tiempo propicio para la teología y la metafísica. Una época de fe malentendida en la que ha prevalecido la idea de que son los poderes superiores los que han dictar al ser humano lo que debe hacer, dada su incapacidad para discurrir por sí.

Por el contrario, la era de Acuario, el receptáculo del agua, tiene como mensaje una transformación de enorme calado, poniendo término al ciclo del pez y promoviendo la religión y la filosofía. Acuario abre las puertas a considerables transfiguraciones y anuncia una etapa en la que la humanidad aprenderá la verdad y será capaz de pensar por ella misma.

Es ahora, precisamente en estos años, cuando se está produciendo la transición de una era a otra. La Iglesia católica y otras confesiones teológicas denominan a este periodo <<el Fin de los Días>>. Con esta expresión no se hace mención al fin del mundo, como a veces se ha interpretado por un error de concepto, sino a la consumación de los siglos vividos bajo el influjo de Piscis y al advenimiento de Acuario.

<<El Fin de los Días>> significa, por tanto, la llegada de una nueva época caracterizada por la crisis de la teología y sus patrañas metafísicas y por el auge de la religión, de la auténtica espiritualidad, y de la filosofía que conduce al conocimiento de la verdad.

Sabiendo lo anterior, no puede extrañar que, hace ya bastante tiempo, la fase actual fuese la elegida por el Priorato de Sión, así como por otros grupos de iniciados e <<iluminados>>, para desvelar sus saberes ocultos y los secretos que han tenido bien guardados hasta el presente.

Hay quienes piensan que la Iglesia y el Priorato han mantenido durante siglos un acuerdo tácito, consistente en que aquella no atacaba a la hermandad y ésta no hacía públicos sus documentos y la información en su poder. Sin embargo, tal acuerdo, si alguna vez existió, ya ha expirado. Y parte de la historia del Priorato ha

incluido siempre el proyecto de revelar sus conocimientos.

Según este plan, al llegar una fecha concreta la hermandad debe romper su silencio y mostrar al mundo los saberes que se ha visto forzada a conservar en secreto. Hace mucho tiempo que el <<El Fin de los Días>> fue el momento elegido para ello. Y llegado a él, el Priorato ha debido ponderar la circunstancia de que la sociedad moderna presenta una auténtica encrucijada, a modo de contradicción.

Por una parte, ofrece un marco de libertad de expresión y unas posibilidades de actuación, incluido el inmenso campo abierto por las nuevas tecnologías de la información, hasta hace poco inimaginables, permitiendo divulgar datos y conocimientos como nunca antes y facilitando, incluso, que se puedan desvelar los secretos atesorados sin desvelar la personalidad de los miembros del Priorato y la estructura de su organización.

Pero, en paralelo, el consumismo que caracteriza a la sociedad de hoy y el propio desarrollo tecnológico que la acompaña fomentan la frivolidad y el nihilismo y dificultan la interiorización de saberes de alto contenido espiritual. Porque, por ejemplo, el hecho de que el cristianismo sea una fábula no desmerece la buena fe y la honesta religiosidad de sus creyentes. Una religiosidad que se entronca, además, con la espiritualidad de Moisés y Abraham y, a través de ambos, con una sabiduría ancestral que, de modo casi milagroso, ha llegado hasta nosotros. Es esta sabiduría la que hay que salvaguardar y, a ser posible, divulgar para que sea útil al que esté preparado para ello. Y nada tiene esto que ver con luchas de poder e intrigas palaciegas.

¿Qué hacer ante semejante encrucijada?; ¿cómo resolver la tensión derivada de la mencionada contradicción?. Pues bien, la decisión ya ha sido tomada. Y no es difícil percatarse de su contenido. Basta con visitar la librería más cercana o navegar por internet para obtener la respuesta que ya ha sido dada a los interrogantes anteriores. Las propias páginas que aquí se cierran son una manifestación fehaciente de la determinación adoptada.

A partir de lo cual, sólo queda confiar en la fuerza de la paz y el amor. Desear, desde el sosiego que aporta la sabiduría, que caiga el velo que impide al ser humano ver y sentir la inmensa hermosura de su existencia y de todo lo que le rodea. Esperar que, superando todos los obstáculos, la humanidad pueda disfrutar, individual y colectivamente, hoy y siempre, de la armonía y la perfección del mundo y del Universo. Un Universo pleno de vida y que es vida misma y belleza en esencia pura. Un Universo en el que la muerte es un imposible y en donde el único pecado, si es que el pecado existe, es no reconocerse feliz cuando sé es.